La Máquina de follar

CHARLES BUKOWSKI



LIBROdot.com

http://www.librodot.com

Tres mujeres

Linda y yo vivíamos justo frente al parque McArthur, y una noche que estábamos bebiendo vimos por la ventana que caía un hombre. una visión extraña, parecía un chiste, pero no era ningún chiste pues el cuerpo se estrelló en la calle. «dios mío», le dije a Linda, «¡se espachurró como un tomate pasado! ¡no somos más que tripas y mierda y material pegajoso! ¡ven! ¡ven! ¡míralo! ». Linda se acercó a la ventana, luego corrió al baño y vomitó. luego volvió. me volví y la miré. «te lo digo de veras, querida, es exactamente igual que un gran cuenco de espaguettis y carne podrida, aderezado con una camisa y un traje rotos!». Linda volvió corriendo al baño y vomitó otra vez.

me senté y seguí bebiendo vino. pronto oí la sirena. lo que necesitaban en realidad era el departamento de basuras. bueno, qué coño, todos tenemos nuestros problemas. yo no sabía nunca de dónde iba a venir el dinero del alquiler y estábamos demasiado enfermos de tanto beber para buscar trabajo. cuando nos preocupábamos, lo único que podíamos hacer para eliminar nuestras preocupaciones era joder. esto nos hacía olvidar un rato. jodíamos mucho y, para suerte mía, Linda tenía un polvo magnífico. todo aquel hotel estaba lleno de gente como nosotros, que bebían vino y jodían y no sabían después qué. de vez en cuando, uno de ellos se tiraba por la ventana. pero el dinero siempre nos llegaba de algún sitio; justo cuando todo parecía indicar que tendríamos que comernos nuestra propia mierda, una vez trescientos dólares de una tía muerta, otra un reembolso fiscal demorado. otra vez, iba yo en autobús y en el asiento de enfrente aparecen aquellas monedas de cincuenta centavos. yo no sabía, ni lo sé todavía, qué significaba aquello, quién lo había dejado allí. me cambié de asiento y empecé a guardarme las monedas. cuando llené los bolsillo, apreté el timbre y bajé en la primera parada. nadie dijo nada ni intentó detenerme. en fin, cuando estás borracho, sueles ser afortunado; aunque no seas un tipo de suerte, puedes ser afortunado.

pasábamos siempre parte del día en el parque mirando los patos. te aseguro que cuando andas mal de salud por darle sin parar a la botella y por falta de comida decente, y estás cansado de joder intentando olvidar, no hay como irse a ver los patos. quiero decir, tienes que salir del cuarto, porque puedes caer en la tristeza profunda profunda y puedes verte en seguida saltando por la ventana. es más fácil de lo que te imaginas. así que Linda y yo nos sentábamos en un banco a mirar los patos. a los patos les da todo igual, no tienen que pagar alquiler, ni ropa, tienen comida en abundancia, les basta con flotar de aquí para allá cagando y graznando. picoteando, mordisqueando, comiendo siempre. de cuando en cuando, de noche, uno de los del hotel captura un pato, lo mata, lo mete en su habitación, lo limpia y lo guisa. nosotros lo pensamos pero nunca lo hicimos. además es difícil cogerlos; en cuanto te acercas ¡SLUUUSCH! una rociada de agua y el cabrón se fue... nosotros solíamos comer pastelitos hechos de harina y agua, o de vez en cuando robábamos alguna mazorca de maíz (había un tipo que tenía un plantel de maíz) no creo que llegase a conseguir comer ni una mazorca, y luego robábamos siempre algo en los mercados al aire libre... me refiero a las tiendas que tienen mercancías expuestas a la puerta; esto significaba un tomate o dos o un pepino pequeño de cuando en cuando, pero éramos ladronzuelos, raterillos, y nos basábamos sobre todo en la suerte. los cigarrillos era más fácil, te dabas un paseo de noche y siempre alguien dejaba la ventanilla de un coche sin subir y un paquete o medio paquete de cigarrillos en la guantera. en fin nuestros auténticos problemas eran la bebida y el alquiler. y jodíamos y nos preocupábamos por esto.

y como siempre llegan los días de desesperación total, llegaron los nuestros. no había vino, no había suerte, ya no había nada. no había crédito de la casera *ni* de la bodega. decidí poner el despertador a las cinco y media de la mañana y bajar al Mercado de Trabajo Agrícola, pero ni siquiera el despertador funcionó bien. se había estropeado y yo lo había abierto para arreglarlo. tenía un muelle roto y el único medio que se me ocurrió de arreglarlo

fue romper un trozo y enganchar de nuevo el resto, cerrarlo y darle cuerda. ¿queréis saber lo que les pasa a los despertadores, y supongo que a toda clase de relojes, si les pones un muelle más pequeño? os lo diré: cuanto más pequeño sea el muelle, más deprisa andan las manecillas. era una especie de reloj loco, os lo aseguro, y cuando nos cansábamos de joder para olvidar las preocupaciones, solíamos contemplar aquel reloj e intentar determinar la hora que era *realmente.* y veías correr aquel minutero... nos reíamos mucho.

luego, un día, tardamos una semana en adivinarlo, descubrimos que el reloj andaba treinta horas por cada doce horas *reales* de tiempo. y había que darle cuerda cada siete u ocho, porque si no se paraba. a veces despertábamos y mirábamos el reloj y nos preguntábamos qué hora sería.

-¿te das cuenta, querida? -decía yo- el reloj anda dos veces y media más deprisa de lo normal. es muy fácil.

-sí, pero ¿qué hora era cuando pusiste el reloj por última vez? -me preguntó ella.

-que me cuelguen si lo sé, nena, estaba borracho.

-bueno, será mejor que le des cuerda porque si no se parará.

-de acuerdo.

le di cuerda, luego jodimos.

así que la mañana que decidí ir al Mercado de Trabajo Agrícola no conseguí que el reloj funcionase. conseguimos en algún sitio una botella de vino y la bebimos lentamente. yo miraba aquel reloj, sin entenderlo, temiendo no despertar. simplemente me tumbé en la cama y no dormí en toda la noche. luego me levanté, me vestí y bajé a la calle San Pedro. había demasiada gente por allí, paseando y esperando. vi unos cuantos tomates en las ventanas y cogí dos o tres y me los comí. había un gran cartel: SE NECESITAN RECOGEDORES DE ALGODON PARA BAKERSFIELD. COMIDA Y ALOJAMIENTO. ¿qué demonios era aquello? *¿algodón* en Bakersfield, California? pensé en Eli Whitney y el motor que había eliminado todo aquello. luego apareció un camión grande y resultó que necesitaban recogedores de tomates. bueno, mierda, me fastidiaba dejar a Linda en aquella cama tan sola. no la creía capaz de dormir sola mucho tiempo. pero decidí intentarlo. todos empezaron a subir al camión. yo esperé y me aseguré de que todas las damas estaban a bordo, y las había grandes. cuando todos estaban arriba, intenté subir yo. un mejicano alto, evidentemente el capataz, empezó a subir el cierre de la caja: «¡lo siento, señor,[1] completo»! y se fueron sin mí.

eran casi las nueve y el paseo de vuelta hasta el hotel me llevó una hora. me cruzaba con mucha gente bien vestida y con expresión estúpida. estuvo a punto de atropellarme un tipo furioso con un Caddy negro. no sé por qué estaba furioso. quizás el tiempo. hacía mucho calor. cuando llegué al hotel, tuve que subir andando porque el ascensor quedaba junto a la puerta de la casera y ella andaba siempre jodiendo con el ascensor, limpiándolo y frotándolo, o simplemente allí sentada espiando.

eran seis plantas y cuando llegué oí risas en mi habitación. la zorra de Linda no había esperado mucho. en fin, le daré una buena zurra y también a él. abrí la puerta.

eran Linda, Jeannie y Eve.

-¡querido! -dijo Linda. se acercó a mí. estaba toda elegante, con zapatos de tacón alto. me dio un montón de lengua cuando nos besamos.

-¡Jeannie acaba de recibir su primer cheque del desempleo y Eve está en la ayuda a los desocupados! ¡estamos celebrándolo!

había mucho vino de Oporto. entré y me di un baño y luego salí con mis pantalones cortos. me gusta mucho enseñar las piernas. nunca he visto unas piernas de hombre tan grandes y vigorosas como las mías. el resto de mi persona no vale demasiado. me senté con mis raídos pantalones cortos y posé los pies en la mesita de café.

[1] En castellano en el original. *(N. de los Ts.)*

-¡mierda! ¡mirad esas piernas! -dijo Jeannie. -sí, sí -dijo Eve.

Linda sonrió.

me sirvieron un vaso de vino.

ya sabéis cómo son esas cosas. bebimos y hablamos, hablamos y bebimos. las chicas salieron a por más botellas. más charla. el reloj daba vueltas y vueltas. pronto oscureció. yo bebía solo, aún con mis raídos pantalones cortos. Jeannie había ido al dormitorio y se había derrumbado en la cama. Eve se había derrumbado en el sofá y Linda en otro sofá de cuero más pequeño que había en el vestíbulo, delante del baño. yo seguía sin entender por qué me había dejado en tierra aquel mejicano. me sentía desgraciado. entré en el dormitorio y me metí en la cama con Jeannie. era una mujer grande, estaba desnuda. empecé a besarle los pechos, chupándolos.

-eh, ¿qué haces?

-¿qué hago? ¡joderte! le metí el dedo en el coño y lo moví arriba y abajo.

-¡voy a joderte!

-¡no! ¡Linda me mataría!

-¡nunca lo sabrá!

la monté y luego muy lenta lenta quedamente para que los muelles no rincharan, pues no debía oírse el menor rumor, entré y salí y entré y salí siempre despacio despacio y cuando me corrí pensé que nunca pararía. uno de los mejores polvos de mi vida. mientras me limpiaba con las sábanas, se me ocurrió este pensamiento: quizás el hombre lleve siglos jodiendo mal.

luego salí de allí, me senté en la oscuridad, bebí un poco más. no recuerdo cuánto tiempo estuve allí sentado. bebí bastante. luego me acerqué a Eve. Eve la de la ayuda a los desocupados. era una cosa gorda, un poco arrugada, pero tenía unos labios muy atractivos, obscenos, feos, muy cachondos. Empecé a besar aquella boca terrible y bella. no protestó en absoluto, abrió las piernas y entré. se portó como una cerdita, gruñendo y tirando pedos y sornando y retorciéndose. no fue como con Jeannie, largo y emocionante, fue sólo plaf plaf y fuera. salí de allí. y antes de que pudiese llegar a mi sillón otra vez la oí roncar de nuevo. sorprendente... jodía igual que respiraba... no le daba la menor importancia. cada mujer jode de un modo distinto, y eso es lo que mantiene al hombre en movimiento. eso es lo que mantiene a un hombre atrapado.

me senté y bebí algo más pensando en lo que me había hecho aquel sucio mejicano hijo de puta. no merece la pena ser cortés. luego empecé a pensar en la ayuda a los desocupados. ¿podrían acogerse a ella un hombre y una mujer que no estuviesen casados? por supuesto que no. que se muriesen de hambre. y amor era una especie de palabra sucia. pero eso era algo de lo que había entre Linda y yo: amor. por eso pasábamos hambre juntos, bebíamos juntos, vivíamos juntos. ¿qué significaba matrimonio? matrimonio significaba un JODER santificado y un JODER santificado siempre y finalmente, sin remisión, significa ABURRIMIENTO, llega a ser un TRABAJO. pero eso era lo que el mundo quería: un pobre hijo de puta, atrapado y desdichado, con un trabajo que hacer. bueno, mierda, me iré a vivir al barrio chino y traspasaré a Linda a Big Eddie. Big Eddie era un imbécil, pero al menos compraría a Linda algo de ropa y le metería filetes en el estómago, que era más de lo que yo podía hacer.

Bukowski Piernas de Elefante, el fracasado.

terminé la botella y decidí que necesitaba dormir un poco. di cuerda al despertador y me acosté con Linda. se despertó y empezó a frotarse conmigo.

-oh mierda, oh mierda -dijo-. ¡no sé que me pasa!

-¿qué hubo, nena? ¿estás mala? ¿quieres que llame al Hospital General?

-oh no, mierda, sólo estoy ¡CALIENTE! ¡CALIENTE! ¡MUY CALIENTE!

-¿qué?

-¡digo que estoy muy caliente! ¡JODEME!

-Linda...

-¿qué? ¿qué? -estoy cansadísimo. llevo dos noches sin dormir. ese largo paseo hasta el mercado de trabajo y luego la vuelta, treinta y dos manzanas, con aquel sol... es inútil. no hay nada que hacer. estoy hecho migas.

-¡yo te AYUDARE!

-¿qué quieres decir?

se arrastró por el sofá y empezó a chupármela. gruñí agotado.

-querida, treinta y dos manzanas con aquel sol... estoy liquidado.

ella siguió. tenía una lengua como papel de lija y sabía usarla.

-querida -le dije- ¡soy una nulidad social! ¡no te merezco! ¡déjalo, por favor!

como digo, ella sabía hacerlo. unas pueden; otras no. La mayoría sólo conocen el viejo chup chup. Linda empezó con el pene, lo dejó, pasó a las bolas, luego las dejó, volvió otra vez al pene, fue subiendo en espiral, despertando un maravilloso volumen de energía, Y DEJANDO SIEMPRE EL CAPULLO PROPIAMENTE DICHO. INTACTO. Por último, yo me disparé y me lancé a decirle las diversas mentiras sobre lo que haría por ella cuando consiguiese por fin enderezar el culo y dejar de ser un golfo.

entonces ella atacó el capullo, colocó la boca a un tercio de su longitud, hizo esa pequeña presión con los dientes, el mordisquito de lobo y yo me corrí OTRA VEZ... lo cual significaba cuatro veces aquella noche. quedé completamente agotado. Hay mujeres que saben más que la ciencia médica.

cuando desperté estaban todas levantadas y vestidas, y con buen aspecto. Linda, Jeannie y Eve. intentaron destaparme, riendo.

-¡bueno, Hank, vamos a divertirnos un poco! ¡y necesitamos un trago! ¡estaremos en el bar de Tommi-Hi!

-¡vale, vale, adiós! salieron las tres meneando el culo.

todo el Género Humano estaba condenado para siempre.

cuando ya iba a dormirme sonó el teléfono interior.

-¿sí?

-¿señor Bukowski?

-¿sí?

-¡vi a esas mujeres! ¡venían de su casa!

-¿y cómo lo sabe? tiene usted ocho pisos y unas siete u ocho habitaciones por piso.

-conozco a todos mis inquilinos, señor Bukowski. aquí no hay más que gente trabajadora y respetable.

-¿sí?

-sí, señor Bukowski, llevo regentando este lugar veinte años, y nunca jamás había visto cosas como las que pasan en su casa. siempre hemos tenido aquí gente respetable, señor Bukowski.

-sí, son tan respetables que cada poco un hijo de puta se sube a la terraza y se tira de cabeza a la calle y va a caer a la entrada entre esas plantas artificiales que tienen ustedes allí.

-¡le doy de plazo hasta el mediodía para irse, señor Bukowski!

-¿qué hora es en este momento?

-las ocho.

-gracias.

colgué..

busqué un alka-seltzer. lo bebí en un vaso sucio. luego busqué un poco de vino. corrí las cortinas y miré el sol. era un mundo duro, no me decía nada, pero odiaba la idea de volver otra vez al barrio chino. me gustan las habitaciones pequeñas, sitios pequeños donde poder pelearse un poco. una mujer. un trago. pero nada de trabajo diario. no podía soportarlo. no era lo bastante listo. pensé en tirarme por la ventana pero no podía. me vestí y bajé a Tommi-Hi's. las chicas reían al fondo del bar con dos tipos. Marty, el encargado, me conocía. le hice una seña. no hay dinero. me senté allí.

apareció ante mí un whisky con agua y una nota.

«reúnete conmigo en el Hotel Cucaracha, habitación 12, a medianoche, la habitación será para nosotros. amor, Linda.»

bebí el whisky, salí de allí, fui al Hotel Cucaracha a medianoche.

-no, señor -me dijo el recepcionista-, no hay ninguna habitación 12 reservada a nombre de Bukowski.

volví a la una. había estado todo el día en el parque, toda la noche. allí sentado. lo mismo.

-no hay ninguna habitación 12 reservada para usted, señor.

-¿ninguna habitación reservada para mí a ese nombre o a nombre de Linda Bryan?

comprobó sus libros.

-nada, señor.

-¿le importa que mire en la habitación 12?

-no hay nadie allí, señor. se lo aseguro.

-estoy enamorado, amigo, lo siento. ¡déjeme echar un vistazo, por favor!

me echó una de esas miradas que se reservan para los idiotas de cuarta categoría y me dio la llave.

-si tarda más de cinco minutos en volver, tendrá problemas. abrí la puerta, encendí las luces.

-¡Linda!

las cucarachas, al ver la luz, volvieron todas corriendo a meterse debajo del empapelado. había miles. cuando apagué la luz, las oí corretear saliendo otra vez. el propio empapelado no parecía más que una gran piel de cucaracha.

volví a bajar en ascensor.

-gracias dije-, tenía usted razón. no hay nadie en la habitación 12.

por primera vez, su voz pareció adoptar un vago tono amable.

-lo siento, amigo.

-gracias -dije.

salí del hotel y giré a la izquierda, es decir hacia el Este, es decir, hacia el barrio chino. mientras mis pies me arrastraban lentamente hacia allí, me preguntaba, «¿por qué mienten las personas?» ahora ya no me lo pregunto, pero aún recuerdo, y ahora, cuando mienten, casi lo sé mientras están mintiendo, pero aún no soy tan sabio como el recepcionista del Hotel Cucaracha que sabía que la mentira estaba en todas partes, o la gente que pasaba volando ante mi ventana mientras yo bebía oporto en cálidas tardes de Los Angeles frente al parque McArthur, donde aún cazan, matan y devoran a los patos, y a la gente.

el hotel aún sigue allí, y también la habitación en la que parábamós, y si algún día te molestas en venir, te lo enseñaré. pero eso tiene poco sentido, ¿verdad? digamos sólo que una noche jodí a tres mujeres, o me jodieron ellas. y cerremos con esto la historia.

Veinticinco vagabundos andrajosos

ya sabéis lo que pasa con las apuestas de las carreras de caballos, viene una racha de suerte y crees que nunca pasará. había conseguido recuperar aquella casa, tenía incluso jardín propio, con tulipanes de todas clases que crecían bella y asombrosamente. estaba de suerte. tenía dinero. ya no recuerdo qué sistema había inventado, pero el sistema trabajaba y yo no, y era una forma de vida bastante agradable; y estaba Kathy. Kathy valía. el vejete de la puerta de al lado me veía con ella y le temblaba la mandíbula. Andaba siempre llamando a la puerta.

,

-¡Kathy! ¡oh Kathy! ¡Kathy!

salía a abrir yo, vestido sólo con mis pantalones cortos.

-oh, yo creía...

-¿qué quieres, cabrón?

-creí que Kathy...

-Kathy está cagando. ¿algún recado?

-yo... compré estos huesos para su perro.

llevaba una gran bolsa con huesos secos de pollo.

-darle a un perro huesos de pollo es como echar cuchillas de afeitar en el desayuno de un niño. ¿quieres asesinar a mi perro, so cabrón?

-¡oh, no!

-entonces guárdate esos huesos y lárgate.

-no entiendo.

-¡métete esa bolsa en el culo y lárgate de aquí!

-es que yo creía que Kathy...

-ya te lo *dije,* ¡Kathy está CAGANDO!

y cerré de un portazo.

-no deberías ser tan duro con ese viejo asqueroso, Hank, dice que le recuerdo a su hija cuando era joven.

-vaya, así que se tiraba a su hija. pues que joda con un queso suizo. no le quiero a la puerta.

-¿acaso crees que le dejo entrar cuando tú te vas a las carreras?

-eso no me preocupa lo más mínimo.

-¿qué es lo que te preocupa entonces?

-lo único que me preocupa es quién se pone encima y quién debajo.

-¡lárgate ahora mismo, hijo de puta!

me puse la camisa y los pantalones, luego los calcetines y los zapatos.

-antes de que haya recorrido cuatro manzanas ya estaréis abrazados.

me tiró un libro. yo no estaba mirando y el canto del libro me dio en el ojo izquierdo. me hizo un corte y mientras me ataba el zapato derecho una gota de sangre me cayó en la mano.

-oh, cuánto lo siento, Hank.

-¡no te ACERQUES A MI!

salí y cogí el coche, lo lancé marcha atrás a cincuenta por hora, llevándome parte del seto y luego un poco de estuco de la fachada con la parte izquierda del parachoques trasero. me había manchado la camisa de sangre y saqué el pañuelo y me lo puse sobre el ojo. iba a ser un mal sábado en las carreras. estaba desquiciado.

aposté como si estuviese por medio la bomba atómica. quería ganar diez de los grandes. hice grandes apuestas. no conseguí nada. perdí quinientos dólares. todo lo que había sacado. sólo me quedaba un dólar en la cartera. volví a casa lentamente. iba a ser una noche de sábado terrible. aparqué el coche y entré por la puerta trasera.

-Hank. . .

-¿qué?

-estás pálido como la muerte. ¿qué pasó?

-se acabó. estoy hundido. perdí quinientos.

-Diós mío. lo siento -dijo-. es culpa mía.

se acercó a mí, me abrazó.

-maldita sea, no sabes cuánto lo siento -dijo-. la culpa fue mía, lo sé muy bien.

-olvídalo. tú no hiciste las apuestas.

-¿aún sigues enfadado?

-no, no, sé que no estás jodiendo con ese viejo cerdo.

-¿puedo prepararte algo de comer?

-no, no. trae una botella de whisky y el periódico.

me levanté y fui al escondite del dinero. nos quedaban ciento ochenta dólares. bueno, había sido peor muchas otras veces, pero tenía la sensación de haber emprendido el camino de vuelta a las fábricas y los almacenes si aún podía conseguir eso. cogí diez, el perro aún me quería. le tiré de las orejas, a él no le importaba el dinero que yo tuviese. era un as aquel perro, sí. salí del dormitorio. Kathy estaba pintándose los labios ante el espejo. le di un pellizco en el trasero y la besé detrás de la oreja. tráeme también un poco de cerveza y puros. necesito olvidar.

se fue y oí tintinear sus tacones en el camino. era la mejor mujer que podía haber encontrado y la había encontrado en un bar. me retrepé en el sillón y contemplé el techo. un golfo. yo era un golfo. siempre esa repugnancia hacia el trabajo, siempre intentando vivir de la suerte. cuando Kathy regresó le dije que me sirviera un buen trago. sabía hacerlo. le quitó incluso el celofán al puro y me lo encendió. parecía alegre y estaba muy guapa. hicimos el amor. hicimos el amor en medio de la tristeza. me reventaba verlo irse todo: coche, casa, perro, mujer. había sido una vida fácil y agradable.

tenía que estar muy afectado porque abrí el periódico y busqué la sección de ofertas de trabajo.

-mira, Kathy, aquí hay algo. se necesitan hombres, domingo. paga el mismo día.

-oh, Hank, descansemos mañana. ya conseguirás ganar con los caballos el martes. entonces todo parecerá mejor.

-pero mierda, niña, ¡cada billete cuenta! los domingos no hay carreras. hay en Caliente, sí, pero piensa en ese veinticinco por ciento que cobra Caliente y en la distancia. puedo divertirme y beber esta noche y luego coger esa mierda mañana. esos billetes extra pueden significar mucho.

Kathy me miró extrañada. jamás me había oído hablar así. yo siempre actuaba como si nunca fuese a faltar el dinero. aquella pérdida de quinientos dólares me había alterado por completo. me sirvió otro buen trago. lo bebí inmediatamente. alterado, señor, señor, las fábricas. los días desperdiciados, los días sin sentido, los días de jefes y memos, y el reloj, lento y brutal.

bebimos hasta las dos, lo mismo que en el bar, y luego nos fuimos a la cama, hicimos el amor, dormimos. puse el despertador para las cuatro, me levanté; cogí el coche y estaba en el centro de la ciudad a las cuatro y media. me planté en la esquina con unos veinticinco vagabundos andrajosos. allí estaban liando cigarrillos y bebiendo vino.

bueno, es dinero, pensé. volveré... algún día iré de vacaciones a París o a Roma. que se vayan a la mierda estos tipos. yo no pertenezco a esto.

entonces algo me dijo, eso es lo que están pensando TODOS: yo no pertenezco a esto. TODOS ELLOS están pensando lo mismo. y tienen razón. ¿sí?

hacia las cinco y diez apareció el camión y subimos.

Dios mío, ahora podría estar durmiendo con el culo pegado al lindo culo de Kathy. pero

es dinero, dinero.

algunos contaban que acababan de salir del furgón. apestaban los pobres. pero no parecían tristes. yo era el único triste.

ahora estaría levantándome a echar una meada. tomando una cerveza en la cocina, esperando el sol, viendo cómo iba haciéndose de día. contemplando mis tulipanes. y luego volvería a la cama con Kathy.

el tipo que estaba a mi, lado dijo:

-¡eh, compadre!

-sí -dije.

-soy francés, -dijo.

no contesté.

-¿quieres que te la chupe?

-no -dije yo.

-vi a un tipo chupándosela a otro en la calleja esta mañana. tenía una polla blanca y larga y delgada y el otro tío aún seguía chupando mientras se le caía de la boca toda la leche. y estuve viéndolo todo y estoy de un caliente... ¡déjame chupártela, compadre!

-no -le dije-. no me apetece en este momento.

-bueno, si no me dejas hacerlo, quizás quieras chupármela tú.

-¡déjame en paz! -le dije.

el francés pasó más al fondo del camión. kilómetro y medio después cabeceaba allí. se lo estaba haciendo delante de todos a un tipo viejo que parecía indio.

-¡¡¡VAMOS, MUCHACHO, SACASELO TODO!!! -gritó alguien.

algunos se reían, pero la mayoría se limitaba a guardar silencio, beber su vino y liar sus cigarrillos. el viejo indio actuaba como si nada pasase. cuando llegamos a Vermont, el francés ya había acabado y nos bajamos todos, el francés, el indio, yo y los demás vagabundos. nos dieron a cada uno un trocito de papel y entramos en un café. el papel valía por un bollo y un café. la camarera alzaba la nariz. apestábamos. sucios chupapollas.

luego alguien gritó: -¡todos fuera!

yo les seguí y entramos en una habitación grande y nos sentamos en esas sillas como las que había en la escuela, más bien en la universidad, por ejemplo en la clase de Formación Musical, con un gran brazo de madera para apoyar el brazo derecho y poder poner el cuaderno y escribir. en fin, allí estuvimos sentados otros cuarenta y cinco minutos. luego, un chico listo con una lata de cerveza en la mano, dijo:

-¡bueno coged los SACOS!

todos los vagabundos se levantaron inmediatamente y CORRIERON hacia la gran habitación del fondo. qué demonios, pensé. me acerqué lentamente y miré en la otra habitación. allí estaban empujándose y disputando a ver quién se llevaba los mejores sacos. era una lucha despiadada y absurda. cuando salió el último de ellos, entré y cogí el primer saco que había en el suelo. estaba muy sucio y lleno de agujeros y desgarrones. cuando salí al otro lado, todos los vagabundos tenían los sacos a la espalda. yo me senté y esperé sentado con el mío en las rodillas. han debido tomarnos el nombre en algún momento, pensé, creo que fue antes de darnos el papel del café y el bollo cuando di mi nombre. en fin, fueron llamándonos en grupos de cinco o seis o siete. así pasó, más o menos, otra hora. cuando entré en la caja de aquel camión más pequeño con unos cuantos más, el sol ya estaba bastante alto; nos dieron a cada uno un pequeño plano de las calles en que teníamos que entregar los papeles. a mí también. miré inmediatamente las calles: ¡DIOS TODOPODEROSO, DE TODA LA CIUDAD DE LOS ANGELES TENÍAN QUE DARME PRECISAMENTE MI PROPIO BARRIO!

yo me había hecho una reputación de borracho, jugador, vivales, de vago, de especialista en chollos, ¿cómo podía aparecer allí con aquel saco cochambroso a la espalda, a entregar folletos publicitarios?

me dejaron en mi esquina. era una zona muy familiar, realmente, allí estaba la floristería, allí estaba el bar, la gasolinera, todo... a la vuelta de la esquina mi casita con Kathy durmiendo en la cama caliente. hasta el perro estaba durmiendo. en fin, es mañana de domingo, pensé. nadie me verá. duermen hasta tarde. haré la condenada ruta. y me dispuse a hacerla.

recorrí dos calles a toda prisa y nadie vio al gran hombre de mundo de suaves manos blancas y grandes ojos soñadores. lo conseguí.

enfilé la tercera calle. todo fue bien hasta que oí la voz de una niñita. estaba en su patio. unos cuatro años.

-¡hola, señor!

-¿sí? ¿qué pasa niña?

-¿dónde está tu perro?

-oh, jajá, aún dormido.

-oh.

siempre paseaba al perro por aquella calle. había allí un solar vacío donde cagaba siempre el perro. éste fue el final. Cogí los folletos que quedaban, los basculé en la parte trasera de un coche abandonado junto a la autopista. el coche llevaba allí meses sin ruedas. no sabía las consecuencias que podía tener, pero eché todos los papeles en la parte trasera. luego doblé la esquina y entré en mi casa. Kathy aún estaba dormida. la desperté.

-¡Kathy! ¡Kathy!

-oh, Hank... ¿todo bien?

vino el perro y le acaricié.

-¿sabes lo que HICIERON ESOS HIJOS DE PUTA?

-¿qué?

-¡me dieron mi propio barrio para repartir folletos!

-oh. bueno, no es muy agradable, pero no creo que a la gente le importe.

-¿es que no comprendes? ¡con la reputación que me he creado! ¡yo soy un vivo! ¡no pueden verme con un saco de mierda a la espalda!

-¡bah, no creo que tengas esa reputación! son cosas tuyas.

-¿pero qué demonios dices? ¡has estado con el culo caliente en esta cama mientras yo estaba por ahí fuera con un montón de soplapollas!

-no te enfades. espera un momento que voy a mear.

esperé allí mientras ella soltaba su soñoliento pis femenino. ¡Dios mío, qué lentas son! el coño es una máquina de mear muy ineficaz. es mucho mejor el pijo.

Kathy salió.

-mira Hank, no te preocupes. me pondré un vestido viejo y te ayudaré a repartir los folletos. en seguida acabamos. los domingos la gente duerme hasta tarde.

-¡pero si ya me han VISTO!

-¿que ya te han visto? ¿quién?

-esa chiquilla de la casa marrón de la calle West Moreland.

-¿te refieres a Myra?

-¡no sé cómo se llama!

-si sólo tiene tres años.

-¡no sé cuantos años tiene, pero me preguntó por el perro!

-¿qué te dijo del perro?

-¡me preguntó dónde ESTABA?

-vamos, yo te ayudaré a librarte de esos folletos.

Kathy se estaba poniendo un vestido viejo, raído y gastado.

ya me he librado de ellos. se acabó. los eché en ese coche abandonado que hay en la autopista.

-¿no lo descubrirán?

-¡JODER! ¡y qué más da!

entré en la cocina y cogí una cerveza. cuando volví Kathy estaba otra vez en la cama. me senté en un sillón.

-¿Kathy?

-¿sí?

-¿es que no comprendes con quién estás viviendo? ¡yo tengo clase, auténtica clase! con treinta y cuatro años, no he trabajado más de seis o siete meses desde los dieciocho. y no tenía dinero. ¡mira estas manos! ¡como las de un pianista!

-¿clase? ¡deberías OIRTE CUANDO ESTAS BORRACHO! ¡eres horrible, horrible!

-¿quieres que empecemos a armar follón otra vez, Kathy? te he tenido en la opulencia y con pasta abundante desde que te saqué de aquel antro de la calle Alvarado.

Kathy no contestó.

-en realidad -le dije-, soy un genio, pero sólo lo sé yo.

-aceptaré eso -dijo ella. luego hundió la cabeza en la almohada y volvió a dormirse.

terminé la cerveza., tomé otra, luego salí, anduve tres manzanas y me senté en las escaleras de una tienda de ultramarinos cerrada que según el plano sería el lugar de reunión donde tenía que recogerme el encargado, estuve sentado allí desde las diez a las dos y media. fue aburrido y seco y estúpido y tortuoso y absurdo. el maldito camión llegó a las dos y media.

-hola, amigo.

-qué hay

-¿acabó ya?

-sí.

-¡es usted rápido!

-sí.

-quiero que ayude a este tipo a terminar su ruta.

-vaya por Dios, hombre.

entré en el camión y me llevó. allí estaba aquel tipo. se ARRASTRABA. depositaba cada folleto con gran cuidado en los porches. cada porche recibía un tratamiento especial y además parecía que el trabajo le encantaba. sólo le quedaba una manzana. liquidé la cuestión en cinco minutos luego nos sentamos y esperamos el camión. durante una hora.

nos llevaron de nuevo a la oficina y nos sentamos otra vez en aquellas sillas. luego aparecieron dos tipos insolentes con latas de cerveza en la mano. uno decía los nombres y el otro daba a cada uno su dinero.

en una pizarra detrás de las cabezas de aquellos tipos estaba escrito con tiza el siguiente mensaje:

TODO EL QUE TRABAJE PARA NOSOTROS
TREINTA DÍAS SEGUIDOS
SIN PERDER UN DÍA
RECIBIRÁ
GRATIS
UN TRAJE USADO

estuve observando a mis compañeros mientras les entregaban el dinero. no podía ser cierto. PARECÍA que cada uno de ellos recibía tres billetes de dólar. por entonces, el salario base legal era un dólar por hora. yo había estado en aquella esquina a las cuatro y media de la mañana y eran entonces las cuatro y media de la tarde. para mí, eran doce horas.

fui de los últimos que llamaron. creo que el tercero empezando por la cola. ni uno solo de aquellos vagabundos protestó, cogieron sus tres dólares y se largaron.

-¡Bukowski! -aulló el muchachito impertinente de la lata de cerveza.

me acerqué. el otro contó tres billetes muy limpios y crujientes.

-escuche -dije-, ¿es que no saben que hay un salario mínimo legal? un dólar por hora.

el tipo alzó su cerveza.

-descontamos el transporte, el desayuno y demás. sólo pagamos por tiempo medio de trabajo y calculamos unas tres horas.

-he perdido doce horas de mi vida. y ahora tendré que coger el autobús para llegar hasta donde está mi coche y poder volver a casa.

-tienes suerte de tener coche.

-¡y tú de que no te meta esa lata de cerveza por el culo!

-yo no soy quien decide la política de la empresa, señor. no me eche a mí la culpa.

-¡les denunciaré a las autoridades!

-¡Robinson! -aulló el otro impertinente.

el penúltimo vagabundo se levantó de su asiento a por sus tres dólares mientras yo cruzaba la puerta camino del Bulevar Beverly. a esperar el autobús. cuando llegué a casa y me vi con un trago en la mano eran las seis o así. cogí una borrachera respetable. estaba tan furioso que le eché tres polvos a Kathy. rompí una ventana. me corté un pie con los cristales. canté canciones de Gilbert & Sullivan que me había enseñado en otros tiempos un profesor inglés chiflado que daba una clase de inglés que empezaba a las siete de la mañana. en el City College de Los Angeles. Richardson, se llamaba. y quizás no estuviese loco. pero me enseñó lo de Gilbert & Sullivan y me dio una «B» en inglés por aparecer no antes de las siete y media, con resaca, CUANDO aparecía. pero ése es otro asunto. Kathy y yo nos reímos bastante aquella noche, y aunque rompí unas cuantas cosas no estuve tan desagradable e idiota como siempre.

y ese martes, en Hollywood Park, gané ciento cuarenta dólares a las carreras e inmediatamente volví a ser amante despreocupado, vividor, jugador, chulo reformado y cultivador de tulipanes. llegué y enfilé lentamente la entrada de casa en el coche, saboreando los últimos rayos del sol crepuscular. y luego, entré por la puerta trasera. Kathy había preparado carne con muchas cebollas y chorraditas y especies, tal como me gustaba a mí. estaba inclinada sobre la cocina y la agarré por detrás.

-ooooh...

-escucha, querida...

-¿sí?

estaba allí de pie con el cucharón goteando en la mano. le metí en el cuello del vestido un billete de diez dólares.

-quiero que me traigas una botella de whisky.

-de acuerdo, ahora mismo.

-y un poco de cerveza y puros. yo me ocuparé de la comida. se quitó la bata y entró un momento al baño. la oí canturrear. un momento después me senté en mi sillón y oí repiquetear sus tacones en el camino. había una pelota de tenis. cogí la pelota de tenis y la tiré en el suelo de forma que rebotase hacia la pared y de allí al aire. el perro, que medía uno cincuenta de largo por uno de alto, y era medio lobo, saltó al aire, se oyó el chasquido de los dientes; había cogido la pelota de tenis, casi junto al techo. por un instante pareció colgar allá arriba. qué perro maravilloso, qué vida maravillosa. cuando llegó al suelo, me levanté a ver cómo iba el guiso. perfectamente. todo iba perfectamente.

Vida y muerte en el pabellón de caridad

La ambulancia estaba llena pero me encontraron un sitio arriba de todo y allá nos fuimos. Había estado vomitando sangre en grandes cantidades y me preocupaba el que pudiese vomitar sobre la gente que iba abajo. Viajábamos oyendo la sirena. Sonaba como muy lejos, como si el sonido no lo produjese nuestra propia ambulancia. Ibamos camino del hospital del condado, todos nosotros, los pobres. Los casos de beneficencia. Teníamos todos males distintos y muchos no volverían. Lo único que teníamos en común era el ser todos pobres y el no haber tenido grandes oportunidades. Allí estábamos hacinados. Nunca había pensado que en una ambulancia pudiese caber tanta gente.

-Dios mío, oh Dios mío -oí decir a una mujer negra debajo-. ¡Jamás pensé que pudiera sucederme esto a MI! ¡Jamás creí que pudiera pasar algo así, señor. . . !

Yo no compartía tales sentimientos. Llevaba cierto tiempo jugando con la muerte. No puedo decir que fuésemos grandes amigos, pero nos conocíamos bien. Aquella noche se me había acercado un poco más y un poco más deprisa. Había habido advertencias: dolores como espadas aguijoneándome el estómago, que yo había ignorado. Me consideraba un tipo duro y el dolor era para mí sólo como la mala suerte: lo ignoraba. Simplemente bañaba el dolor con whisky y seguía entregado a lo mío. Lo mío era beber y emborracharme. La culpa era del whisky; debería haber seguido fiel al vino.

La sangre de vómito no es del color rojo brillante de la que sale, por ejemplo, de un corte en el dedo. La sangre del vómito es oscura, de un púrpura casi negro, y apesta, huele peor que la mierda. Aquel fluido vivificante olía peor que una mierda-cerveza.

Sentí que llegaba otro espasmo de vómito. Era la misma sensación que cuando se vomita comida, y después de echar la sangre uno se sentía mejor. Pero era simple ilusión... cada vomitada te acercaba cada vez más a Papá Muerte.

-Oh Dios mío, nunca pensé...

Vino la sangre y la retuve en la boca. No sabía qué hacer. Desde allá arriba, desde la hilera superior, habría regado a todos los compañeros que iban abajo. Retuve la sangre en la boca a intenté pensar lo que podía hacer. La ambulancia dobló una esquina y la sangre empezó a escapárseme por las comisuras de la boca. En fin, un hombre ha de mantener el decoro hasta cuando agoniza. Procuré serenarme, cerré los ojos y tragué otra vez la sangre. Era repugnante. Pero había resuelto el problema. Mi única esperanza era llegar pronto a algún sitio donde pudiera librarme de la próxima.

En realidad, no pensaba en absoluto en morir; mi único pensamiento era: qué terrible inconveniente, ya no controlo lo que pasa. Te reducen las posibilidades y lo arrastran de un lado a otro. Por fin llegó la ambulancia a su destino y allí me vi en una mesa donde me hacían preguntas: ¿cuál era mi religión? ¿dónde había nacido? ¿debía dinero al condado por anteriores viajes a su hospital? ¿cuándo había nacido? ¿vivían mis padres? ¿casado? En fin, todo lo que sabéis. Hablan a un hombre como si dispusiese de todas sus facultades. Ni siquiera se les ocurre que puedas estar agonizando. Y no se dan, ni mucho menos, prisa. Esto produce un efecto calmante, pero no es ése su motivo: simplemente están aburridos y no les preocupa si tú te mueres, vuelas o tiras un pedo. No, más bien prefieren que no te tires un pedo.

Luego me vi en un ascensor y se abrió la puerta a lo que parecía una bodega oscura. Allá me llevaron. Me metieron en una cama y se fueron. E inmediatamente apareció un ayudante brotado de la nada que me dio una pildorita blanca.

-Tome esto -dijo. Tragué la píldora, me entregó un vaso de agua y desapareció. Era lo más amable que me había sucedido en bastante tiempo. Me recosté y examiné los alrededores. Había ocho o diez camas, ocupadas todas por norteamericanos varones. Todos

teníamos una jarrita metálica de agua y un vaso en la mesilla de noche. Las sábanas parecían limpias. Estaba muy oscuro aquello y hacía frío, y la sensación era la del sótano de una casa de apartamentos. Había una bombillita sin pantalla. Junto a mí había un hombre muy corpulento, viejo, de cincuenta y tantos. Era inmenso, aunque gran parte de la inmensidad era grasa, daba la sensación de mucha fuerza. Estaba atado a la cama. Miraba fijamente hacia arriba, hablando hacia el techo.

-... y era tan buen chico, un chico tan limpio y tan agradable, necesitaba el trabajo, decía que necesitaba el trabajo, y dije: «me agradas mucho, muchacho. Necesitamos un buen cocinero, un cocinero honrado, y sé distinguir una cara honrada, muchacho, sé conocer a la gente, trabajarás conmigo y con mi mujer y tendrás aquí un buen puesto para toda la vida, muchacho...». Y él dijo: «De acuerdo, señor», y parecía feliz de conseguir aquel trabajo y yo dije: «Martha, tenemos ahora un buen chico, un chico listo y limpio, no hará como los otros sucios hijos de puta». En fin, salí a hice una buena compra de pollos, una compra excelente. Martha puede hacer grandes cosas con un pollo, tiene un toque mágico con los pollos. Salí y compré veinte pollos para el fin de semana. Ibamos a tener un fin de semana excelente. Ibamos a echar al Col. Sanders del negocio. Un buen fin de semana como aquél puedes sacar doscientos billetes de beneficio limpio. El muchacho nos ayudó incluso a preparar y cortar los pollos, lo hizo en sus horas libres. Martha y yo no teníamos hijos. Estaba tomándole cariño al muchacho. En fin, Martha preparó los pollos en la parte de atrás, los preparó todos... teníamos pollos preparados de diecinueve maneras distintas, nos salían pollos hasta por el culo. Lo único que tenía que hacer el muchacho era cocinar el otro material, las hamburguesas, los filetes, etc. Los pollos estaban listos. Y tuvimos un gran fin de semana, desde luego. Noche del viernes, sábado y domingo. El muchacho era buen trabajador, y muy simpático, además. Daba gusto tenerle allí. Y hacía aquellas bromas tan divertidas. A mí me llamaba Col. Sanders y yo le llamaba hijo. Col. Sanders e Hijo, eso éramos. Cuando cerramos el sábado por la noche, estábamos muy cansados pero muy contentos. Habíamos vendido todos los pollos. El local se había llenado, la gente esperando, nunca había pasado una cosa así. Cerré la puerta y saqué una botella de buen whisky y nos sentamos allí, cansados y felices, a echar un buen trago. El chico lavó todos los platos y fregó el suelo. «Bien, Col. Sanders, ¿a qué hora vengo mañana?» dijo, sonriendo. Le dije que a las seis y media y cogió su gorra y se fue. «Es un chico magnífico, Martha», dije, y luego fui a la caja a contar las ganancias. ¡La caja estaba VACIA! Sí, lo que dije: «¡La caja estaba VACIA!». Y la caja de puros con el beneficio de los otros dos días, también la había encontrado, un chico tan majo y tan limpio... no lo entiendo... le dije que podría tener un puesto de trabajo para toda la vida, eso le dije... veinte pollos... Martha realmente sabe lo que es un pollo... y aquel muchacho, aquel cabrón de mierda, se escapó con todo el dinero, aquel muchacho...

Luego se puso a gemir. He oído llorar a mucha gente, pero no había oído llorar a nadie así. Se incorporó forzando las ligaduras que le ataban a la cama y empezó a gritar. Parecía que iba a lograr romper las ligaduras. Toda la cama rechinaba, la pared nos lanzaba de rebote el chillido. El hombre sufría terriblemente. No era un grito breve. Era un grito largo, largo y seguía y seguía. Por fin cesó. Los ocho o diez norteamericanos varones, enfermos, tumbados en nuestras camas, saboreamos el silencio.

Luego empezó a hablar otra vez.

-Era tan buen muchacho, me gustaba su aspecto. Le dije que podría tener un puesto de trabajo para toda la vida. Hacía aquellas bromas tan divertidas, era agradable tenerle allí. Salí y compré aquellos veinte pollos. Veinte pollos. Un fin de semana bueno puedes sacar doscientos. Teníamos veinte pollos. El chico me llamaba Col. Sanders...

Me incliné hacia un lado y vomité en el suelo una bocanada de sangre...

Al día siguiente apareció una enfermera que me cogió y me acompañó hasta una litera de ruedas. Yo aún vomitaba sangre y estaba muy débil. Me llevó en la litera al ascensor.

El técnico se situó detrás de su máquina. Me punzaron en el vientre y me dijeron que esperase allí. Me sentía muy débil.

-Estoy demasiado débil para aguantar de pie -dije.

-Vamos, vamos, estése ahí -dijo el técnico.

-No creo que pueda -dije.

-Aguante.

Poco a poco, fui dándome cuenta que empezaba a caerme de espaldas.

-Me caigo -dije.

-No se caiga -dijo él.

-Estése quieto -dijo la enfermera.

Me caí de espaldas.

Tenía la sensación de estar hecho de goma. No sentí nada al tocar el suelo. Me sentía muy ligero. Probablemente lo estuviese.

-¡Maldita sea! -dijo el técnico.

La enfermera me ayudó a levantarme y me aguantó contra la máquina con aquella aguja en la barriga.

-No puedo sostenerme -dije-, creo que estoy agonizando. No puedo sostenerme, lo siento pero no puedo sostenerme.

-Aguante firme -dijo el técnico-. Aguante usted ahí.

-Aguante ahí -dijo la enfermera.

Sentí de nuevo que caía. Caí.

-Lo siento -dije.

-¡Hombre por Dios, qué hace usted! -gritó el técnico-. ¡Ya he estropeado dos películas! ¡Y esas malditas películas cuestan dinero!

-Lo siento -dije.

-Llévatelo de aquí -dijo el técnico.

La enfermera me ayudó a levantarme y me colocó otra vez en la litera. Tarareando me arrastró otra vez hasta el ascensor.

Me sacaron de aquel sótano y me pusieron en una sala grande, muy grande. Había allí unas cuarenta personas agonizando. Los cables de los timbres estaban desconectados y había unas grandes puertas de madera, unas puertas muy gruesas de madera, reforzadas con tiras metálicas a ambos lados, que nos separaban de las enfermeras y de los médicos. Habían puesto biombos alrededor de mi cama y me pidieron que utilizase la cuña pero a mí no me gustaba la cuña, ni para vomitar sangre ni, menos aún, para cagar. Si alguien inventase alguna vez una cuña cómoda y práctica, enfermeras y médicos le odiarían por toda la eternidad y hasta después.

Llevaba tiempo con ganas de cagar, pero sin suerte. Por supuesto, lo único que me daban era leche y tenía el estómago destrozado, tanto que apenas podía mandar nada al ojo del culo. Una enfermera me había ofrecido un poco de carne asada de buey, dura, con zanahorias semicocidas y patatas semimachacadas. Lo rechacé. Sabía que lo único que querían era disponer de otra cama libre. De todos modos, aún seguía con ganas de cagar. Extraño. Era mi segunda o tercera noche allí. Estaba muy débil. Conseguí descorrer una cortina y salir de la cama. Llegué hasta el cagadero y me senté. Hice fuerzas allí sentado, descansé, volví a hacer fuerza. Por fin me levanté. Nada. Sólo un remolinito de sangre. Entonces se inició un tiovivo en mi cabeza y me apoyé contra la pared con una mano y vomité una bocanada de sangre. Tiré de la cadena y salí. Cuando iba por mitad del camino tuve otra arcada. Caí. Luego, en el suelo, vomité otra bocanada de sangre. No sabía que hubiese tanta sangre dentro de la gente. Solté otra bocanada.

-Oye hijo de la gran puta -aulló un viejo desde su cama-, cállate de una vez, aquí no hay quien duerma.

-Perdona, compadre -dije, y luego me desmayé.

La enfermera se puso furiosa.

-Pedazo de cabrón -decía-, te dije que no descorrieras las cortinas. ¡Este mierda me va a joder la noche!

-Oye, coño apestoso -le dije-, tú tenías que estar en una casa de putas de Tijuana.

Me alzó la cabeza, cogiéndome del pelo y me abofeteó.

-¡Retira eso! -dijo-. ¡Retira eso!

-Florence Nightingale -dije-, te amo.

Me soltó la cabeza y salió de la habitación. Era una dama con auténtico espíritu y auténtico fuego; eso me gustó. Me revolqué en mi propia sangre, manchando la bata. Eso la enseñaría.

Florence Nightingale volvió con otra sádica y me pusieron en una silla y la arrastraron hacia mi cama.

-¡Basta ya de ruidos! -dijo el viejo. Tenía razón.

Volvieron a meterme en la cama y Florence volvió a cerrar la cortinilla.

-Ahora, hijoputa -dijo-, no salgas de ahí porque si no la próxima vez te joderé.

-Chúpamela -dije-, chúpamela antes de irte.

Se apoyó en la cabecera y me miró a la cara. Tengo una cara muy trágica. Atrae a algunas mujeres. La enfermera tenía unos ojos grandes y apasionados y los clavó en los míos. Levanté la sábana y alcé la bata. Me escupió en la cara. Luego se fue...

Luego apareció la enfermera jefe.

-Señor Bukowski -dijo-, no podemos darle a usted sangre. No tiene usted crédito de sangre. -Sonrió. Venía a comunicarme que iban a dejar que me muriera.

-De acuerdo -dije.

-¿Quiere usted ver al sacerdote?

-¿Para qué?

-En su ficha de ingreso dice que es usted católico.

-Lo puse por poner algo.

-¿Por qué?

-Lo fui. Si pongo «ninguna religión» siempre hacen un montón de preguntas.

-Está usted ingresado como católico, señor Bukowski.

-Oiga, me resulta difícil hablar. Me estoy muriendo. De acuerdo, de acuerdo. Soy católico, si ése es su gusto.

-No podemos administrarle nada de sangre, señor Bukowski.

-Escuche, mi padre trabaja para el condado. Creo que tienen un programa de sangre. Museo del Condado de Los Angeles. Se llama señor Henry Bukowski. Me odia.

-Comprobaremos eso...

Algo pasó con mis papeles mientras yo estaba arriba. No vi a un médico hasta el cuarto día, y por entonces descubrieron que mi padre, que me odiaba, era un buen tipo que tenía un trabajo y que tenía un hijo borracho agonizante sin trabajo y el buen tipo había dado sangre para el programa de sangre, así que cogieron una botella y me la sirvieron. Trece pintas de sangre y trece de glucosa sin parar. La enfermera se quedó sin sitio donde clavar la aguja...

Cuando desperté estaba a mi lado el sacerdote.

-Padre -dije-, váyase, por favor. Puedo morirme sin esto.

-¿Quieres que me vaya, hijo mío?

-Sí, padre.

-¿Has perdido la fe?

-Sí, he perdido la fe.

-El que fue católico siempre es católico, hijo mío.

-Cuentos, padre.

Un viejo de la cama de al lado dijo:

-Padre, yo hablaré con usted. Hable usted conmigo, padre. El sacerdote se acercó a él. Yo esperaba la muerte. Sabes perfectamente que no fallecí entonces, porque si no no estaría contándote esto...

Me trasladaron a úna habitación con un negro y un blanco. El blanco tenía rosas frescas todos los días. Cultivaba rosas que vendía a las floristerías. No cultivaba rosas entonces, sin embargo. El negro había reventado como yo. El blanco estaba mal del corazón, muy mal. Allí estábamos, y el blanco hablaba de criar y cultivar rosas y de que ojalá pudiese fumar un cigarrillo, Dios mío, cómo necesitaba un cigarrillo. Yo había dejado de vomitar sangre. Ya sólo la cagaba. Tenía la sensación de haber conseguido salir del agujero. Acababa de vaciar una pinta de sangre y habían retirado la aguja.

-Te conseguiré unos cigarrillos, Harry.

-Oh Dios mío, gracias, Hank.

Me levanté de la cama.

-Dame dinero.

Me dio unas monedas.

-Si fuma morirá -dijo Charley. Charley era el negro.

-Cuentos, Charley, un par de cigarrillos no hace daño a nadie.

Salí de la habitación y crucé el vestíbulo. Había una máquina de cigarrillos en el vestíbulo de recepción. Saqué un paquete y volví.

Luego, Charley, Harry y yo nos pusimos a fumar. Era por la mañana. Hacia el mediodía pasó el médico y le colocó una máquina a Harry. La máquina escupía y pedorreaba y gruñía.

-¿Ha estado usted fumando, verdad? -dijo el doctor a Harry.

-No, doctor, de veras, no he fumado.

-¿Quién de ustedes compró esos cigarrillos?

Charley miró al techo. Yo miré al techo.

-Si fuma usted otro cigarrillo, morirá -dijo el médico.

Luego, cogió su máquina y se largó. En cuanto se fue, saqué la cajetilla de debajo de la almohada.

-Dame uno -dijo Harry.

-Ya oíste lo que dijo el médico -dijo Charley.

-Sí -dije yo, exhalando una bocanada de maravilloso humo azul-. Ya oíste lo que dijo el médico: «Si fuma otro cigarrillo, morirá».

-Prefiero morir feliz a morir amargado -dijo Harry.

-No puedo hacerme responsable de tu muerte, Harry -dije-. Le pasaré los cigarrillos a Charley, y si él quiere darte uno, es asunto suyo.

Se los pasé a Charley, que tenía la cama del centro.

-Bueno, Charley -dijo Harry-, pásamelos.

-No puedo hacerlo, Harry. No puedo matarte, Harry.

Charley me devolvió los cigarrillos.

-Vamos, Hank, déjame fumar uno.

-No, Harry.

-¡Por favor, to lo suplico, sólo uno!

-¡Maldita sea!

Le tiré la cajetilla. Le temblaba la mano al sacarlo.

-No tengo cerillas. ¿Quién las tiene?

-Maldita sea -dije.

Le tiré las cerillas...

Vinieron y me enchufaron otra botella. A los diez minutos llegó mi padre. Venía con él Vicky, tan borracha que apenas si podía sostenerse en pie.

-¡Querido! -dijo-. ¡Querido mío!

Dio un traspié contra el borde de la cama.

Miré al viejo.

-Hijo de puta -dije-. No tenías que haberla traído borracha.

-Querido, ¿no querías verme, eh? Dime, querido...

-Te advertí que no to comprometieras con una mujer como ésta.

-Está hundida. Tú, cabrón, le compraste whisky, la emborrachaste y luego la trajiste aquí.

-Ya to dije que no era buena, Henry. Te dije que era una mala mujer.

-¿Pero es que ya no me amas, queridito mío?

-Sácala de aquí... ¡INMEDIATAMENTE! -le dije al viejo.

-No, no, quiero que veas qué clase de mujer tienes.

-Sé qué clase de mujer tengo. Ahora sácala de aquí inmediatamente, o si no to juro que me arranco esta aguja del brazo y te la clavo en el culo.

El viejo se la llevó. Me derrumbé en la almohada.

-Es guapa -dijo Harry.

-Lo sé -dije-, lo sé...

Dejé de cagar sangre y me dieron una lista de lo que tenía que comer y me dijeron que si bebía un sólo trago moriría. Me dijeron también que moriría si no me operaba. Tuve una terrible discusión con una doctora japonesa sobre operación y muerte. Yo había dicho «nada de operación» y ella salió de allí meneando el culo furiosa. Harry aún seguía vivo cuando me fui, tenía escondidos los cigarrillos.

Salí a la claridad del sol para ver cómo era. Estaba muy bien, perfectamente. Pasaban los coches. La acera era tan acera como lo había sido siempre. Dudé entre coger un autobús y probar a llamar por teléfono a alguien para que viniese a recogerme. Entré a llamar por teléfono en aquel bar. Primero me senté y fumé un cigarrillo.

El encargado se acercó y le pedí una botella de cerveza.

-¿Cómo va esa vida? -me preguntó.

-Como siempre -dije

Se fue. Eché cerveza en el vaso y luego miré el vaso un rato y luego me bebí la mitad de un trago. Alguien echó una moneda en el tocadiscos y hubo un poco de música. La vida parecía algo más agradable, mejor. Terminé por fin aquel vaso, me serví otro y me pregunté si aún se me alzaría el rabo. Eché un vistazo al bar: ninguna mujer. Hice lo mejor que podía hacer: alcé el vaso y lo vacié de un trago.

Reparando la bateria

la convidé a un trago y luego a otro y luego subimos la escalera de detrás de la barra. había allí varias habitaciones grandes. me había puesto muy caliente. estaba con la lengua fuera. y subimos la escalera jugueteando. eché el primero, de pie, nada más entrar en el cuarto, junto a la puerta. ella simplemente echó a un lado las bragas y se la metí.

luego entramos en el dormitorio y allí estaba aquel tipo en la otra cama, había dos camas, y el tipo dijo:

-hola.

-es mi hermano -dijo ella.

el tipo parecía realmente malévolo y peligroso, pero casi todo el mundo tiene ese aspecto si te pones a pensarlo. había varias botellas de vino junto a la cabecera. abrieron una y yo esperé hasta que los dos bebieron de ella, luego lo probé.

dejé diez dólares en el tocador. el tipo realmente soplaba vino.

-su hermano mayor es Jaime Bravo, el gran torero.

-he oído hablar de Jaime Bravo, torea casi siempre fuera de T. -dije-, pero no tienes por qué contarme cuentos.

-vale -dijo ella-, ningún cuento.

bebimos y hablamos un rato, sobre cosas sin importancia. luego ella apagó las luces y con el hermano allí, en la otra cama, volvimos a hacerlo. yo tenía la cartera debajo de la almohada.

cuando acabamos, ella encendió la luz y fue al cuarto de baño mientras su hermano y yo nos pasábamos la botella. en un momento en que el hermano no miraba, me limpié con la sábana.

ella salió del baño y aún me apetecía, quiero decir, después de los dos polvos, aún seguía atrayéndome. tenía pechos pequeños pero firmes. lo que había, sobresalía realmente. y tenía un culo grande, bastante grande.

-¿por qué viniste a este sitio? -me preguntó, avanzando hacia la cama. se deslizó a mi lado, levantó la sábana, agarró la botella.

-tenía que cargar la batería ahí enfrente.

-después de esto -dijo ella-, necesitarás cargarla bien.

todos nos reímos. hasta el hermano se rió. luego la miró:

-¿es de confianza?

-seguro que sí -dijo ella.

-¿de qué se trata? -pregunté.

-tenemos que andar con cuidado.

-no sé lo que quieres decir.

-el año pasado casi liquidan a una de las chicas. un tipo la amordazó para que no pudiese gritar y luego con una navaja le hizo cruces por todo el cuerpo. casi se muere desangrada.

el hermano se vistió muy despacio y luego se fue. le di un billete de cinco dólares. ella lo echó en el tocador con el de diez.

me pasó el vino. era un vino bueno, vino francés. no te hacía tartamudear.

apoyó una pierna sobre las mías. estábamos los dos sentados en la cama. era muy cómodo.

-¿qué edad tienes? -preguntó.

-casi medio siglo.

-debes tenerlo, pareces realmente cascado.

-lo siento. no soy muy guapo.

-oh no, creo que eres un hombre guapo. ¿no te lo han dicho nunca?

-apuesto a que se lo dices a todos los hombres con quienes jodes.

-no, de veras.

estuvimos allí sentados un rato, pasándonos la botella. Se estaba muy tranquilo, sólo se oía un poco de música del bar del piso de abajo. me hundí en una especie de trance.

-¡EH! -gritó ella. me metió una larga uña en el ombligo.

-¡oh! ¡maldita sea!

-¡mírame!

me volví y la miré.

-¿qué ves?

-una chica indiomejicana muy atractiva.

-¿cómo puedes verme?

-¿qué?

-¿cómo puedes verlo? no abres los ojos, los dejas como ranuras. ¿por qué?

era una buena pregunta. tomé un buen trago del vino francés.

-no sé. quizás tenga miedo. miedo de todo. quiero decir, de la gente, los edificios, las cosas, todo. sobre todo de la gente.

-yo también tengo miedo -dijo ella.

-pero tú abres los ojos. me gustan tus ojos.

ella le daba al vino. duro. conocía a aquellos chicanos. esperaba que de un momento a otro se pusiese desagradable.

entonces sonó una llamada en la puerta y estuve a punto de cagarme de miedo. la puerta se abrió de par en par, malévolamente, estilo norteamericano, y allí estaba el encargado del bar: grande, colorado, brutal, banal, cabrón.

-¿aún no has acabado con ese hijoputa?

-creo que quiere un poco más -dijo ella.

-¿de veras? -preguntó el señor Banal.

-creo que sí -dije.

sus ojos se posaron en el dinero del tocador y se fue dando un portazo. una sociedad dineraria. lo consideran mágico.

-ése era mi marido, más o menos -dijo ella.

-creo que no repetiré -dije.

-¿por qué no?

-primero, tengo cuarenta y ocho años. segundo, es algo así ***como*** joder en la sala de espera de una estación de autobuses. se echó a reír.

-yo soy lo que vosotros llamáis una «puta». tengo que joderme a ocho o diez tipos por semana, como mínimo.

-eso no me anima gran cosa.

-a mí me anima.

-Sí. seguimos pasándonos la botella.

-¿te gusta joder mujeres?

-por eso estoy aquí.

-¿y hombres?

-yo no jodo hombres.

cogió otra vez la botella. se había bebido por lo menos tres cuartos.

-¿no crees que podría gustarte por el culo? quizás te gustase que un hombre te diese por el culo...

-estás diciendo tonterías.

se quedó mirando al frente con los ojos fijos. había un pequeño Cristo de plata en la pared del fondo. y ella miraba fijamente el pequeño Cristo de plata que estaba allí en su cruz. era muy bonito.

-quizás te lo estés ocultando. quizás quieras que alguien te dé por el culo.

-está bien, como quieras. quizás eso sea lo que realmente quiero.

cogí un sacacorchos y abrí otra botella de vino francés, metiendo en la operación un montón de corcho y de porquería en el vino, como hago siempre. sólo los camareros de las películas son capaces de abrir una botella de vino francés sin ese problema.

bebí un buen trago primero. con corcho y todo. luego le pasé la botella. había apartado la pierna. tenía una expresión como de pez. bebió un buen trago también.

cogí otra vez la botella. los pequeños fragmentos de corcho parecían no saber adónde ir dentro de la botella. me libré de algunos.

-¿quieres que yo te dé por el culo? -preguntó.

-¿QUE?

-¡puedo HACERLO!

se levantó de la cama y abrió el cajón de arriba del tocador y se fijó a la cintura aquel cinturón y luego se dio la vuelta y se colocó frente a mí... y allí, mirándome, estaba aquella GRAN polla de celuloide.

-¡veinticinco centímetros! dijo riéndose, adelantando el vientre, agitando el chisme hacia mí-. ¡y nunca se ablanda ni se gasta!

-te prefiero de la otra manera.

-¿no crees que mi hermano mayor es Jaime Bravo, el gran torero?

allí estaba de pie con aquella polla de celuloide, preguntándome sobre Jaime Bravo.

-no creo que Bravo pueda triunfar en España -dije.

-¿podrías *triunfar* tú en España?

-demonios, ni siquiera puedo triunfar en Los Ángeles. Ahora, por favor, quítate esa ridícula polla artificial...

se quitó aquel chisme y volvió a meterlo en el cajón del tocador.

me levanté de la cama y me senté en una silla, bebiendo vino. ella buscó otra silla y allí nos quedamos sentados frente a frente, desnudos, pasándonos el vino.

-esto me recuerda algo de una vieja película de Leslie Howard, aunque no filmaron esta parte. ¿no fue Howard en aquella cosa de Somerset Maugham?

-no conozco a esa gente.

-claro, eres demasiado joven.

-¿te gustan ese Howard y ese Maugham?

-los dos tenían estilo, mucho estilo. pero, en cierto modo, con ambos, horas o días o años después, te sientes aburrido, al final.

-¿pero tenían eso que tú llamas «estilo»?

-sí, el estilo es importante. hay mucha gente que grita la verdad, pero sin estilo es inútil.

-Bravo tiene estilo, yo tengo estilo, tú tienes estilo.

-vaya, vas aprendiendo.

luego volví a la cama. ella me siguió. lo intenté otra vez. no podía.

-¿la chupas? -pregunté.

claro.

la cogió en la boca y me lo hizo.

le di otros cinco, me vestí, eché otro trago de vino, bajé la escalera y crucé la calle hasta la gasolinera. la batería ya estaba cargada. pagué al encargado y luego monté en el coche, subí por la Octava Avenida y me siguió un policía en moto durante cuatro o cinco kilómetros. había un paquete de CLOREXS en la guantera y lo saqué, y utilicé tres o cuatro. el policía de la moto renunció por fin y se puso a seguir a un japonés que dio un brusco giro a la izquierda sin hacer señal alguna en el Bulevar Wilshire. los dos se lo merecían.

cuando llegué a casa, la mujer estaba dormida y la niña quiso que le leyese un libro llamado LOS POLLITOS DE BABY SUSAN. terrible. Bobby buscó una caja de cartón para que durmieran los pollitos. la colocó en un rincón detrás de la cocina. y puso un poco de cereal Baby Susan en un platito y lo colocó cuidadosamente en la cajita, para que los pollitos

pudiesen tener su cenita. y Baby Susan se reía y batía sus manitas regordetas.

resultó más tarde que los otros dos pollitos son gallos y Baby Susan es una gallina, una gallina que pone un asombroso huevo. ya ves.

dejé a la niña y entré en el baño y llené de agua caliente la bañera. luego me metí en el agua y pensé, la próxima vez que tenga que cargar la batería, me iré al cine. luego me estiré en el agua caliente y lo olvidé todo. casi.

Un lindo asunto de amor

Me arruiné, de nuevo, pero esta vez en el Barrio Francés de Nueva Orleans, y Joe Blanchard, director del periódico underground OVERTHROW me llevó a aquel sitio de la esquina, uno de esos edificios blancos y sucios de ventanas verdes y escaleras que suben casi en vertical. Era domingo y yo esperaba un envío de derechos, no, un adelanto por un libro pornográfico que había escrito para los alemanes, pero los alemanes no hacían más que escribirme contándome aquel cuento del propietario, el padre, que era un borracho, y ellos estaban endeudados porque el viejo les había retirado los fondos del banco, no, les había dejado sin pasta porque se la había gastado en beber y joder y correrse juergas y, en consecuencia, estaban arruinados, pero andaban dando los pasos necesarios para echar a patadas al viejo y tan pronto como...

Blanchard tocó el timbre.

Salió a la puerta la vieja gorda, que pesaría entre cien y ciento veinte kilos. Su vestido era como una inmensa sábana y tenía los ojos muy pequeños. Creo que era lo único pequeño que tenía. Era Marie Glaviano, propietaria de un café del Barrio Francés, un café muy pequeño. Esta otra cosa suya tampoco era grande: el café. Pero era un café majo, con manteles rojiblancos, platos caros y muy pocos clientes. Junto a la entrada había una de esas antiguas muñecas negras de pie. Esas viejas muñecas significan los buenos tiempos, los viejos tiempos. Pero los buenos y viejos tiempos ya se habían ido. Los turistas eran ya mirones. Sólo querían pasear por allí y mirar las cosas. No entraban en los cafés. Ni siquiera se emborrachaban. Nada era rentable ya. Los buenos tiempos se habían terminado. Nadie daba nada y nadie tenía dinero, y si lo tenían se lo guardaban. Era una nueva era y no precisamente muy interesante. Todos andaban buscando el modo de destrozar al otro, todos revolucionarios y cerdos. Era una buena diversión y además gratis, con lo que todos podían conservar su dinero en el bolsillo, si es que lo tenían.

-Hola, Marie -dijo Blanchard-. Este es Charley Perkin. Charley, esta es Marie.

-Hola -dije yo

-Hola -dijo Marie Glaviano

-Entremos un momento, Marie -dijo Blanchard.

(El dinero siempre tiene dos inconvenientes: demasiado o demasiado poco. Y allí estaba yo otra vez en la etapa «demasiado poco».)

Escalamos las empinadas escaleras y la seguí por uno de esos sitios largos largos, hechos sólo de un lado: quiero decir, todo longitud y sin anchura. Llegamos a la cocina y nos sentamos a una mesa. Había un jarro con flores. Marie abrió tres botellas de cerveza.

-Bien, Marie -dijo Blanchard-, Charley es un genio. Está en un apuro. Estoy convencido de que saldrá de él, pero entretanto... entretanto, no tiene dónde estar.

Maríe me miró:

-¿Eres un genio?

Bebí un buen trago de cerveza.

-Bueno, la verdad es que es difícil de explicar. Suelo sentirme como una especie de subnormal la mayoría de las veces. Me gustan todos esos bloques blancos de aire grandes y enormes que tengo en la cabeza.

-Puede quedarse -dijo Marie.

Era lunes, el único día libre de Marie, y Blanchard se levantó y nos dejó allí en la cocina. Sonó la puerta de entrada: se había ido.

-¿Y tú qué haces? -preguntó Marie.

-Vivo de la suerte -dije.

-Me recuerdas a Marty -dijo ella.

-¿Marty? -pregunté, pensando, Dios mío, aquí llega. Y llegó.

-Bueno, eres feo, sabes. En realidad, no quiero decir feo, sabes, pareces cascado. Realmente cascado, más incluso que Marty. Y e1 era un luchador. ¿Fuiste tú luchador?

Ese es uno de mis problemas: nunca fui capaz de luchar gran cosa.

-De todos modos, tienes el mismo aire que Marty. Estás cascado pero eres bueno. Conozco tu tipo. Conozco a un hombre cuando le veo. Me gusta tu cara. Es una cara buena.

Incapaz de decir nada sobre su cara, pregunté:

-¿Tienes cigarrillos, Marie?

-Claro, querido -hurgó en aquella gran sábana que era su vestido y sacó un paquete lleno de entre las tetas. Podría haber tenido allí la compra de una semana. Resultaba divertido. Me abrió otra cerveza.

Eché un buen trago, y luego dije:

-Creo que podría joderte hasta hacerte aullar.

-Un momento, Charley dijo ella-, no quiero oírte hablar así. Yo soy una buena chica. Mi madre me educó como es debido. Si sigues hablando así, no puedes quedarte.

-Disculpa, Marie, bromeaba.

-Pues no me gusta ese tipo de bromas.

-Claro, comprendo. ¿Tienes whisky?

-Escocés.

-Vale el escocés.

Trajo una botella casi llena y dos vasos. Nos servimos whisky y agua. Aquella mujer la había corrido. Eso era evidente. Probablemente tuviese diez años más que yo. En fin, la edad no era ningún crimen. Pero la mayoría de la gente envejece mal.

-Eres exactamente igual que Marty -repitió.

-Pues tú no te pareces a nadie que yo conozca -dije.

-¿Te gusto? -preguntó.

-Estás empezando a gustarme -dije, y a esto no me contestó con ningún exabrupto.

Bebimos otra hora o dos, básicamente cerveza, pero con un poco de whisky de vez en cuando y luego me acompañó hasta abajo a enseñarme mi cama. Y de camino pasamos un cuarto y ella me dijo:

-Esa es mi cama. -Era muy ancha. Mi cama estaba junto a otra. Muy extraño. Pero no significaba nada.

-Puedes dormir en cualquiera de las dos -dijo Marie- O en las dos.

Había algo en todo aquello que parecía como un rechazo...

Bueno, en fin, por la mañana desperté y la oí a ella revolver en la cocina, pero lo ignoré como haría cualquier hombre prudente, y la oí poner la televisión para escuchar las noticias de la mañana (tenía la televisión en la mesa del desayuno), y oí el ruido de la cafetera, olía magníficamente pero el aroma del tocino y los huevos y las patatas no me agradó, y el rumor de las noticias de la mañana no me agradó, y tenía ganas de mear y mucha sed, pero no quería que Marie supiese que estaba despierto, así que esperé, meándome casi (jajá, sí), pero quería estar solo, quería ser dueño absoluto del lugar y ella seguía hurgando y hurgando por allí, hasta que al fin la oí pasar corriendo ante mi cama...

-Tengo que irme -dijo-, voy con retraso.

-Adiós, Marie -dije.

Cuando se cerró la puerta, me levanté y fui al cagadero y me senté allí y meé y cagué, allí sentado, en Nueva Orleans, lejos de casa, de donde estuviese mi casa, y luego vi una araña sentada en una tela en el rincón, mirándome. Aquella araña llevaba allí mucho tiempo, me di cuenta, mucho más que yo. Primero pensé en matarla. Pero era tan gorda y tan fea y parecía tan feliz, parecía la propietaria del local. Tendría que esperar un tiempo, hasta que fuese oportuno. Me levanté, me limpié el culo y tiré de la cadena. Cuando salía del cagadero, la araña me guiñó un ojo.

No quise jugar con lo que quedaba del whisky, así que me senté en la cocina, desnudo, preguntándome por qué la gente confiaría así en mí. ¿Quién era yo? La gente estaba loca, la gente era tonta. Esto me dio un estímulo. Demonios, sí, me lo dio. Había vivido diez años sin hacer nada. La gente me daba dinero, comida, alojamiento. Qué importancia tenía el que me considerasen un idiota o un genio. Yo sabía lo que era. No era ni una cosa ni otra. No me preocupaba qué fuese lo que impulsaba a la gente a hacerme regalos. Cogía los regalos sin sensación de victoria o/y coerción. Mi única premisa era que yo no podía *pedir* nada. Y como remate, disponía encima de aquel pequeño disco de fonógrafo que giraba en mi cabeza tocando siempre la misma música: no lo intentes, no lo intentes. Parecía una idea excelente.

En fin, después de que se marchase Marie, me senté en la cocina y bebí tres latas de cerveza que encontré en la nevera. Nunca me preocupaba mucho por la comida. Sabía del amor a la comida que tiene la gente. Pero a mí la comida me aburría. Lo liquido me parecía muy bien, pero la masa era una lata. Me gustaba la mierda, me gustaba cagar, me gustaban los cerotes, pero era un trabajo tan terrible el crearlos.

Después de las tres latas de cerveza, vi aquel bolso en la silla de al lado. Por supuesto, Marie se había llevado otro bolso al trabajo. ¿Sería lo bastante tonta o amable para dejar dinero? Abrí el bolso. Al fondo había un billete de diez dolares.

Bueno, Marie estaba probándome y me mostraría digno de su prueba.

Cogí los diez, volví a mi dormitorio y me vestí. Me sentía bien. Después de todo, ¿qué necesitaba un hombre para sobrevivir? Nada, de eso no había duda. Hasta tenía la llave de la casa.

Así que salí y cerré la puerta para impedir la entrada a los ladrones. Jajajá, y allí me vi otra vez en las calles, en el Barrio Francés, que era un lugar bastante soso, pero de todos modos tenía que utilizarlo. Todo tenía que servirme, eso era lo previsto. Así que... oh, sí, bajaba por la calle y el problema del Barrio Francés era que en él simplemente no había tiendas de licores como en otras partes decentes del mundo. Quizás fuese algo deliberado. Es de suponer que esto ayudase a aquellos horribles agujeros de mierda que había en todas las esquinas, a los que llamaban bares. Lo primero que pensaba cuando entraba en uno de aquellos bares del Barrio Francés era en vomitar. Y solía hacerlo, corría a uno de aquellos meaderos que apestan a orín y soltaba toneladas y toneladas de huevos fritos y grasientas patatas medio crudas. Luego volvía, después de desocupar, y les miraba: sólo el encargado parecía más solitario e insustancial que los clientes, sobre todo si era también propietario del local. En fin, di un rodeo sabiendo que los bares eran la mentira y ¿sabéis dónde encontré mi material? En una pequeña tienda de ultramarinos con pan rancio y todo lo demás, incluso con la pintura desconchada, con su semisexual sonrisa de soledad... Dios me perdone, Dios, Dios... Terrible, sí, ni siquiera pueden iluminar el local, la electricidad cuesta dinero; y allí estaba yo, el primer cliente en diecisiete días y el primero que compraba tres paquetes de seis cervezas en dieciocho años, y, Dios mío, la mujer casi salta por encima de la caja registradora... era demasiado. Cogí el cambio y dieciocho grandes latas de cerveza y salí corriendo a la estúpida claridad del Barrio Francés...

Coloqué la vuelta en el bolso de la silla de la cocina y lo dejé abierto para que Marie pudiese verlo. Luego me senté y abrí una cerveza.

Era agradable estar solo. Sin embargo, no estaba solo. Cada vez que tenía que mear veía a aquella araña y pensaba, bueno, araña, tienes que irte, en seguida. No me gusta verte ahí en ese rincón oscuro, cazando pulgas y moscas y chupándoles la sangre. Eres mala, sabes, señora araña. Y yo soy bueno. Al menos, me gusta pensar que es así. No eres más que una verruga negra y sin cerebro, una verruga mortífera, eso eres. Chupa mierda. Es lo que te mereces.

Encontré una escoba en el porche trasero y volví allí y destrocé la tela y la maté. Muy

bien, aquello estuvo muy bien, la araña murió allí delante de mí, no pude evitarlo. Pero, ¿cómo podía Marie posar su gran culo en los bordes de aquella tapa y cagar y mirar aquella cosa? ¿La vería en realidad? Quizás no.

Volví a la cocina y bebí un poco más de cerveza. Luego encendí la tele. Gente de papel. Gente de cristal. Pensé que iba a volverme loco y la apagué. Bebí más cerveza. Luego herví dos huevos y freí dos lonchas de tocino. Conseguí comer. A veces, uno se olvida de la comida. Entraba el sol por las cortinas. Estuve bebiendo todo el día. Tiré los envases vacíos a la basura. Pasó el tiempo. Por fin se abrió la puerta. Era Marie.

-¡Dios mío! -gritó-. ¿Sabes lo que pasó?

-No, no, no lo sé.

-¡Ay, maldita sea!

-¿Pero qué pasa, querida?

-¡Se me quemaron las fresas!

-¿De veras?

Y se puso a corretear por la cocina y a dar vueltitas, bamboleando aquel gran culo. Estaba chiflada. Estaba fuera de sí. Pobre chochito gordo y viejo.

-Pues tenía la cacerola de las fresas haciéndose en la cocina y entró una de esas turistas, una zorra rica, la primera cliente del día, le gustan los sombreritos que hago, sabes... En fin, no es fea y todos los sombreros le sientan bien y por eso mismo se ha convertido en un problema; el caso es que nos pusimos a hablar de Detroit, ella conocía en Detroit a una persona a la que yo también conozco y estábamos hablando y de pronto ¡¡¡LO OLI!!! ¡SE ME QUEMAN LAS FRESAS! Corrí a la cocina pero demasiado tarde... ¡Qué desastre! Las fresas se habían pasado y se habían deshecho y apestaban, se me había quemado todo, es triste, y no pude salvar nada, nada, ¡qué desastre!

-Lo siento. Pero, ¿le vendiste un sombrero?

-Le vendí dos. No fue capaz de decidirse.

-Siento lo de las fresas. Maté la araña.

-¿Qué araña?

-Creí que lo sabías.

-¿Si sabía qué? ¿Qué dices de arañas? Son sólo insectos.

-A mí me enseñaron que una araña no es un insecto. Es algo que se relaciona con el número de patas... Bueno, en realidad ni lo sé ni me preocupa.

-¿Una araña no es un insecto? ¿Entonces qué mierda es?

-No un insecto. Al menos eso dicen. En fin, maté al maldito bicho.

-¿Has andado en mi bolso?

-Sí, claro. Lo dejaste ahí. Tenía ganas de tomar una cerveza.

-¿Tienes que tomar cerveza continuamente?

-Sí.

-Pues vas a ser un problema. ¿Comiste algo?

-Dos huevos y dos lonchas de tocino.

-¿Tienes hambre?

-Sí. Pero estás cansada. Descansa. Toma un trago.

-El cocinar me relaja. Pero primero voy a darme un baño caliente.

-Adelante.

-Vale -se inclinó, puso la tele y luego se fue al baño. Tuve que escuchar la tele. Programa de noticias. Un cabrón perfectamente horrible con tres ventanillas en las narices. Un cabrón perfectamente odioso vestido como una sosa muñequita, sudaba, y me miraba, diciendo cosas que yo apenas entendía y que no me interesaban. Me di cuenta de que Marie se dedicaba a mirar la tele horas y horas, así que tenía que adaptarme a ello. Cuando Marie volvió yo miraba fijamente el cristal, lo cual le hizo sentirse mejor. Yo parecía tan inofensivo como un hombre con un tablero de ajedrez y la página de deportes.

Marie había aparecido ataviada con otro atuendo. Si no fuese lo jodidamente gorda que era podría incluso haber parecido elegante. En fin, de todos modos no estaba durmiendo en un banco del parque.

-¿Quieres que cocine yo, Marie?

-No, no te preocupes. Ya no estoy tan cansada.

Empezó a preparar la cena. Cuando me levanté a por la siguiente cerveza, la besé detrás de la oreja.

-Eres muy simpática, Marie.

-¿Tienes bebida suficiente para el resto de la noche? -preguntó.

-Sí, querida. Y aún queda esa botella de whisky. No hay problema. Yo sólo quiero sentarme aquí y mirar la tele y oírte hablar. ¿De acuerdo?

-Claro, Charley.

Me senté. Se puso a preparar algo. Olía bien. Evidentemente era una buena cocinera. Aquel cálido aroma del guiso impregnaba las paredes. Era lógico que estuviese tan gorda: buena cocinera, buena comedora. Marie estaba haciendo una cacerola de guisantes. De vez en cuando se levantaba y añadía algo a la cacerola. Una cebolla, un trozo de col. Unas cuantas zanahorias. Sabía. Y yo bebía y contemplaba a aquella mujer vieja, grande y gorda y ella se sentaba a hacer aquellos sombreros que parecían mágicos, trenzaba un cesto, cogía un color, luego otro, esta anchura de cinta, aquélla. Y luego trenzaba así y lo cosía asá, y lo ponía en el sombrero. Marie creaba obras maestras que jamás se reconocerían... bajando una calle en la cabeza de una zorra.

Mientras trabajaba y atendía el guisado, hablaba.

-Ay, ya no es como antes. La gente no tiene dinero. Todo son cheques de viaje y talones y tarjetas de crédito. Y es que la gente no tiene dinero. No lo llevan. Crédito por todas partes. Un tipo acepta un talonario de cheques y ya está atrapado. Hipotecan sus vidas por comprar una casa. Y tienen que llenar de mierda esa casa y disponer de un coche. Quedan enganchados con la casa y los políticos lo saben y los fríen a impuestos. Nadie tiene dinero. Los pequeños negocios no pueden mantenerse.

Nos sentamos ante el guisado y era perfecto. Después de cenar, sacamos el whisky y ella trajo dos puros y vimos la tele y no hablamos mucho. Tenía la sensación de llevar allí años. Ella seguía trabajando con los sombreros, hablaba de vez en cuando, y yo decía, sí, tienes razón, ¿de veras? Y los sombreros seguían saliendo de sus manos, obras maestras.

-Marie -le dije-. Estoy cansado, me voy a la cama.

Ella dijo que me llevase el whisky y lo hice. Pero en vez de acostarme en mi cama, levanté la ropa de la suya y me metí dentro. Después de desvestirme, por supuesto. Era un colchón magnífico, una cama magnífica, uno de esos viejos muebles con techo de madera, o como lo llamen. Supongo que el asunto es joder hasta tirar el techo. Jamás tiré ese techo sin que me ayudaran los dioses.

Marie siguió viendo la tele y haciendo sombreros. Luego sentí que apagaba el aparato y encendía la luz de la cocina y se acercaba al dormitorio, pasaba ante él sin verme y seguía derecha hasta el cagadero. Estuvo allí un rato y luego vi cómo se quitaba la ropa y se ponía el gran camisón rosa. Se hurgó un rato en la cara, luego lo dejó, se puso un par de rulos, se volvió, caminó hacia la cama y me vio.

-Dios mío, Charley, te has equivocado de cama.

-Jijí.

-Escucha, querido, no soy esa clase de mujer.

-¡Vamos, déjate de cuentos y ven!

Lo hizo. Dios mío, todo era carne. En realidad, estaba algo asustado. ¿Qué hacer con todo aquel material? Pero no había salida. El lado de la cama de Marie se hundía.

-Escucha, Charley...

Le cogí la cabeza, le volví la cara, parecía estar llorando. Posé mis labios en los suyos.

Nos besamos. Coño, empezó a ponérseme dura. Dios mío. ¿Qué pasaba?

-Charley -dijo ella-. No tienes porqué hacerlo.

Le cogí una mano y la puse en el pijo.

-Oh, demonios -dijo ella-, demonios...

Luego, me besó *ella,* dándome lengua. Tenía una lengua pequeña (por lo menos *eso* era pequeño) y metió y sacó, apasionada y salivosa. Me aparté.

-¿Qué pasa?

Espera un momento.

Estiré la mano y cogí la botella y bebí un buen trago, luego la dejé otra vez y hurgué bajo las sábanas y alcé aquel inmenso camisón rosa. Empecé a palpar, aunque no sabía seguro si podía ser aquello, con lo pequeño que era, aunque estuviese en el lugar correspondiente. Sí, era su coño. Empecé a hurgar con mi aparato. Entonces ella bajó una mano y me guió. Otro milagro. La cosa estaba prieta. Casi me raspaba la piel. Empezamos a darle. Yo quería prolongarlo pero en realidad no me preocupaba demasiado. Ella *me* tenía. Fue uno de los mejores polvos de mi vida. Gemí, bramé, terminé y caí a un lado, vencido. Increíble. Cuando volvió del baño hablamos un rato. Y luego se durmió. Pero roncaba. Así que tuve que irme a mi cama. Desperté a la mañana siguiente cuando ella se iba a trabajar.

-Tengo prisa, Charley, voy con retraso -dijo.

No te preocupes, querida.

En cuanto se fue, entré en la cocina y me bebí un vaso de agua.

Había dejado allí un monedero. Diez dólares. No los cogí.

Volví hasta el baño y eché una buena cagada, sin araña. Luego me bañé. Intenté lavarme los dientes, vomité un poco. Me vestí y volví a la cocina. Cogí un trozo de papel y un lápiz:

Marie:

Te amo. Eres muy buena conmigo. Pero debo irme. Y no sé exactamente por qué. Estoy loco, supongo. Adiós.

Charley.

Puse la nota sobre la tele. Me sentía muy mal. Era como si llorase. Se estaba tranquilo allí, era la tranquilidad que me gustaba. Hasta la cocina y la nevera parecían humanas, lo digo en el buen sentido... parecían tener brazos y voces y decir, quédate, chaval, aquí se está bien, aquí se puede estar muy bien. Encontré lo que quedaba de la botella en el dormitorio. Lo bebí. Luego saqué una lata de cerveza de la nevera. Me la bebí también. Luego me levanté e hice el largo recorrido que había que hacer para salir de aquella estrecha vivienda, tuve la sensación de recorrer por lo menos cien metros. Llegué a la puerta y luego recordé que tenía llave. Volví y dejé la llave con la nota. Entonces volví a mirar los diez dólares del monedero. Los dejé allí. Volví otra vez a la puerta. Cuando llegué, me di cuenta de que cuando la cerrase no habría posibilidad de volver. La cerré. Era el final. Bajé aquellas escaleras. Otra vez estaba solo y a nadie le importaba. Enfilé hacia el sur. Luego torcí a la derecha. Continué, seguí caminando y salí del Barrio Francés. Crucé la calle del canal. Caminé unas cuantas manzanas y luego me desvié y crucé otra calle y volví a desviarme. No sabía adónde ir. Pasé ante un local que quedaba a mi izquierda y había un hombre a la puerta y dijo:

-Eh, amigo, ¿quiere trabajo?

Miré hacia el interior, y había hileras de hombres ante mesas de madera con martillitos que clavaban cosas en conchas, como conchas de almejas, y rompían las conchas y hacían algo con la carne, y estaba oscuro allí; era como si estuviesen pegándose a sí mismos martillazos y sacasen lo que quedaba de ellos, y le dije a aquel tío:

-No, no quiero trabajo.

Miré al sol y seguí mi camino.

Con setenta y cuatro centavos.

Hacía un buen sol.

Librodot

El principiante

Bien, dejé el lecho de muerte y salí del hospital del condado y conseguí un trabajo como encargado de almacén. Tenía los sábados y los domingos libres y un sábado hablé con Madge:

-Mira, nena, no tengo prisa por volver a ese hospital. Tendría que buscar algo que me apartara de la bebida. Hoy, por ejemplo, ¿qué se puede hacer sino emborracharse? El cine no me gusta. Los zoos son estúpidos. No podemos pasarnos todo el día jodiendo. Es un problema.

-¿Has ido alguna vez a un hipódromo?

-¿Qué es eso?

-Donde corren los caballos. Y tú apuestas.

-¿Hay algún hipódromo abierto hoy?

-Hollywood Park.

-Vamos. Madge me enseñó el camino. Faltaba una hora para la primera carrera y el aparcamiento estaba casi lleno. Tuvimos que aparcar a casi un kilómetro de la entrada.

-Parece que hay mucha gente -dije.

-Sí, la hay.

-¿Y qué haremos ahí dentro?

-Apostar a un caballo.

-¿A cuál?

-Al que quieras.

-¿Y se puede ganar dinero?

-A veces.

Pagamos la entrada y allí estaban los vendedores de periódicos diciéndonos:

-¡Lea aquí cuáles son sus ganadores! ¿Le gusta el dinero? ¡Nosotros le ayudaremos a que lo gane!

Había una cabina con cuatro personas. Tres de ellas te vendían sus selecciones por cincuenta centavos, la otra por un dólar. Madge me dijo que comprase dos programas y un folleto informativo. El folleto, me dijo, trae el historial de los caballos. Luego me explicó cómo tenía que hacer para apostar.

-¿Sirven aquí cerveza? -pregunté.

-Sí claro. Hay un bar.

Cuando entramos, resultó que los asientos estaban ocupados. Encontramos un banco atrás, donde había como una zona tipo parque, cogimos dos cervezas y abrimos el folleto. Era sólo un montón de números.

Yo sólo apuesto a los nombres de los caballos -dijo ella.

-Bájate la falda. Están todos viéndote el culo.

-¡Oh! Perdona.

-Toma seis dólares. Será lo que apuestes hoy.

-Oh Harry, eres todo corazón -dijo ella.

En fin, estudiamos todo detenidamente, quiero decir estudié, y tomamos otra cerveza y luego fuimos por debajo de la tribuna a primera fila de pista. Los caballos salían para la primera carrera. Con aquellos hombrecitos encima vestidos con aquellas camisas de seda tan brillantes. Algunos espectadores chillaban cosas a los jinetes, pero los jinetes les ignoraban. Ignoraban a los aficionados y parecían incluso un poco aburridos.

-Ese el Willie Shoemaker -dijo Madge, señalándome a uno. Willie Shoemaker parecía a punto de bostezar. Yo también estaba aburrido. Había demasiada gente y había algo en la gente que resultaba depresivo.

-Ahora vamos a apostar -dijo ella.

Le dije dónde nos veríamos después y me puse en una de las colas de dos dólares ganador. Todas las colas eran muy largas. Yo tenía la sensación de que la gente no quería apostar. Parecían inertes. Cogí mi boleto justo cuando el anunciador decía: «¡Están en la puerta!».

Encontré a Madge. Era una carrera de kilómetro y medio y nosotros estábamos en la línea de meta.

-Elegí a Colmillo Verde -le dije.

-Yo también -dijo ella.

Tenía la sensación de que ganaríamos. Con un nombre como aquél y la última carrera que había hecho, parecía seguro. Y con siete a uno.

Salieron por la puerta y el anunciador empezó a llamarlos. Cuando llamó a Colmillo Verde, muy tarde, Madge gritó:

-¡COLMILLO VERDE!

Yo no podía ver nada. Había gente por todas partes. Dijeron más nombres y luego Madge empezó a saltar y a gritar:

-¡COLMILLO VERDE! ¡COLMILLO VERDE!

Todos gritaban y saltaban. Yo no decía nada. Luego, llegaron los caballos.

-¿Quién ganó? -pregunté.

-No sé -dijo Madge-. Es emocionante, ¿eh?

-Sí.

Luego, pusieron los números. El favorito 7/5 había ganado, un 9/2 quedaba segundo y un 3 tercero.

Rompimos los boletos y volvimos a nuestro banco.

Miramos el folleto para la siguiente carrera.

-Apartémonos de la línea de meta para poder ver algo la próxima vez.

-De acuerdo -dijo Madge.

Tomamos un par de cervezas.

-Todo esto es estúpido -dije-. Esos locos saltando y gritando, cada uno a un caballo distinto. ¿Qué pasó con Colmillo Verde?

-No sé. Tenía un nombre tan bonito.

-Pero los caballos no saben cómo se llaman... El nombre no les hace correr.

-Estás enfadado porque perdiste la carrera. Hay muchas más carreras.

Tenía razón. Las había.

Seguimos perdiendo. A medida que pasaban las carreras, la gente empezaba a parecer muy desgraciada, desesperada incluso. Parecían abrumados, hoscos. Tropezaban contigo, te empujaban, te pisaban y ni siquiera decían «perdón». O «lo siento».

Yo apostaba automáticamente, sólo porque estaba allí. Los seis dólares de Madge se acabaron al cabo de tres carreras y no le di más. Me di cuenta de que era muy difícil ganar. Escogieras el caballo que escogieras, ganaba otro. Yo ya no pensaba en las probabilidades.

En la carrera principal aposté por un caballo que se llamaba Claremount III. Había ganado su última carrera fácilmente y tenía un buen tanteo. Esta vez llevé a Madge cerca de la curva final. No tenía grandes esperanzas de ganar. Miré el tablero y Claremount III estaba 25 a uno. Terminé la cerveza y tiré el vaso de papel. Doblaron la curva y el anunciador dijo:

-¡Ahí viene Claremount III!

Y yo dije:

-¡Oh, no!

-¿Apostaste por él? -dijo Madge.

-Sí -dije yo.

Claremount pasó a los tres caballos que iban delante de él, y se distanció en lo que parecían unos seis largos. Completamente solo.

-Dios mío -dije-, lo conseguí.

-¡Oh, Harry! ¡Harry!

-Vamos a tomar un trago -dije.

Encontramos un bar y pedí. Pero esta vez no pedí cerveza. Pedí whisky.

-Apostamos por Claremount III -dijo Madge al del bar.

-¿Sí? -dijo él.

-Sí -dije yo, intentando parecer veterano. Aunque no sabía cómo eran los veteranos del hipódromo.

Me volví y miré el marcador. CLAREMOUNT se pagaba a 52,40.

-Creo que se puede ganar a este juego -le dije a Madge-. Sabes, si ganas una vez, no es necesario que ganes todas las carreras. Una buena apuesta, o dos, pueden dejarte cubierto.

-Así es, así es -dijo Madge.

Le di dos dólares y luego abrimos el folleto. Me sentía confiado. Recorrí los caballos. Miré el tablero.

-Aquí está -dije-. LUCKY MAX. Está nueve a uno ahora. El que no apueste por Lucky Max es que está loco. Es sin duda el mejor y está nueve a uno. Esta gente es tonta.

Fuimos a recoger mis 52,40.

Luego fui a apostar por Lucky Max. Sólo por divertirme, hice dos boletos de dos dólares con él ganador.

Fue una carrera de kilómetro y medio, con un final de carga de caballería. Debía haber cinco caballos en el alambre. Esperamos la foto. Lucky Max era el número seis. Indicaron cuál era el primero:

6.

Oh Dios mío todopoderoso. LUCKY MAX.

Madge se puso loca y empezó a abrazarme y besarme y dar saltos.

También ella había apostado por él. Había alcanzado un diez a uno. Se pagaba a 22,80 dólares. Le enseñé a Madge el boleto ganador extra. Lanzó un grito. Volvimos al bar. Aún servían. Conseguimos beber dos tragos antes de que cerraran.

-Dejemos que se despejen las colas -dije-. Ya cobraremos luego.

-¿Te gustan los caballos, Harry?

-Se puede -dije-, se puede ganar, no hay duda.

Y allí estábamos, bebidas frescas en la mano, viendo bajar a la multitud por el túnel camino del aparcamiento.

-Por amor de Dios -le dije a Madge-, súbete las medias. Pareces una lavandera.

-¡Uy! ¡Perdona papaíto!

Mientras se inclinaba, la miré y pensé, pronto podré permitirme algo un poquillo mejor que esto.

jajá.

El malvado

Martin Blanchard había estado casado dos veces, divorciado otras dos y liado muchísimas. Ahora tenía cuarenta y cinco años, vivía solo en la planta cuarta de una casa de apartamentos y acababa de perder su veintisieteavo puesto de trabajo por absentismo y desinterés.

Vivía del seguro de paro. Sus deseos eran sencillos: le gustaba emborracharse lo más posible, solo, y dormir mucho y estar en su apartamento, solo. Otra cosa extraña de Martin Blanchard era que nunca sentía *soledad.* Cuanto más tiempo pudiese mantenerse separado de la especie humana, mejor se encontraba. Los matrimonios, los ligues de una noche, le habían convencido de que el acto sexual no valía lo que la mujer exigía a cambio. Ahora vivía sin mujer y se masturbaba con frecuencia. Sus estudios habían terminado en el primer año de bachiller y, sin embargo, cuando oía la radio (su contacto más directo con el mundo) sólo escuchaba sinfonías, a ser posible de Mahler.

Una mañana se despertó un poco pronto para él, hacia las diez y media. Después de una noche de beber bastante. Había dormido en camiseta, calzoncillos, calcetines; se levantó de una cama más bien sucia, entró en la cocina y miró en la nevera. Estaba de suerte. Había dos botellas de vino de Oporto, y no era vino barato.

Martin entró en el baño, cagó, meó y luego volvió a la cocina y abrió la primera botella de Oporto y se sirvió un buen vaso.

Luego se sentó junto a la mesa de la cocina, desde donde tenía una buena vista de la calle. Era verano, y el tiempo cálido y perezoso. Allí abajo, había una casa pequeña en la que vivían dos viejos. Estaban de vacaciones. Aunque la casa era pequeña, la precedía un verde pradillo grande y muy largo, bien conservado todo aquel césped. A Martin Blanchard le daba una extraña sensación de paz.

Como era verano los niños no iban al colegio y mientras Martin contemplaba aquel pradillo verde y bebía el buen oporto fresco, observaba a aquella niñita y a aquellos dos muchachos que jugaban a quién sabe qué juego. Parecían dispararse unos a otros. *¡Pam! ¡Pam!* Martin reconoció a la niñita. Vivía en el patio de enfrente con su madre y una hermana mayor. El varón de la familia las había abandonado o había muerto. La niñita, había advertido Martin, era muy desvergonzada... andaba siempre sacando la lengua a la gente y diciendo cosas sucias. No tenía ni idea de su edad. Entre seis y nueve. Vagamente, había estado observándola durante el principio del verano. Cuando Martin se cruzaba con ella en la acera, ella siempre parecía *asustarse* de él. El no entendía porqué.

Observándola, advirtió que vestía una especie de blusa marinera blanca y luego una falda roja muy *corta.* Al arrastrarse por la hierba, se le subía la cortísima falda y se le veían unas interesantísimas *bragas:* de un rojo un poquito más pálido que la falda. Y las bragas tenían aquellos volantes fruncidos rojos.

Martin se levantó y se sirvió un trago, sin dejar de mirar fijamente aquellas braguitas mientras la niña se arrastraba. Se empalmó muy deprisa. No sabía qué hacer. Salió de la cocina, volvió a la habitación delantera y luego se encontró otra vez en la cocina, mirando. Aquellas bragas. Aquellos *volantes.*

¡Dios, no podía soportarlo!

Martin se sirvió otro vaso de vino, lo bebió de un trago, volvió a mirar. ¡Las bragas se veían más que nunca! *¡Dios mío!*

Sacó el pijo, escupió en la palma de la mano derecha y empezó a meneársela. ¡Hostias, era cojonudo! ¡Ninguna mujer adulta le había puesto así! Nunca había tenido tan dura la polla, tan roja, y tan fea. Martin tenía la sensación de estar en el secreto mismo de la vida. Se

apoyó en la ventana, meneándosela, gimiendo, mirando aquel culito de los volantes.

Luego se corrió.

Por el suelo de la cocina.

Se acercó al baño, cogió un poco de papel higiénico, limpió el suelo, se limpió la polla y lo echó al water. Luego se sentó. Se sirvió más vino.

Gracias a Dios, pensó, todo ha terminado. Me lo he sacado de la cabeza. Soy libre otra vez.

Mirando aún por la ventana, pudo ver el observatorio del parque Griffith allá entre las colinas azul púrpura de Hollywood. Era bonito. vivía en un sitio bonito. Nadie llegaba nunca a su puerta. Su primera esposa había dicho de él que estaba simplemente neurótico pero no loco. En fin, al diablo su primera esposa. Todas las mujeres. Ahora él pagaba el alquiler y la gente le dejaba en paz. Bebió lentamente un trago de vino.

Observó que la niñita y los dos muchachos seguían con su juego. Lió un cigarrillo. Luego pensó, bueno, debería comer por lo menos un par de huevos cocidos. Pero le interesaba poco la comida. Raras veces le interesaba.

Martin Blanchard seguía mirando por aquella ventana. Aún seguían jugando. La niñita se arrastraba por el suelo. *¡Pam! ¡Pam!* Qué juego aburrido.

Entonces, empezó a empalmarse de nuevo.

Martin se dio cuenta de que había bebido una botella entera de vino y había empezado otra. La polla se alzaba irresistible.

Desvergonzada. Sacando la lengua. Niñita desvergonzada, arrastrándose por el césped.

Martin cuando terminaba una botella de vino, se sentía siempre inquieto. Necesitaba puros. Le gustaba liar sus cigarrillos. Pero no había nada como un buen puro. Un buen puro de los de veintisiete centavos el par.

Empezó a vestirse. Observó su cara en el espejo: barba de cuatro días. No importaba. Sólo se afeitaba cuando bajaba a cobrar el dinero del paro. En fin, se puso unas prendas sucias, abrió la puerta y cogió el ascensor. Una vez en la acera, empezó a caminar hacia la tienda de licores. Mientras lo hacía, se dio cuenta de que los niños habían conseguido abrir las puertas del garaje y estaban dentro, ella y los dos chicos. *¡Pam! ¡Pam!*

Martin se vio de pronto bajando por la rampa camino del garaje. Allí dentro estaban. Entró en el garaje y cerró las puertas.

Estaba oscuro dentro. Estaba allí con ellos. La niñita se puso a chillar.

-¡Vamos, cierra el pico y no te pasará nada! dijo Martin. ¡Como grites te aseguro que lo pasarás mal!

-¿Qué va a hacer, señor? dijo uno de los chicos.

-¡Calláos! ¡Os dije que os callárais, maldita sea!

Encendió una cerilla. Allí estaba: una solitaria bombilla eléctrica con un cordón largo. Martin tiró del cordón. La luz justa. Y, como en un sueño, vio aquel ganchito que tenían por dentro las puertas del garaje. Cerró por dentro.

Miró a su alrededor.

-¡Está bien! ¡Los chicos os pondréis en ese rincón y no os pasará nada. *¡Venga! ¡Deprisa!*

Martin Blanchard señaló un rincón.

Allá se fueron los chicos.

-¿Qué va a hacer, señor?

-¡Dije que os callárais!

La niñita desvergonzada estaba en otro rincón, con su blusa marinera y su faldita roja y sus bragas de volantes.

Martin avanzó hacia ella. Ella corrió a la izquierda, luego a la derecha. Pero Martin fue arrinconándola lentamente.

-¡Déjeme! ¡Déjeme! ¡Viejo asqueroso, déjeme!

-¡Calla! ¡Si chillas te mato!

-¡Déjeme! ¡Déjeme! ¡Déjeme!

Martin por fin la agarró. Tenía el pelo liso, feo, revuelto y una cara casi pícara de muchachita. Le sujetó las piernas entre las suyas, como una prensa. Luego se agachó y puso su cara grande contra la pequeña de ella, besándola y chupándole la boca una y otra vez mientras ella le daba puñetazos en la cara. Sentía la polla tan grande como todo el cuerpo. Y seguía besando, besando, y vio que se apartaba la falda y vio aquellas bragas de volantes.

-¡Está besándola! ¡Mira, la besa! oyó Martin que decía uno de los chicos desde el rincón.

-Sí dijo el otro.

Martín la miró a los ojos y hubo una comunicación entre dos infiernos: el de ella y el de él. Martin besaba, completamente desquiciado, con un hambre infinita, la araña besando a la mosca cazada. Empezó a tantear las bragas de volantes.

Oh sálvame Dios, pensó. No hay nada tan bello, ese rojo rosa, y más que eso *-la fealdad-* un capullo de rosa apretado contra su propia raíz total. No podía controlarse.

Martin Blanchard le quitó las bragas a la niña, pero al mismo tiempo parecía no poder dejar de besar aquella boquita. Ella estaba desmayada, había dejado de pegarle en la cara, pero el, tamaño distinto de los cuerpos lo hacía todo muy difícil, embarazoso, mucho, y, con la ceguera de la pasión, él no podía pensar. Pero tenía la polla fuera: grande, roja, fea, como si hubiese salido por sí sola como una apestosa locura y no tuviese ningún sitio adónde ir.

Y todo el rato (bajo aquella bombillita) Martin oía las voces de los niños diciendo:

-¡Mira! ¡Mira! ¡Ha sacado ese chisme tan grande e intenta meter eso tan grande por la raja de ella!

-He oído que así es como se tienen niños.

-¿Tendrán un niño aquí?

-Creo que sí.

Los chicos se acercaron, observándole. Martin seguía besando aquella cara mientras intentaba meter el capullo. Era imposible. No podía pensar. Sólo estaba caliente caliente caliente. Luego vio una silla vieja a la que le faltaba uno de los barrotes del respaldo. Llevó a la niña hasta la silla, sin dejar de besarla y besarla, pensando continuamente en los feos mechones de pelo que tenía, aquella boca contra la suya.

Era la solución.

Martin se sentó en la silla, sin dejar de besar aquella boquita y aquella cabecita una y otra vez y luego le separó las piernas. ¿Qué edad tendría? ¿Podría hacerlo?

Los niños estaban ahora muy cerca, mirando.

-Ha metido la punta.

-Sí. Mira. ¿Tendrán un niño?

-No sé.

-¡Mira mira! ¡Ya le ha metido casi la mitad!

-¡Una *culebra!*

-¡Sí! ¡Una culebra!

-¡Mira! ¡Mira! ¡Se mueve hacia adelante y hacia atrás!

-¡Sí! ¡Ha entrado más!

-¡La ha metido toda!

Estoy dentro de ella ahora, pensó Martin. ¡Dios, mi polla debe ser tan larga como todo su cuerpo!

Inclinado sobre ella en la silla, sin dejar de besarla, rasgándole la ropa, sin darse cuenta, le habría arrancado igual la cabeza.

Luego se corrió.

Y allí se quedaron juntos en la silla, bajo la luz eléctrica. Allí.

Luego, Martin colocó el cuerpo en el suelo del garaje. Abrió las puertas. Salió. Volvió a su casa. Apretó el botón del ascensor. Salió en su piso, abrió la nevera, sacó una botella, se sirvió un vaso de oporto, se sentó y esperó, mirando.

Pronto había gente por todas partes. Veinte, veinticinco, treinta personas. Fuera del garaje. Dentro.

Luego llegó a toda prisa una ambulancia.

Martin vio cómo se la llevaban en una camilla. Luego la ambulancia desapareció. Más gente. Más. Bebió el vino. Se sirvió más.

Quizás no sepan quién soy, pensó. Apenas si salía.

Pero no era así. No había cerrado la puerta. Entraron dos policías. Dos tipos grandes, bastante guapos. Casi le gustaron.

¡Venga, basura!

Uno de ellos le atizó un buen golpe en la cara. Cuando Martin se levantó a extender las manos para las esposas, el otro le atizó con la porra en el vientre. Martin cayó al suelo. No podía respirar ni moverse. Le levantaron. El otro le pegó de nuevo en la cara.

Había gente por todas partes. No le bajaron en el ascensor, le bajaron andando, empujándole escaleras abajo.

Caras, caras, caras, atisbando en las puertas, caras en la calle. Aquel coche patrulla era muy extraño. Había dos policías delante y dos detrás con él. Le estaban dando tratamiento especial.

Yo podría matar tranquilamente a un hijoputa como tú le dijo uno de los policías que iban detrás. Podría matar a un hijoputa como tú casi sin darme cuenta...

Martin empezó a llorar en silencio, las lágrimas caían incontroladas.

Tengo una hija de cinco años dijo uno de los policías de atrás. ¡Te mataría y me quedaría tan tranquilo!

¡No pude evitarlo! dijo Martin. Se lo aseguro, de veras, no pude evitarlo...

El policía empezó a pegarle a Martin en la cabeza con la porra. Nadie le paraba. Martin cayó hacia adelante, vomitó vino y sangre, el poli le levantó y le pegó porrazos en la cara, en la boca, le rompió casi todos los dientes.

Luego le dejaron en paz un rato, mientras seguían camino de la comisaría.

Reunión

Me bajé del autobús en Rampart, luego retrocedí caminando una manzana hasta Coronado, subí la cuestecita, subí las escaleras hasta el camino, y recorrí el camino hasta la entrada del patio de arriba. Me quedé un rato frente a aquella puerta, sintiendo el sol en los brazos. Luego saqué la llave, abrí la puerta y empecé a subir las escaleras.

-¿Quién es? -oí decir a Madge.

No contesté. Seguí subiendo lentamente. Estaba muy pálido y un poco débil.

-¿Quién es? ¿Quién anda ahí?

-No te asustes, Madge, soy yo.

Llegué al final de la escalera. Ella estaba sentada en el sofá con un vestido viejo de seda verde. Tenía en la mano un vaso de oporto, oporto con cubitos de hielo, como a ella le gustaba.

-¡Chico! -se levantó de un salto. Parecía alegre, cuando me besó.

-¡Oh, Harry! ¿Has vuelto de verdad?

-Puede. Veremos si duro. ¿Hay alguien en el dormitorio?

-¡No seas tonto! ¿Quieres un trago?

-Ellos dicen que no puedo. Tengo que comer pollo hervido, huevos hervidos. Me dieron una lista.

-Ah, los muy cabrones. Siéntate. ¿Quieres darte un baño? ¿Quieres comer algo?

-No, déjame sentarme -me acerqué a la mecedora y me senté.

-¿Cuánto dinero queda? -le pregunté.

-Quince dólares.

-Lo gastaste deprisa.

-Bueno...

-¿Cuánto debemos de alquiler?

-Dos semanas. No pude encontrar trabajo.

-Lo sé. Oye, ¿dónde está el coche? No lo vi fuera.

-Oh Dios mío, malas noticias. Se lo presté a una gente. Chocaron. Tenía la esperanza de que lo arreglasen antes de que volvieras. Está abajo, en el taller de la esquina.

-¿Aún camina?

-Sí, pero yo quería que le arreglasen el golpe que tiene delante para cuando tú volvieras.

-Un coche como ése puede llevarse con un golpe delante. Mientras el radiador esté bien, no hay problema. Y mientras tengas faros.

-¡Ay Dios mío! ¡Yo sólo quería hacer bien las cosas!

-Volveré en seguida -le dije.

-Harry, ¿adónde vas?

-A ver el coche.

-¿Por qué no esperas hasta mañana, Harry? No tienes buen aspecto. Quédate conmigo. Hablemos.

-Volveré. Ya me conoces. Me gusta dejar las cosas listas.

-Oh, vamos, Harry.

Empecé a bajar la escalera. Luego subí otra vez.

-Dame los quince dólares.

-¡Oh, vamos, Harry!

-Mira, alguien tiene que impedir que este barco se hunda. Tú no vas a hacerlo, los dos lo sabemos.

-De veras, Harry, hice todo lo posible. Estuve por ahí todas las mañanas buscando, pero no pude encontrar nada.

-Dame los quince dólares.

Madge cogió el bolso, miró dentro.

-Oye, Harry, déjame dinero para comprar una botella de vino para esta noche, ésta está casi acabada. Quiero celebrar tu regreso.

-Sé que lo celebras, Madge.

Buscó en el bolso y me dio un billete de diez y cuatro de dólar. Agarré el bolso y lo vacié en el sofá. Salió toda su mierda. Más monedas, una botellita de oporto, un billete de dólar y un billete de cinco dólares. Intentó coger el de cinco, pero yo fui más rápido, me levanté y la abofetée.

-¡Eres un cabrón! Sigues siendo el mismo hijoputa de siempre.

-Sí, eso es porque aún sigo vivo.

-¡Si me pegas otra vez, me largo!

-Ya sabes que no me gusta pegarte, nena.

-Sí, me pegas a mí, pero no le pegarías a un hombre, ¿verdad que no?

-¿Qué tendrá que ver una cosa con otra?

Cogí los cinco dólares y volví a bajar las escaleras.

El taller estaba a la vuelta de la esquina. Cuando entré, el japonés estaba poniendo pintura plateada en una rejilla recién instalada. Me quedé mirando.

-Demonios, parece que vas a hacer un Rembrandt -le dije. -¿Es éste su coche, señor?

-Sí. ¿Cuánto te debo?

-Setenta y cinco dólares.

-¿Qué?

-Setenta y cinco dólares. Lo trajo una señora.

-Lo trajo una puta. Mira, este coche no valía entero setenta y cinco dólares. Y sigue sin valerlos. Esa rejilla se la compraste por cinco pavos a un chatarrero.

-Oiga, señor, la señora dijo...

-¿Quién?

-Bueno, aquella mujer dijo...

-Yo no soy responsable de ella, amigo. Acabo de salir del hospital. Te pagaré lo que pueda cuando pueda, pero no tengo trabajo y necesito el coche para conseguir un trabajo. Lo necesito ahora mismo. Si consigo el trabajo, podré pagarte. Si no, no podré. Si no confías en mí, tendrás que quedarte con el coche. Te daré la tarjeta. Ya sabes dónde vivo. Si quieres subo a por ella y te la traigo.

-¿Cuánto dinero puede darme ahora?

-Cinco billetes.

-No es mucho.

-Ya te lo dije, acabo de salir del hospital. En cuanto consiga un trabajo, podré pagarte. Eso o te quedas con el coche.

-De acuerdo -dijo-. Confío en usted. Deme los cinco.

-No sabes el trabajo que me costaron estos cinco dólares.

-¿Cómo dice?

-Olvídalo.

Cogió los cinco y yo cogí el coche. Arrancaba. El depósito de gasolina estaba mediado. No me preocupé del aceite ni del agua. Di un par de vueltas a la manzana sólo para ver cómo era lo de conducir otra vez un coche. Agradable. Luego me acerqué a la bodega y aparqué enfrente.

-¡Harry! -dijo el viejo del sucio delantal blanco.

-¡Oh, Harry! --dijo su mujer.

-¿Dónde estuviste? -preguntó el viejo del sucio delantal blanco.

-En Arizona. Trabajando en una venta de terrenos.

-Ves, Sol -dijo el viejo-, siempre te dije que era un tipo listo. Se le nota que tiene cerebro.

-Bueno -dije-, quiero dos cajas de seis botellas de Miller's, a cuenta.

-Un momento -dijo el viejo.

-¿Qué pasa? ¿No he pagado siempre mi cuenta? ¿Qué mierda pasa?

-Oh, Harry, tú siempre has cumplido. Es ella. Ha hecho subir la cuenta hasta... déjame ver... trece setenta y cinco.

-Trece setenta y cinco, eso no es nada. Mi cuenta ha llegado a los veintiocho billetes y la he liquidado, ¿no es así?

-Sí, Harry, pero...

-¿Pero qué? ¿Quieres que vaya a comprar a otro sitio? ¿Quieres que deje de tener cuenta aquí? ¿No vas a fiarme dos cochinas cajas después de tantos años?

-De acuerdo, Harry -dijo el viejo.

-Bueno, mételo todo en una bolsa. Y añade un paquete de Pall Mall y dos Dutch Masters.

-De acuerdo, Harry, de acuerdo...

Subí otra vez las escaleras. Llegué arriba.

-¡Oh, Harry, trajiste cerveza! ¡No la bebas, Harry, no quiero que te mueras, nene!

-Ya lo sé, Madge. Pero los médicos no saben un pijo. Venga, ábreme una cerveza. Estoy cansado. Ha sido mucho trabajo. Sólo he estado dos horas fuera de casa.

Madge salió con la cerveza y un vaso de vino para ella. Se había puesto los zapatos de tacón y cruzó las piernas muy alto. Aún lo tenía. En lo que se refería al cuerpo.

-¿Conseguiste el coche?

-Sí.

-Ese japonesito es un tipo agradable, ¿verdad?

-Tenía que serlo.

-¿Qué quieres decir? ¿No arregló el coche?

-Sí, es un tipo agradable. ¿Ha estado aquí?

-Harry, ¡no empieces otra vez con esa mierda! ¡Yo no jodo con japoneses!

Se levantó. Aún no tenía barriga. Tenía las ancas, las caderas, el culo, todo en su sitio. Qué mala puta. Bebí media botella de cerveza y me acerqué a ella.

-Sabes que estoy loco por ti, Madge, nena, sería capaz de matar por ti. ¿Lo sabes?

Estaba muy cerca de ella. Me lanzó una sonrisilla. Dejé la botella, le quité el vaso de vino de la mano y lo vacié. Era la primera vez en varias semanas que me sentía un ser humano decente. Estábamos muy juntos. Frunció aquellos terribles labios rojos. Entonces me lancé sobre ella con las dos manos. Cayó de espaldas en el sofá.

-¡So puta! Hiciste subir la cuenta en la bodega a trece setenta y cinco, ¿eh?

-No sé.

Tenía el vestido por encima de las rodillas.

-¡So puta!

-¡No me llames puta!

-¡Trece setenta y cinco!

-¡No sé de qué me hablas!

Subí encima de ella, le eché la cabeza hacia atrás y empecé a besarla, sintiendo sus pechos, sus piernas, sus caderas. Ella lloraba.

-No... me llames... puta... no, no... ¡sabes que te amo, Harry!

Me aparté de un salto y me planté en el centro de la alfombra.

-¡Vas a saber lo que es bueno, nena!

Madge se rió sin más.

Me acerqué, la cogí, la llevé al dormitorio y la tiré en la cama.

-¡Harry, pero si acabas de salir del hospital!

-¡Lo cual significa que tengo dos semanas de esperma en la reserva!

-¡No digas cochinadas!

-¡Vete a la mierda!

Salté a la cama, desnudo ya.

Le alcé el vestido, besándola y acariciándola. Era un montón de mujer-carne.

Le bajé las bragas. Luego, como en los viejos tiempos, me encontré dentro.

Le di ocho o diez buenos meneos, tranquilamente. Luego, ella dijo:

-No creerás que me he acostado con un sucio japonés, ¿verdad?

-Creo que joderías con un sucio cualquier cosa.

Se echó hacia atrás y me echó a mí.

-¿Qué mierda pasa? -grité.

-Te amo, Harry. Tú sabes que te amo. ¡Me duele mucho que me hables así!

-Bueno, nena, ya sé que no te joderías a un sucio japonés. Era sólo una broma.

Madge abrió las piernas de nuevo y volví a entrar.

-¡Oh, querido, ha sido tanto tiempo! -¿De veras?

-¿Qué quieres decir? ¿Ya empiezas otra vez con eso? -No, de veras, nena. ¡Te amo, nena!

Le alcé la cabeza y la besé, cabalgando. -Harry -dijo. -Madge -dije. Ella tenía razón. Había sido mucho tiempo. Debía en la bodega trece setenta y cinco, más dos cajas de seis botellas, más los puros y los cigarrillos y debía al Hospital General del condado de los Angeles doscientos veinticinco dólares, y debía al sucio japonés setenta dólares, y había algunas facturas más, y nos abrazábamos con fuerza y las paredes se cerraban.

Lo hicimos.

Lo toma o lo deja

Caminaba al sol, sin saber qué hacer. Andaba y andaba. Tenía la sensación de estar al borde de algo. Alcé los ojos 7 había allí vías de ferrocarril y al borde de las vías una cabañita, sin pintar. Tenía un cartel: SE NECESITA PERSONAL. Entré. Había un viejo bajito allí sentado con tirantes de un azul verdoso, mascando tabaco. -¿Sí? -preguntó. -Yo, ejem, yo, ejem, yo... -¡Sí, venga, hombre, suéltalo! ¿Qué quieres? -Vi... el letrero... que necesitan personal. -¿Quieres firmar? -¿Firmar? ¿El qué? -¡Vamos, amigo, no va a ser para corista! Se inclinó y escupió en su asquerosa escupidera, luego siguió mascando tabaco, encogiendo las mejillas en su boca desdentada. -¿Que tengo que hacer? -pregunté. -¡Ya te dirán lo que tienes que hacer! -Quiero decir, ¿para qué es? -Para trabajar en el ferrocarril, al oeste de Sacramento. -¿Sacramento? -Ya me has oído, maldita sea. Tengo trabajo. ¿Firmas o no? -Firmaré, firmaré... Firmé en la lista que tenía sobre el tablero. Yo era el veintisiete. Firmé incluso con mi propio nombre.

Me entregó un boleto.

-Preséntate en la puerta veintiuno con el equipaje. Tenemos un tren especial para vosotros.

Metí el boleto en mi vacía cartera.

El escupió otra vez.

-Ahora mira, muchacho, sé que eres algo tonto. Esta empresa se cuida de muchos tipos como tú. Ayudamos a la humanidad, somos buena gente. Recuerda siempre esta empresa, y di una palabra amable sobre nosotros aquí y allá. Y cuando salgas a las vías, haz caso de tu capataz. El está de tu parte. Allí en el desierto puedes ahorrar dinero. Bien sabe Dios que no hay ningún sitio donde gastarlo. Pero el sábado por la noche, muchacho, ay el sábado por la noche...

Se inclinó de nuevo hacia la escupidera. Luego siguió:

-El sábado por la noche, sabes, vas al pueblo, te emborrachas, te agarras una buena señorita mejicana que te la chupe muy barato y vuelves otra vez al tajo tranquilo y satisfecho. Esas chupadas les sacan a los hombres la miseria de la cabeza. Yo empecé así, y ya me ves ahora. Buena suerte, muchacho.

-Gracias, señor.

-¡Y ahora lárgate de aquí! ¡Tengo trabajo!

Llegué a la puerta veintiuno a la hora prevista. Junto a mi tren estaban esperando todos aquellos tipos, en andrajos, apestosos, reían, fumaban cigarrillos liados. Me acerqué y me quedé detrás. Todos necesitaban un corte de pelo y un afeitado y se hacían los matasietes aunque estaban muy nerviosos.

Luego, un mejicano, con un chirlo en la mejilla de una cuchillada, nos dijo que entráramos. Entramos. Era imposible ver por las ventanas. Cogí el último asiento, al fondo del vagón. Los otros se sentaron todos delante, riendo y hablando. Un tipo sacó media botella de whisky y siete u ocho de ellos echaron un trago.

Luego, empezaron a mirar hacia atrás, hacia mí. Empecé a oír voces y no estaban todas en mi cabeza:

-¿Qué le pasa a ese hijoputa?

-¿Se cree mejor que nosotros?

-Va a tener que trabajar con nosotros, amigo.

Miré por la ventanilla, lo intenté, debían llevar veinticinco años sin limpiarla. El tren empezó a andar y allí estaba yo con aquéllos, eran unos treinta. No esperaron mucho. Me tumbé en mi asiento e intenté dormir.

-¡ SUUUSCH!

El polvo se me metió en la cara y en los ojos. Oí a alguien debajo de mi asiento. Sentí otra vez el soplido y una masa de polvo de veinticinco años se me metió en las narices, en la boca, en los ojos, en las cejas. Esperé. Luego pasó otra vez. Una buena soplada. Fuese quien fuese el que estaba allí abajo, lo hacía muy bien.

Me levanté de un salto. Oí mucho ruido debajo del asiento y luego el tipo no estaba ya allí y corría hacia los otros. Se metió en su asiento, intentando perderse en el grupo, pero oí su voz.

-¡Si viene, quiero que me ayudéis, muchachos! ¡Prometedme que me ayudaréis si viene aquí!

No oí ninguna promesa, pero él estaba seguro. No podía distinguir a uno de otro.

Antes de salir de Louisiana, tuve que ir delante a por un vaso de agua. Me miraban.

-Mírale. Mírale.

-Cerdo cabrón.

-¿Quién se creerá que es?

-Hijoputa, ya le arreglaremos las cuentas cuando andemos solos por esas vías, ya le haremos llorar, ya le haremos chupar pollas...

-¡Mira! ¡Está bebiendo al revés! ¡Bebe por el lado que no es! ¡Mírale! ¡Bebe por el lado pequeño! ¡Ese tío está loco!

-¡Ya verás cuando te agarremos en las vías, ya chuparás polla!

Vacié el vaso, volví a llenarlo y lo vacié otra vez, luego lo tiré en el recipiente y volví a mi sitio. Oí:

-Sí, se hace el loco. Puede que haya tenido un disgusto con su novia.

-¿Cómo va a tener novia un tío así?

-No sé. He visto cosas más raras...

Estábamos ya en Tejas cuando llegó el capataz mejicano con la comida enlatada. Nos entregó las latas. Algunas no tenían etiqueta y estaban abolladas.

Se acercó a mí.

-¿Eres Bukowski?

-Sí.

Me entregó una lata y escribió «setenta y cinco» debajo de la columna «C». Vi también que me anotaba « 45,90 dólares», debajo de la columna «T». Luego me entregó otra lata más pequeña, de alubias. Escribió « 45» debajo de la columna «C».

Y se fue de nuevo hacia la puerta.

-¡Eh! ¿Dónde demonios está el abrelatas? ¿Cómo vamos a poder comer esto sin abrelatas? -le preguntó alguien. El capataz cruzó el vestíbulo y desapareció.

Hubo paradas para beber agua en Tejas, muchos prados. En cada parada se quedaban dos, tres o cuatro tipos. Cuando llegamos a El Paso quedaban veintitrés de los treinta y uno.

En El Paso, sacaron nuestro vagón del tren y el tren siguió viaje. Apareció el capataz mejicano y dijo:

-Tenemos que parar en El Paso. Os hospedaréis en este hotel.

Sacó unos boletos.

-Estos boletos son para el hotel. Dormiréis allí. Por la mañana, cogeréis el vagón 24 para Los Angeles y luego seguiréis a Sacramento. Ahí van los boletos.

Volvió a acercarse a mí.

-¿Bukowski?

-Sí.

-Este es tu hotel.

Me entregó el boleto y escribió «12,50» debajo de mi columna «L».

Nadie había sido capaz de abrir las latas. Las recogerían luego y se las darían al grupo siguiente.

Tiré mi boleto y dormí en el parque a unas dos manzanas del hotel. Me despertó el

alboroto de los caimanes, de uno en particular. Vi entonces cuatro o cinco caimanes en el estanque, quizás hubiese más. Y dos marineros allí, con su uniforme blanco. Uno estaba en el estanque, borracho, tirándole de la cola a un caimán. El caimán estaba furioso, pero era lento y no podía volverse lo bastante para agarrar al marinero. El otro marinero estaba al borde del estanque, riéndose, con una chica. Luego, mientras el del estanque seguía aún luchando con el caimán, el otro y la chica se alejaron. Me di la vuelta y me volví a dormir.

En el viaje a Los Angeles se largaron muchos más en las paradas para beber agua. Cuando llegamos a Los Angeles, quedaban dieciséis de los treinta y uno. Apareció el capataz mejicano.

-Pararemos dos días en Los Angeles. Tendréis que coger el tren de las nueve y media, puerta 21, miércoles por la mañana, vagón 42. Está escrito en los boletos del hotel. Recibiréis también cupones de comida que os servirán en el Café Francés, en la Calle Mayor.

Y fue entregando los boletos, unos decían HABITACION, los otros COMIDA.

-¿Bukowski? -preguntó.

-Sí -dije.

Me entregó los boletos. Y añadió debajo de mi columna «L» 12,80 y debajo de mi columna «C»: 6,00.

Salí de la Union Station y al cruzar la plaza vi a dos tipos bajitos de los que habían ido en el tren conmigo. Andaban más deprisa que yo y cruzaron a mi derecha. Les miré.

Los dos sonrieron de oreja a oreja y dijeron:

-¡Qué hay! ¿Qué tal?

-Muy bien.

Aceleraron el paso y cruzaron la calle Los Angeles hacia la Calle Mayor...

En el café, la gente usaba los boletos de comida para beber cerveza. Yo hice igual. La cerveza valía sólo diez centavos el vaso. La mayoría se emborrachó en seguida. Yo me puse al final de la barra. Ya no hablabán de mí.

Consumí todos mis cupones y luego vendí mis boletos de alojamiento a otro vagabundo por cincuenta centavos. Tomé otras cinco cervezas y salí de allí.

Me puse a andar. Hacia el norte. Luego hacia el este. Luego otra vez al norte. Luego seguí por los cementerios de chatarra donde se alineaban los coches inservibles. Un tipo me había dicho una vez: «Yo duermo en un coche distinto cada noche. Anoche dormí en un Ford. Anteanoche en un Chevrolet, esta noche dormiré en un Cadillac». En uno de los sitios la verja estaba cerrada con cadena pero estaba doblada y como yo estaba muy flaco pude colarme entre las cadenas, la puerta y la cerradura. Miré hasta ver un Cadillac. No me fijé en el año. Me metí en el asiento de atrás y me tumbé a dormir.

Debían ser como las seis de la mañana cuando oí gritar al chico. Tendría unos quince años y llevaba en la mano aquel bate de béisbol.

-¡Sal de ahí! ¡Sal de nuestro coche, sucio vagabundo!

El chico parecía asustado. Llevaba camiseta blanca y zapatos de tenis y le faltaba un diente delantero.

Salí.

-¡Atrás! -gritó-. ¡Atrás, atrás! -movía el bate hacia

Me fui despacio hacia la verja, que por entonces ya estaba abierta y no muy lejos.

Luego salió de una cabaña de cartón embreado un tipo mayor, de unos cincuenta, gordo y soñoliento.

-¡Papá! -gritó el chico-. ¡Este hombre estaba en uno de nuestros coches! ¡Le encontré durmiendo en el asiento de atrás!

-¿Es verdad eso?

-¡Sí que es verdad, papá! ¡Le encontré dormido en el asiento de atrás de uno de nuestros coches!

-¿Qué hacía usted en nuestro coche, señor?

El viejo estaba más cerca de la verja que yo, pero yo seguía avanzando hacia allí.

-Le he preguntado qué hacía usted en nuestro coche.

Seguí hacia la verja.

El viejo le quitó el bate al chico, corrió hacia mí y me hundió una punta en la barriga, con fuerza.

-¡Ufff! -grité-. ¡Dios mío!

El dolor me hizo encoger. Retrocedí. El chico se envalentonó al ver esto.

-¡Déjamelo a mí, papá! ¡Déjamelo a mí!

El chico le quitó el bate al viejo y empezó a pegarme. Me pegó por casi todo el cuerpo. La espalda, las costillas, las piernas, rodillas, tobillos. Lo único que podía hacer era proteger la cabeza y él me pegaba en los brazos y en los codos. Retrocedí hasta apoyarme en la valla de alambre.

-¡Yo le daré su merecido, papá! ¡Déjamelo a mí!

El chico no paraba. De vez en cuando conseguía atizarme en la cabeza.

-Vale, ya basta, hijo -dijo por fin el viejo.

Y el chico seguía dándole al bate.

-Hijo, te he dicho que basta.

Me volví y me apoyé en la alambrada. Durante unos momentos no pude moverme. Ellos. me observaban. Por fin, conseguí recuperarme. Me arrastré renqueando hasta la verja.

-¡Déjame pegarle más, papá.

-¡No, hijo!

Crucé la verja y seguí hacia el norte. Cuando empecé a andar, todo empezó a agarrotárseme. A hincharse. Daba pasos cada vez más cortos. Sabía que no iba a ser capaz de andar mucho. Delante sólo había cementerios de coches. Luego vi un solar vacío entre dos de ellos. Entré en el solar y me torcí el tobillo en un agujero, nada más entrar. Me eché a reír. El solar hacía un declive. Luego tropecé con la rama de un matorral duro que no cedió. Cuando me levanté de nuevo, tenía la palma derecha cortada por un trozo de cristal verde. Una botella de vino. Saqué el cristal. Brotó la sangre entre la suciedad. Limpié la suciedad y chupé la herida. Cuando caí la vez siguiente, di una voltereta sobre la espalda, y grité una vez de dolor, luego alcé los ojos hacia el cielo de la mañana. Estaba de vuelta en mi ciudad natal, Las Angeles. Sobre mi cara revoloteaban pequeños mosquitos. Cerré los ojos.

Una conversacion tranquila

la gente que viene a mi casa es un poco rara, pero en fin, casi todo el mundo es un poco raro. el mundo se estremece y tiembla más que nunca, y las consecuencias son evidentes. hay uno que es un poco gordo, y que se ha dejado ahora una barbita, y tiene un aspecto bastante aceptable. quiere leer uno de mis poemas en una lectura de poesía. le digo que vale y luego le digo COMO se lee y se pone un poco nervioso. -¿dónde está la cerveza? ¿es que no tienes nada de beber? coge catorce pipas de girasol, se las mete en la boca, masca como una máquina, yo voy a por la cerveza. este chico, Maxie, nunca ha trabajado. sigue yendo a la universidad para que no le manden a Vietnam. ahora estudia para rabino. será un magnífico rabino, es lo suficientemente lujurioso y está lo bastante lleno de mierda. será un buen rabino. pero en realidad no está contra la guerra. como la mayoría de la gente, él divide las guerras en buenas y malas. quiso participar en la guerra árabe-' israelí, pero antes de que pudiese hacer el equipaje terminó el embrollo. en fin, es evidente que los hombres seguirán matándose. basta con darles esa cosilla que trastorne su proceso de razonamiento. no es bueno matar a un norvietnamita: está bien matar a un árabe. será un magnífico rabino. me quita la cerveza de la mano, echa un poco de liquido sobre las pepitas de girasol y dice: -Jesús.

-vosotros matásteis a jesús -digo yo.

-¡no empieces otra vez con eso!

-no lo haré. yo no soy así.

-quiero decir, Dios mío, me enteré de que te había dado mucho dinero en derechos TERROR STREET.

-sí, soy su «éxito de ventas». conseguí superar sus series de Duncan, Creeley y Levertov todas sumadas. pero quizás eso no signifique nada... también venden muchos ejemplares de Los Angeles Times todas las noches y en Los Angeles Times no hay nada.

-sí.

seguimos con la cerveza.

-¿cómo está Harry? -preguntó. Harry es un chaval, Harry ERA un chaval que había salido del manicomio. escribí la introducción al primer libro de poemas de Harry. eran muy buenos. casi aullaban. luego, Harry consiguió un trabajo al que yo me negué: escribir para las revistas de chicas. le dije «no» al director y envié a Harry. Harry era un lío. trabajaba cuidando niños, ya no escribe poemas.

-oh, Harry. tiene CUATRO motocicletas. el 4 de julio, reunió a la gente en su patio trasero y quemó quinientos dólares de fuegos artificiales. en quince minutos, los quinientos dólares se esfumaron en el cielo.

-Harry está en el buen camino.

-seguro. gordo como un cerdo. bebe buen whisky. come sin parar. se casó con esa mujer que cobró 40.000 dólares cuando murió el marido. tuvo un accidente cuando buceaba quiero decir que se ahogó. ahora Harry se ha hecho con un equipo de buceo con escafandra.

-precioso.

-tiene celos de ti, a pesar de todo.

-¿por qué?

-no lo sé. en cuanto se menciona tu nombre se pone furioso.

-estoy colgando de un hilo. lo sé de sobra.

-tienen cada uno un suéter con el nombre del otro. ella cree que Harry es un gran escritor, tiene poca experiencia. Están tirando una pared para hacerle un estudio. insonorizado, como Proust. ¿era Proust?

-¿el que tenía un estudio forrado de corcho?

-sí, eso creo. de cualquier forma, va a costarles dos de los grandes. ya veo al gran autor

escribiendo en su estudio forrado de corcho, «Lilly saltó ágilmente la cerca del granjero John... ».

-dejemos en paz a ese tío... es tan curioso que él esté ahogándose en dinero.

-ya. bueno, ¿qué tal la pequeña? ¿cómo se llama? ¿Marina? -Marina Louise Bukowski. sí. me vio salir de la bañera el otro día. tiene tres años y medio ahora. ¿sabes lo que dijo?

-no.

-me dijo: Hank, mira tu ridículo ser. todo eso colgando por delante y sin nada que cuelgue por detrás.

-demasiado.

-sí. ella esperaba que hubiera pene por los dos lados.

-quizás no sea tan mala idea.

-sí para mí. no consigo trabajo bastante para uno.

-¿tendrías un poco más de cerveza?

claro, perdona.

saqué las cervezas.

-estuvo aquí Larry -le dije.

-¿sí?

-sí. cree que la revolución será mañana por la mañana. puede que sí y que no. quién sabe. le dije que el problema con las revoluciones es que han de empezar de DENTRO-afuera no de fuera-ADENTRO. lo primero que la gente hace en una revuelta es correr y agarrar una tele en color. quieren el mismo veneno que hace al enemigo un imbécil. pero él no hizo caso. se echó el fusil al hombro. fue a Méjico a unirse a los revolucionarios. los revolucionarios bebían tequila y bostezaban. y además, la barrera del idioma. ahora es Canadá. tienen un nido de comida y armas en uno de los estados del norte. pero no tienen la bomba atómica. están jodidos. y sin fuerza aérea.

-tampoco la tienen los vietnamitas. y están haciéndolo muy bien.

-eso es porque no podemos utilizar la bomba atómica a causa de Rusia y China. pero supongamos que decidimos bombardear un reducto de «castros» en Oregón, eso sería asunto nuestro, ¿no?

-hablas como un buen norteamericano.

-yo no hago política. soy un observador.

-menos mal que no todos se limitan a observar, porque si no nunca llegaríamos a ninguna parte.

-¿hemos llegado a alguna parte?

-no lo sé.

-tampoco yo. pero sé que muchos revolucionarios son simples gilipollas, simples ESTUPIDOS, demasiado para acabar con el tinglado. mira, no digo que los pobres no tengan que recibir ayuda, que los ignorantes no deban recibir instrucción, que no haya que hospitalizar a los enfermos, etc. lo que quiero decir es que estamos poniendo sotanas a muchos de estos revolucionarios y algunos son enfermos preocupados por el acné, abandonados por sus esposas que se han colgado al cuello esos condenados Símbolos de la Paz. muchos no son más que los oportunistas del momento y lo harían igual de bien si trabajaran para la Ford, si pudieran póner el pie en la puerta. no quiero pasar de una mala dirección a otra igual de mala... y hemos estado haciendo precisamente eso en cada elección.

-yo aún sigo creyendo que una revolución acabaría con mucha mierda.

-lo hará, triunfe o no. acabará con cosas buenas y malas. la historia humana avanza muy lenta. en cuanto a mí, me conformaré con mirar desde la ventana.

-el mejor sitio para observar.

-el mejor sitio para observar. bebamos otra cerveza.

-sigues hablando como un reaccionario.

-escucha, rabino. estoy intentando enfocar las cosas desde todos los ángulos. no sólo

desde el mío. el sistema sabe conservar la calma. eso hay que admitirlo. hablaré con él alguna vez, sé que estoy tratando con un chico testarudo. mira lo que le hicieron a Spock. a los dos Kennedys. a King. a Malcolm X. haz la lista. es bien larga. si abandonas con demasiada prisa a los poderosos, puedes verte en Forest Lawn silbando Dixie por el canuto de cartón de un rollo de papel higiénico. pero la cosa está cambiando. los jóvenes razonan mejor que razonaban los viejos y los viejos se están muriendo. aún hay modo de conseguirlo sin que caigan miles de cabezas.

-han conseguido que te retires. pero para mí: «Victoria o Muerte».

-eso decía Hitler. y consiguió muerte.

-¿qué tiene de malo la muerte?

-nuestra pregunta hoy era « ¿qué tiene de malo la vida?».

-escribes un libro como TERROR STREET y luego quieres dar la mano a los asesinos y sentarte con ellos.

-¿nos hemos dado la mano, Rabino?

-¿cómo hablas con tanta tranquilidad sabiendo que en este instante se están cometiendo crueldades?

-¿te refieres a la araña y la mosca o al gato y el ratón? -me refiero al Hombre contra el Hombre, cuando el Hombre tiene posibilidad de evitarlo.

-hay algo positivo en lo que dices.

-sí claro. no eres el único con pico.

-¿qué propones entonces? ¿quemar la ciudad?

-no, quemar la nación.

-lo que dije, serás un magnífico rabino.

-gracias.

-y después de que arda la nación, ¿con qué la sustituiremos?

-¿dirías tú que la revolución norteamericana fracasó, que la revolución francesa fracasó, que la revolución rusa fracasó?

-no del todo. pero, desde luego, se quedaron cortos.

-fue un intento.

-¿cuántos hombres debemos matar para avanzar un centímetro?

-¿a cuántos hombres se mata por no avanzar en absoluto? -a veces, tengo la sensación de estar hablando con Platón. -lo estás: Platón con barba judía.

se calma la cosa entonces, y el problema cuelga entre nosotros. mientras tanto, los barrios pobres se llenan con los desilusionados y los desechados; se mueren los pobres en hospitales sin médicos casi; se llenan las cárceles con los trastornados y los perdidos hasta que no hay bastantes catres y los presos han de dormir en el suelo. entrar en la seguridad social es un acto de caridad que quizás no perdure. y los manicomios se llenan hasta los topes porque la sociedad utiliza a las personas como peones de ajedrez...

es la mar de agradable ser un intelectual o un escritor y observar estas maravillas siempre que tu PROPIO culo no esté en el rodillo de escurrir. ésta es una de las pegas de los intelectuales y los escritores. apenas si sienten más que su propia comodidad o su propio dolor. y es normal, pero es una mierda.

-y el Congreso -dice mi amigo- cree que puede resolver algo con una ley de control de armas.

-sí. en realidad sabemos quién ha disparado la mayor parte de las armas. pero no estamos tan seguros de quién ha disparado algunas de las otras. ¿el ejército, la policía, el estado, otros locos? me da miedo imaginar que yo pueda ser el siguiente, aún tengo, además, unos cuantos sonetos que me gustaría terminar.

-no creo que tú seas lo bastante importante.

-demos gracias a dios por eso, Rabino.

-creo, sin embargo, que eres algo cobarde.

-sí, lo soy. un cobarde es un hombre capaz de prever el futuro. un valiente es casi siempre un hombre sin imaginación.

-a veces, creo que TU serías un buen rabino.

-no tanto. Platón no tenía barba judía.

-déjate una.

-ten otra cerveza.

-gracias.

y así, nos tranquilizamos. es otro anochecer extraño, la gente viene a mí, hablan, me llenan: los futuros rabinos, los revolucionarios con sus fusiles, el FBI, las putas, las poetisas, los jóvenes poetas del estado de California, un profesor de Loyola camino de Michigan, un profesor de la universidad de California, Berkeley, otro que vive en Riverside, tres o cuatro chavales en el camino, simples vagabundos con libros de Bukowski embutidos en el cerebro... y durante un tiempo pensé que esta banda invadiría y asesinaría mis maravillosos y preciosos instantes, pero ha sido una fortuna, una suerte cada uno de ellos, todos, hombres y mujeres, me han traído algo y me dejan algo, y ya no he de sentirme como Jeffers detrás de un muro de piedra, y he tenido suerte por otra parte en que la fama que tengo sea en gran medida oculta y tranquila, y difícilmente seré nunca un Henry Miller con gente acampada alrededor de casa, los dioses han sido muy buenos conmigo, me han conservado vivo, e incluso coleando aún, tomando notas, observando, sintiendo la bondad de los buenos, sintiendo el milagro correr por mi brazo arriba como un ratón loco. una vida así, y se me otorga a los cuarenta y ocho años, aunque mañana no sepa si fue el más dulce de los dulces sueños.

el chaval se ha pasado un poco con la cerveza, el futuro rabino que perorará cada domingo por la mañana.

-tengo que irme. tengo clase mañana. -claro, chaval, ¿estás bien? -sí. perfectamente. saludos de mi padre.

-dile a Sam que dije yo que aguantara. todos llegaremos. -¿tienes mi número de teléfono?

-sí. justo sobre mi tetilla izquierda. le vi marchar. escaleras abajo. un poco gordo. pero bien. energía. exceso de energía. entusiasta y retumbante. hará un magnífico rabino. me gusta mucho. luego desaparece, le pierdo de vista, y me siento a escribirte esto. cenizas de cigarrillo por t9da la máquina. explicarte cómo sigue y qué viene después. junto a mi máquina hay dos zapatitos blancos de muñeca de poco más de un centímetro de largo. mi hija, Marina, los dejó ahí. está en Arizona, no sé exactamente dónde, en este momento, con una madre revolucionaria. es julio de 1968 y tecleteo mientras espero que la puerta se derrumbe y aparezcan los dos hombres de rostro verdoso y ojos de gelatina rancia, y metralletas en las manos. ojalá no aparezcan. ha sido una tarde magnífica. y sólo unas cuantas perdices lejanas recordarán el rodar del dado y cómo sonreían las paredes. buenas noches.

Yo mate a un hombre en Reno

Bukowski lloró cuando Judy Garland cantó en la Filarmónica de Nueva York, Bukowski lloró cuando Shirley Temple cantó «I got animal crackers in my soup»; Bukowski lloró en pensionzuchas baratas, Bukowski no sabe vestir, Bukowski no sabe hablar, a Bukowski le asustan las mujeres, Bukowski no aguanta nada bebiendo, Bukowski está lleno de miedo, y odia diccionarios, monjas, monedas, autobuses, iglesias, los bancos del parque, las arañas, las moscas, las pulgas, los freaks; Bukowski no fue a la guerra. Bukowski es viejo, Bukowski lleva cuarenta y cinco años sin soltar una cometa; si Bukowski fuese un mono, le expulsarían de la tribu...

tan preocupado está mi amigo por desgajar de mis huesos la carne de mi alma que apenas parece pensar en su propia existencia.

-pero Bukowski vomita con mucha limpieza y nunca le he visto mear en el suelo.

así que después de todo, tengo mi encanto, comprendes. luego abre de golpe una puertecilla y allí en un cuarto de uno por dos lleno de periódicos y trapos hay un espacio.

-siempre podrás instalarte aquí, Bukowski, estará siempre a tu disposición.

sin ventana, sin cama, pero estoy cerca del baño. aún parece bueno para mí.

-aunque quizás tengas que ponerte tapones en los oídos por la música que siempre tengo puesta.

-me agenciaré un equipo, seguro.

volvimos otra vez a su cubil.

-¿quieres oír un poco a Lenny Bruce?

-no, gracias.

-¿Ginsberg?

-no, no.

en fin, tiene que mantener el magnetófono en marcha, o si no el tocadiscos. por fin, me atacan con Johnny Cash cantando para los chicos de Folson.

-yo maté a un hombre en Reno sólo por ver como moría.

a mí me parece que Johnny está dándoles su ración de mierda lo mismo que sospecho que hace Bob Hope con los chicos que están en Vietnam por Navidades. soy tan desconfiado. los chicos gritan, aplauden, están fuera de sus celdas, pero me da la sensación de que es algo así como tirar huesos sin carne en vez de bizcochos a los hambrientos y los atrapados. no veo en ello nada santo ni valiente. sólo se puede hacer una cosa por los que están en la cárcel: dejarles salir. sólo se puede hacer una cosa por los que están metidos en la guerra: parar la guerra.

-apágalo -pido.

-¿qué pasa?

-es puro cuento. el sueño de un publicitario.

-no puedes decir eso. Johnny ha estado en la cárcel.

-mucha gente ha estado.

-nos parece buena música.

-me gusta la voz. pero el único hombre que puede cantar en una cárcel, realmente, es un hombre que esté realmente en la cárcel.

-de todos modos, nos gusta.

está allí su mujer y hay una pareja de jóvenes negros que tocan combo en una banda.

-a Bukowski le gusta Judy Garland. «allá sobre el arcoiris».

-me gustó aquella vez en Nueva York. ponía toda el alma. no había quien pudiera con ella.

-está muy gorda y bebe mucho.

la misma vieja mierda: gente arrancando carne sin llegar a ningún sitio. me fui algo pronto. cuando lo hacía, les oí poner otra vez a J. Cash. paré a por cerveza y justo la bebía cuando suena el teléfono.

-¿Bukowski?

-¿sí?

-Bill.

-ah, hola, Bill.

-¿qué haces?

-nada.

-¿qué haces el sábado por la noche?

-tengo un asunto.

-quería que vinieras, a conocer a una gente.

-no puedo. ese día.

-sabes, Charley, voy a cansarme de llamar.

-sí.

-¿aún escribes para el mismo papelucho de mierda?

-¿qué?

-ese periódico hippie...

-¿has leído algún número?

-claro. toda esa mierda de protestas. estás perdiendo el tiempo.

-no siempre escribo para el periódico de la policía.

-creía que sí.

-yo creí que tú habías leído el periódico.

-por cierto, ¿qué sabes de nuestro común amigo?

-¿Paul?

-sí, Paul.

-no sé nada de él.

-sabes, él admira muchísimo tu poesía.

-me parece muy bien.

-personalmente a mí no me gusta tu poesía.

-también me parece muy bien.

-no puedes venir el sábado.

-no.

-bueno, voy a hartarme de llamar. ten cuidado. buenas noches.

otro arrancador de carne. ¿qué demonios querían? bueno, Bill vivía en Malibú y Bill ganaba mucho dinero escribiendo (ollas a presión de mierda filosófico-sexual llenas de errores tipográficos e ilustraciones de pregraduado) y Bill no sabía escribir pero Bill tampoco sabía dejar el teléfono. telefonearía otra vez. y otra. y me soltaría sus cerotitos. yo era el viejo que no había vendido las pelotas al carnicero y esto les tenía jodidos. su victoria final sobre mí sólo podría ser una paliza física, y esto podía sucederle a cualquier hombre en cualquier sitio.

Bukowski creía que el ratón Mickey era un nazi; Bukowski hizo el ridículo más bochornoso en Bamey's Beanery; Bukowski hizo un ridículo bochornoso en Shelly's Nanne-hole; Bukowski le tiene envidia a Ginsberg, Bukowski envidia el Cadillac 1969, Bukowski no es capaz de comprender a Rimbaud; Bukowski se limpia el culo con papel higiénico de ese áspero y marrón, Bukowski no vivirá cinco años, Bukowski no ha escrito un poema decente desde 1963, Bukowski lloró cuando Judy Garland... mató a un hombre en Reno.

me siento. meto la hoja en la máquina. abro una cerveza. enciendo un cigarrillo.

consigo una o dos líneas buenas y suena el teléfono.

-¿Buk?

-¿sí?

-Marty.

-hola Marty.

-escucha, acabo de leer tus dos últimas columnas. es muy bueno. no sabía que estuvieses escribiendo tan bien. quiero publicarlas en forma de libro. ¿tienes ya lo de GROVE PRESS?

-sí.

-lo quiero. tus columnas son tan buenas como tus poemas. -un amigo mío de Malibú dice que mis poemas apestan.

-que se vaya a la mierda. quiero las columnas.

-las tiene...

-coño, ése es un pomo. conmigo llegarás a las universidades, a las mejores librerías. cuando esa gente te descubra, ya está; están cansados de toda esa mierda intrincada que llevan siglos embutiéndoles. ya verás. ya estoy viendo publicado todo ese material tuyo antiguo que no se puede conseguir, vendiéndolo a dólar o un dólar y medio ejemplar y haciendo millones.

-¿no temes que me convierta en un gilipollas?

-bueno, siempre has sido un gilipollas, sobre todo cuando bebes... por cierto, ¿cómo te va?

-dicen que agarré a un tipo en Shelly's por las solapas y que le aticé un poco. pero podría haber sido peor, sabes.

-¿qué quieres decir?

-quiero decir que podía haberme agarrado él a mí por las solapas y atizarme. una cuestión de honor, sabes.

-escucha, no te mueras ni dejes que te maten hasta que hagamos esas ediciones de dólar y medio.

-lo intentaré, Martin, lo intentaré.

-¿cómo va la edición de bolsillo?

-Stangest dice que en enero. acabo de recibir las pruebas de imprenta. y cincuenta de adelanto que fundí en las carreras.

-¿es que no puedes dejar de apostar?

-nunca decís nada cuando gano, cabrones.

-es verdad. bueno, dime algo de tus columnas.

-vale. buenas noches.

-buenas noches.

Bukowski, el escritor de campanillas; una estatua de Bukowski en el Kremlin, meneándosela, Bukowski y Castro, una estatua en La Habana, bajo la luz del sol, llena de cagadas de pájaros, Bukowski y Castro en un tándem de carreras hacia la victoria (Bukowski en el asiento de atrás), Bukowski bañándose en un nido de oropéndolas; Bukowski azotando a una esbelta rubia de diecinueve abriles con un látigo de piel de tigre, una espigada rubia de noventa y cinco centímetros de busto, una esbelta rubia que lee a Rimbaud; Bukowski haciendo cucú en las paredes del mundo, preguntándose quién tapió la suerte... Bukowski yendo a por Judy Garland cuando era ya demasiado tarde para todos.

luego recuerdo la vez que volví al coche. justo junto al Bulevar Wilshire. su nombre está en el gran cartel. trabajamos una vez en el mismo trabajo mierda. no me emociona el Bulevar Wilshire. pero aún soy un aprendiz. en principio no excluyo nada. él es mulato, de una combinación de madre blanca y padre negro. caímos juntos en el mismo trabajo mierda, fue algo mutuo. sobre todo, no querer palear mierda siempre, y aunque la mierda era una buena profesora había sólo determinadas lecciones y luego podía ahogarte y liquidarte para siempre.

aparqué detrás y llamé a la puerta trasera, dijo que me esperaría hasta tarde aquella noche. eran las nueve y media. se abrió la puerta.

DIEZ AÑOS. DIEZ AÑOS. diez años. diez años. diez. diez jodidos AÑOS.

-¡Hank, hijo de puta!

-Jim, pedazo de cabrón...

-vamos, pasa.

le seguí. dios mío, increíble. pero es agradable cuando se van las secretarias y el personal. en principio no excluyo nada. tiene seis u ocho habitaciones. entramos en su despacho. saco los dos paquetes de seis cervezas.

diez años.

él tiene 43. yo 48. parezco por lo menos quince años más viejo que él. y me da un poco de vergüenza. la barriga floja. el aire de perro apaleado. el mundo se ha llevado de mí muchas horas y años con sus tareas anodinas y rutinarias; se nota. me da vergüenza mi fracaso; no su dinero, mi fracaso. el mejor revolucionario es un hombre pobre. yo no soy siquiera un revolucionario, sólo estoy cansado. ¡vaya cubo de mierda! espejo, espejo...

tenía buen aspecto con su jersey amarillo claro, tranquilo y realmente contento de verme.

-he atravesado el infierno -dijo-, llevo meses sin hablar con un verdadero ser humano.

-hombre, no sé si yo estoy cualificado.

-lo estás.

la mesa escritorio parece tener siete metros de ancho.

-Jim, me han echado de tantos sitios como éste. un mierda sentado en una silla giratoria. como un sueño de un sueño de un sueño. todos malos. ahora estoy aquí sentado bebiendo una cerveza con un hombre que. está detrás de la mesa y no sé más ahora de lo que sabía entonces.

se echó a reír.

-chaval, quiero que tengas oficina propia, un sillón propio, tu propia mesa. sé lo que te pagan ahora. ganarás el doble.

-no puedo aceptarlo.

-¿por qué? -quiero saber de qué te serviría yo.

-necesito tu cerebro.

se echó a reír.

-hablo en serio.

luego esbozó el plan. me dijo lo que quería. tenía uno de esos cerebros hijoputas que sueñan ese tipo de cosas. parecía tan bueno que tuve que reírme.

-me llevará tres meses arreglarlo -le dije.

-entonces firmaremos el contrato.

-por mí de acuerdo. pero esas cosas a veces no resultan.

-resultará.

-mientras tanto, tengo un amigo que me dejará dormir en su casa en el cuarto de las escobas, si algo falla.

-estupendo.

bebimos dos o tres horas más y luego él se fue a dormir lo suficiente como para reunirse luego con un amigo y dar un paseo en yate a la mañana siguiente (sábado) y yo di una vuelta y me salí del barrio elegante y en el primer tascucho que encontré recalé a echar un trago o dos. y bueno, hijoputa si no encontré allí a un tipo al que conocía de un sitio en que habíamos trabajado los dos.

-¡Luke! -dijo-. ¡hijoputa!

-¡Hank, chaval!

otro negro. (¿qué hacen los blancos por la noche?) parece de capa caída, así que le convido a una copa.

-¿aún sigues allí? -me pregunta.

-sí.

-mierda, tío -dice.

-¿qué?

-no podía aguantar más, sabes, así que me largué. conseguí en seguida otro trabajo. en

fin, un cambio, ya sabes. eso es lo que mata a un hombre hombre: la falta de cambio.

-lo sé, Luke.

-bueno, la primera mañana me acerqué a la máquina. era un sitio en que trabajaban con fibra de vidrio. yo llevaba una camisa de cuello abierto y manga corta y me di cuenta de que la gente me miraba mucho. En fin, me senté y empecé a manejar las palancas y todo fue bien durante un rato, hasta que de pronto empiezo a notar un picor por todo el cuerpo. entonces voy y le digo al capataz: «oiga, ¿qué demonios es esto? ¡me pica todo el cuerpo! ¡el cuello, los brazos, todo!». y él entonces me dice: « ¡no es nada, ya te acostumbrarás». pero me doy cuenta de que él lleva la camisa abotonada y un pañuelo al cuello y que la camisa es de manga larga, en fin. voy al día siguiente bien abotonado y con mi pañuelo pero no sirve de nada: aquel jodido cristal es tan fino que no puedes verlo, son como pequeñas flechitas de cristal que atraviesan la ropa y se clavan en la piel. entonces me di cuenta de por qué me hacían ponerme las gafas protectoras. aquello podía dejar ciego a un hombre en media hora. tenía que largarme. fui a una fundición. amigo, ¿sabes que los tipos VERTIAN ESA MIERDA AL ROJO EN MOLDES? lo vertían como si fuese grava o grasa de cerdo. ¡increíble! ¡y caliente! ¡mierda! me largué. ¿cómo te va, hombre?

-Luke, esa zorra de allí no deja de mirarme y de sonreír y de subirse la falda.

-no le hagas caso, está loca.

-pero tiene buenas piernas.

-sí, sí que las tiene.

pedí otro trago, lo cogí, y me fui hacia ella.

-hola nena.

ella entonces hurga en el bolso, saca, aprieta el botón y aparece una hermosa navaja automática de quince centímetros. miro al del bar que no parece inmutarse.

-¡si te acercas un paso más te corto las pelotas! -dice la zorra.

tiro su vaso y cuando mira la agarro por la muñeca, le quito la navaja, la cierro, me la meto en el bolsillo. el del bar sigue inmutable. vuelvo con Luke y terminamos nuestros tragos. me doy cuenta de que son las dos menos diez y pido dos paquetes de seis cervezas. vamos a mi coche. Luke está sin ruedas. ella nos sigue.

-necesito que me lleves.

-¿adónde?

-hacia Century.

-es mucho camino.

-¿y qué? vosotros, hijos de puta, me robásteis la navaja. cuando estoy a mitad de camino de Century, veo aquellas piernas femeninas alzarse en el asiento trasero. cuando las piernas bajan me arrimo a una esquina oscura y le digo a Luke que eche un cigarro. odio ser el segundo, pero cuando lleva uno mucho tiempo sin ser el primero y es teóricamente un gran artista y maestro de Vida, TIENEN que servir los segundos platos, y, como dicen los muchachos, en algunos casos son mejores los segundos. estuvo bien. cuando la dejé le devolví la navaja envuelta en un billete de diez dólares: estúpido, desde luego. pero me gusta ser estúpido. Luke vive entre la Octava e Irola así que no queda muy lejos de mi casa.

cuando abro la puerta, empieza a sonar el teléfono. abro una cerveza y me siento en la mecedora y le oigo sonar. ha sido suficiente para mí. oscurecer, noche y mañana.

Bukowski lleva calzoncillos de color marrón. a Bukowski le dan miedo los aviones. Bukowski odia a Santa Claus. Bukowski hace figuras deformes con las gomas de la máquina de escribir. cuando el agua gotea, Bukowski llora. cuando Bukowski llora, el agua gotea. oh, sancta sanctorum de los manantiales, oh escrotos, oh manantes escrotos, oh la gran fealdad del hombre por todas partes como ese fresco cagarro de perro que el zapato matutino de nuevo no ve. oh la poderosa policía, oh las poderosas armas, oh los poderosos dictadores, oh los poderosos malditos imbéciles de todas partes, oh el solitario pulpo, oh el tic tac del reloj sorbiéndonos cada limpio minuto a todos nosotros, equilibrados y desequilibrados y santos y

acatarrados, oh los vagabundos tirados en callejas de miseria en un mundo de oro, oh los niños que se harán feos, oh los feos que se harán más feos, oh la tristeza y la bota y el sable y los muros de tierra (sin Santa Claus, sin mujer, sin varita mágica, sin Cenicienta, sin Grandes Inteligencias siempre; cu-cú) sólo mierda y perros y niños azotados, sólo mierda y limpiar mierda; sólo médicos sin pacientes sólo nubes sin lluvia sólo días sin días, oh dios oh poderoso que tú nos impongas esto.

cuando penetremos en tu poderoso palacio de JUDÍO y ángeles fichadores quiero oír Tu voz sólo diciendo una vez

MISERICORDIA

MISERICORDIA

MISERICORDIA

PARA TI MISMO y para nosotros y para lo que te hagamos a Ti, doblé por Irola hasta llegara Normandie, eso fue lo que hice, y luego entré y me senté y oí sonar el teléfono.

Nocturnas calles de locura

el chico y yo éramos los últimos de una juerga en mi casa y estábamos allí sentados cuando alguien, fuera, empezó a tocar la bocina de un coche, fuerte FUERTE FUERTE, oh canta fuerte, pero luego todo es como hachazos en la cabeza, de todos modos. el mundo no hay quién lo arregle, así que simplemente seguí allí sentado con mi copa, fumando un puro y sin pensar en nada; se habían ido los poetas, los poetas y sus damas se habían ido, y el ambiente resultaba bastante agradable, a pesar de aquella bocina. en comparación. los poetas se habían acusado mutuamente de diversas traiciones: de escribir mal, de fallos y cada uno de ellos proclamaba así merecer más aplausos, escribir mejor que Fulano y Mengano y Zutano. les dije a todos que lo que necesitaban era pasarse dos años en una mina de carbón o una central siderúrgica, pero siguieron discurseando, aquellos melindrosos, bárbaros, apestosos, y, la mayoría, podridos escritores. ya se habían ido. el puro era bueno. el chico seguía allí sentado. yo acaba de escribir un prólogo para su segundo libro de poemas. ¿o era el primero? no lo sé muy bien.

-oye -dijo el chaval-, hay que salir a decirle a ese tío que se calle, que se meta la bocina en el culo.

el chico no escribía mal, y sabía reírse de sí mismo, lo cual es, a veces, signo de grandeza, o al menos signo de que tienes cierta posibilidad de acabar siendo algo más que un cerote literario disecado. el mundo estaba lleno de cerotes literarios disecados que no paraban de contar que se habían encontrado a Pound en Espoleto o a Edmund Wilson en Boston, o a Dalí en ropa interior, o a Lowell en su jardín; allí sentados con sus pequeños albornoces, te lo contaban una y otra vez para que te enteraras, y AHORA tú estabas hablando con ELLOS, ay, te das cuenta. «... la última vez que vi a Burroughs...» «Jimmy Baldwin, Dios, qué borracho estaba, tuvimos que ayudarle a salir al escenario y apoyarle en el micro. . . »

-tenemos que salir ahí fuera y decirle que se meta esa bocina en el culo -decía el chico, influido por el mito Bukowski (en realidad yo soy un cobarde), y el rollo Hemingway, y Humphrey B. y Eliot con sus calzones enrolladitos... en fin. di una chupada al puro. la bocina seguía. ALTO CANTA EL CUCO.

-la bocina no está mal. no salgas a la calle después de llevar cinco o seis u ocho o diez horas bebiendo. tienen jaulas preparadas para la gente como nosotros. no creo que pueda soportar otra jaula, otra de esas malditas jaulas. ya me construyo yo solo bastantes.

-voy a salir a decirles que se la metan en el culo -dijo el chico.

el chico estaba influido por el superhombre, Hombre y Superhombre. él quería hombres inmensos, duros y criminales, uno noventa, ciento veinte kilos, que escribiesen poesía inmortal. pero por desgracia los fortachones eran todos subnormales y eran los mariquitas elegantes de pulidas uñas los que escribían los poemas de los tipos duros. el único que se ajustaba al modelo de héroe del muchacho era el gran John Thomas, y el gran John Thomas siempre actuaba como si el muchacho no estuviese allí. el chico era judío y el gran John Thomas tenía conexiones con Adolfo. me gustaban los dos y a mí no suele gustarme la gente.

-escucha -dijo el chico-, yo voy a salir a decirles que se metan la bocina por el culo.

ay Dios. el chico era grande pero un poco por la vertiente gorda, no se había debido perder muchas comidas, pero era flojo por dentro, bueno por dentro, asustado y preocupado y un poco loco, como todos nosotros, ninguno había triunfado, en realidad, y yo dije, «chaval, olvida la bocina. me parece que no la toca un hombre. parece una mujer. los hombres paran y lanzan bocinazos, lanzan amenazas musicales. las mujeres simplemente se apoyan en la bocina. el sonido total, una gran neurosis femenina.»

-¡joder! -dijo el chico. corrió hacia la puerta.

¿qué importa esto? pensé. ¿qué más da? la gente sigue haciendo cosas que no cuentan.

cuando haces una cosa, todo debe estar ordenado matemáticamente. eso fue lo que aprendió Hemingway en las corridas de toros y lo aplicó en su obra. eso es lo que yo aprendo en las carreras de caballos y lo aplico a mi vida. los buenos de Hem y Buk.

-qué hay, Hem, soy Buk.

-oh, Buk, que alegría oírte.

-es que me gustaría acercarme a tomar una copa.

-oh, me encantaría. muchacho, pero sabes, bueno, en realidad me voy ahora mismo de la ciudad.

-pero, ¿por qué te vas, Ernie?

-tú has leído los libros. dicen que estaba loco, que imaginaba cosas. entrando y saliendo del manicomio. dicen que imaginaba que tenía el teléfono controlado, que imaginaba que tenía la silla pegada al culo, que me seguían y me vigilaban. sabes, yo no fui en realidad político, pero siempre jodí con la izquierda, la guerra española, todo ese rollo.

-sí, la mayoría de vosotros los literatos os incliná is a la izquierda. parece romántico, pero puede resultar una trampa infernal.

-lo sé. pero en fin, yo tenía aquella terrible resaca y sabía que había dado un patinazo, y cuando creyeron en EL VIEJO Y EL MAR supe que el mundo estaba podrido.

-lo sé. volviste a tu primer estilo, pero no era real.

-yo sé que no era real. y conseguí el PREMIO. y que me siguieran y me vigilaran. la vejez cayó sobre mí. bebiendo allí sentado como un vejestorio, contando historias rancias a quien quisiese escucharlas. ¿que iba a hacer sino pegarme un tiro?

bueno, Ernie, ya te veré.

-de acuerdo, sé que lo harás, Buk.

coló. v cómo.

salí fuera a ver lo que hacía el chico. era una vieja en un coche del 69. seguía tumbada en la bocina. ni piernas, ni pecho, ni cerebro. sólo un coche del 69 y rabia, rabia, inmensa y total. un coche bloqueaba . la entrada de su casa. tenía casa propia. yo vivía en uno de los últimos patios cochambrosos de DeLongpre. algún día el propietario lo vendería por una gran suma y yo sería bulldozeado. terrible. daba fiestas que duraban hasta que salía el sol, escribía a máquina día y noche. en el patio de al lado vivía un loco. todo era agradable. una manzana al norte y diez al oeste podía caminar por una acera que tenía huellas de ESTRELLAS. no sé lo que los nombres significan. no voy al cine. no tengo televisor. tiré por la ventana el aparato de radio cuando dejó de funcionar. borracho. yo, no el aparato. en una de mis ventanas hay un gran agujero. olvidé que tenía, cristales. tuve que sacar la radio de allí y abrir la ventana para tirarla. después, borracho y descalzo, mi pie (izquierdo) recogió todos los cristales, y el médico, mientras me lo abría sin ponerme siquiera anestesia, mientras buscaba los malditos cristales, me preguntó: -oiga, ¿anda usted siempre por ahí sin saber lo que hace? -casi siempre, nene. entonces me dio un gran corte que no era necesario. me agarré a la mesa y dije: -sí, Doctor. entonces se puso más amable. ¿por qué han de estar los médicos por encima de mí? no lo entiendo. el viejo cuento del hechicero. así pues, estaba en la calle, Charles Bukowski, amigo de Hemingway, Ernie, que nunca ha leído MUERTE EN LA TARDE. ¿dónde consigo un ejemplar? el chico dijo a la chiflada del coche, que sólo exigía respeto y estúpidos derechos de propiedad: -retiraremos el coche, lo sacaremos de ahí en medio. el chico hablaba también por mí. ahora que le había escrito su prólogo, le pertenecía. -mira, muchacho, no hay sitio al que empujar el coche. v en realidad me importa un pito, yo voy a echar un trago.

empezaba a llover. tengo la piel delicadísima, igual que los caimanes, y el alma a juego. me fui, mierda, ya estaba harto de guerras.

me fui y luego, cuando estaba a punto de llegar al agujero del patio de delante, oí gritos. me volví.

y había lo siguiente: un chico delgado, de camiseta blanca que le gritaba descompuesto al

poeta judío gordo cuyos poemas acababa de prologar. ¿qué tenía que ver con el asunto el de la camiseta blanca? el camisetablanca empujaba a mi poeta semiinmortal. con fuerza. la loca seguía tumbada en la bocina.

Bukowski, ¿deberías probar otra vez tu gancho de izquierda? te balanceas como la puerta de un granero viejo y sólo ganas una pelea de cada diez. ¿cuál fue la última pelea que ganaste? deberías usar bragas.

bueno, demonios, con un historial como el tuyo, una paliza más no será ninguna vergüenza.

empecé a avanzar para ayudar a aquel chaval judío y poeta, pero vi que tenía acogotado al camisetablanca. y entonces, del lujoso edificio de veinte millones de dólares que había junto a mi agujero cochambroso, salió una joven corriendo. vi cómo se balanceaban las mejillas de su trasero a la falsa luz lunar de Hollywood. nena, podría enseñarte algo que nunca, jamás olvidarías: casi nueve sólidos centímetros de palpitante polla, ay dios santo, pero ella no me dio oportunidad, corrió meneando el culo hasta su pequeño Fiaria del 68 o como se llame, y entró, lindo chochito muriéndose por mi alma poética, entró, puso en marcha el chisme, lo sacó de allí en medio, casi me atropella, a mí, a Bukowski, BUKOWSKI, Mnnnn, y se mete en el aparcamiento subterráneo del edificio de veinte millones. ¿por qué no lo había aparcado allí desde el principio?

el chico de la camiseta blanca aún sigue dando vueltas por allí, descompuesto, mi poeta judío ha vuelto a mi lado, allí a la luz lunar de Hollywood, que era como apestosa agua de lavar platos derramada sobre todos nosotros, resulta tan difícil suicidarse, quizás cambie la suerte, hay un PENGUIN a punto de salir, Norse-Bukowski-Lamantia... ¿qué?

ahora, ahora, la mujer tiene sitio para entrar en su casa pero es incapaz de hacerlo. ni siquiera sabe situar adecuadamente el coche. sigue dando hacia atrás y embistiendo a un camión blanco de reparto que hay frente a ella. allá se van las luces de situación al primer golpe. retrocede. acelera. allá va media puerta trasera. marcha atrás. acelerador. allá se van la defensa y la mitad del lado izquierdo, no, del derecho, es el derecho. da igual. el camino queda despejado.

Bukowski-Norse-Lamantia. libros de bolsillo. menuda suerte tienen los otros dos tíos de que yo esté allí.

de nuevo mierdoso acero que choca con acero. y en medio ella tumbada, sobre la bocina, camisetablanca se bambolea a la luz de la luna, enloquecido.

-¿qué pasa? -pregunté al chico.

-no sé -admitió finalmente.

-serás un buen rabino algún día, pero debes comprender todo esto.

el chico estudia para rabino.

-no lo comprendo -dice.

-necesito un trago -digo-. si estuviese aquí John Thomas los mataría a todos, pero yo no soy John Thomas.

estaba a punto de irme, la mujer seguía destrozando el camión blanco de reparto y yo estaba a punto de irme ya cuando un viejo con gafas y un holgado abrigo marrón, un tío realmente viejo, más viejo que yo, y eso es ser viejo, salió y se enfrentó al chico de la camiseta. ¿enfrentó? ¿será ésa la palabra justa?

lo cierto es que, al parecer, el viejo de las gafas y el abrigo marrón sale con aquella gran lata de pintura verde, debía ser por lo menos de un galón o de cinco, y no sé lo que significa esto, he perdido por completo el hilo de la trama o el significado, si es que hubo alguno en principio, y el viejo, digo, tira la pintura al chico de la camiseta blanca que está dando vueltas en círculo por la Avenida DeLongpre. a la luz lunar mierda de pollo de Hollywood, y la pintura no le da de lleno, sólo le alcanza un poco, allí donde acostumbraba a estar el corazón, un golpe de verde sobre el blanco, y sucede deprisa, lo deprisa que suceden las cosas, casi más de lo que ojo o pulsación puedan sumar, y por eso uno recibe versiones tan distintas de

cualquier hecho, motín, pelea a puñetazos, de cualquier cosa, ojo y alma no pueden parangonarse con la ACCION animal y frustrante, pero veo al viejo encogerse, caer, creo que el primero fue un empujón, pero sé que el segundo no lo fue. La mujer del coche dejó de embestir y de dar bocinazos y se quedó allí sentada chillando, chillando, un chillido total que significaba lo mismo que había significado la bocina, ella estaba muerta y liquidada para siempre en un coche del 69 y no podía aceptarlo, estaba enganchada y destrozada, desechada, y algún pequeño sector del interior de su ser aún lo comprendía. (nadie pierde definitivamente su alma, sólo se llevan un noventa y nueve por ciento de ella.)

camisetablanca acertó de lleno al viejo con el segundo golpe. le partió las gafas. le dejó tambaleándose y flotando en su viejo abrigo marrón. al fin, el viejo logró recuperarse y el chico le atizó otro. cayó. le pegó otra vez al ver que intentaba incorporarse, aquel chico de la camiseta blanca estaba pasándolo muy bien.

-¡DIOS MIO! ¿VES LO QUE LE HACE AL VIEJO? -me dijo el joven poeta.

-sí, sí, es muy curioso -dije, deseando un trago, o por lo menos un cigarro.

volví hacia mí casa. cuando vi el coche patrulla aceleré el paso. el chico me siguió.

-¿por qué no volvemos a decirles lo que pasó?

-porque lo único que pasó fue que todos dejaron que la vida les arrastrara a la locura y la estupidez. en esta sociedad sólo hay dos cosas que cuentan: que no te agarren sin dinero y que no te agarren mamado de ningún tipo de cosa.

-pero no debió hacerle aquello al viejo.

-los viejos están para eso.

-pero, ¿y la justicia?

-pero qué es la justicia: el joven azotando al viejo, el vivo azotando al muerto. ¿es que no te das cuenta?

-pero tú dices esas cosas y eres viejo.

-ya lo sé. vamos dentro.

saqué más cerveza y nos sentamos. el rumor de la radio del coche patrulla atravesaba las paredes. dos chavales de veintidós años con revólveres y porras iban a tomar una decisión inmediata basándose en dos mil años de cristiandad estúpida, homosexual y sádica. no es extraño que se sintiesen a gusto con el uniforme, la mayoría de los policías son empleaduchos de clase media baja a quienes se les da un poco de carne para echar en la sartén y una mujer de culo y piernas medio aceptables, y una casita tranquila en MIERDALANDIA... son capaces de matarte para demostrar que Los Angeles tenía razón, le llevamos con nosotros, señor, lo siento, señor, pero tenemos que hacerlo, señor. dos mil años de cristianismo y ¿cómo acabamos? radios de coches patrullas intentando mantener en pie mierda podrida, y ¿qué más? toneladas de guerra, pequeñas incursiones aéreas, asaltos en las calles, puñaladas, tantos locos que llegas a olvidarlos, simplemente corren por las calles, con uniformes de policías o sin ellos. así que entramos y el chico siguió diciendo: -bueno, ¿por qué no salimos ahí y le explicamos al policía 1u que pasó? -no, chaval, por favor. si estás borracho, eres culpable, pase lo que pase. -pero si están ahí mismo. salgamos a decírselo. -no hay nada que decir. el chico me miró como si fuese un cobarde de mierda. lo era. él sólo había estado en la cárcel unas siete horas por una manifestación de universitarios. -chaval, creo que la noche terminó. le di una manta para el sofá y se tumbó a dormir. yo cogí dos botellas de cerveza, las abrí, las coloqué a la cabecera de mi gran cama alquilada, eché un gran trago, me estiré, esperé mi muerte como debió hacer Cummings, Jeffers, el basurero, el repartidor de periódicos, el corredor de apuestas... terminé las cervezas. el chaval se despertó hacia las nueve y media. no puedo entender a los madrugadores. Micheline era otro madrugador. de esos que se lanzan por ahí a tocar timbres, a despertar a todo el mundo. estaban nerviosos, intentaban derribar las paredes. siempre pensé que los que se levantan antes del mediodía son tontos de remate. lo mejor era lo de Norse: andar siempre con bata de seda y pijama por casa y dejar que el mundo siga su camino.

dejé al chico en la puerta y allá se fue al mundo. la pintura verde estaba seca en la calle. el azulejo de Maeterlinck estaba muerto. Hirsohman estaba sentado en una habitación oscura sangrando por la ventanilla derecha de la nariz.

y yo había escrito otro PROLOGO a otro libro de poesía de alguien. ¿cuántos más?

-hola Bukowski, tengo este libro de poemas. pensé que podrías leer los poemas y decir algo.

-¿decir algo? pero hombre, si a mí no me gusta la poesía.

-da igual. sólo di algo.

el chico se había ido. yo tenía que cagar. el water estaba atascado. el casero se había ido fuera tres días. saqué la mierda y la metí en una bolsa de papel marrón. luego salí y caminé con la bolsa de papel como el que va al trabajo con el almuerzo. luego, cuando llegué al solar vacío, tiré la bolsa. tres prólogos. tres bolsas de mierda. nadie comprendería jamás lo que sufría Bukowski.

volví hacia casa, soñando con mujeres en posición supina y fama perdurable. lo primero resultaba más agradable. y me estaba quedando sin bolsas marrones. quiero decir, sin bolsas de papel. las diez, el correo. una carta de Beiles, está en Grecia. decía que allí también llovía.

bueno, en fin, dentro y solo de nuevo, y la locura de la noche la locura del día. me eché en la cama, en posición supina mirando fijo hacia arriba y oyendo la lluvia mamona.

Púrpura como un iris

En un lado del pabellón decía A-1, A-2, A-3, etc., y allí estaban los hombres. En el otro decía B-1, B-2, B-3, y allí tenían a las mujeres. Pero luego decidieron que sería buena terapia dejarles mezclarse de vez en cuando, y era muy buena terapia: jodíamos en los retretes, en el jardín, detrás del granero, en cualquier sitio.

Muchas de las que estaban allí se fingían locas porque los maridos las habían cazado dándole al asunto con otros, pero todo era cuento, pedían ellas mismas que las ingresaran y así los maridos se compadecían, y luego salían y volvían a las andadas. Luego volvían a entrar, salían, etc. Pero mientras estaban allí dentro, tenían que hacerlo, y nosotros hacíamos todo lo posible por ayudarlas, y, por supuesto, el personal estaba muy ocupado: los médicos jodiendo con las enfermeras y los ayudantes jodiéndose entre sí, por eso apenas se enteraban de lo que hacíamos nosotros. Y eso estaba muy bien.

He visto más locos fuera (mira donde quieras: almacenes, fábricas, oficinas de correos, tiendas de animales, partidos de béisbol, oficinas políticas) que dentro. A veces me preguntaba por qué estarían allí. Había un tipo absolutamente equilibrado. Podías hablar con él sin problema, se llamaba Bobby, parecía normal del todo. De hecho, parecía muchísimo más normal que la mayoría de los comecocos que intentaban curarnos. No podías hablar con un comecocos sin sentirte loco tú mismo. La razón de que la mayoría de los comecocos se hagan comecocos es que están preocupados por su propio coco. Y examinar la propia mente es lo peor que puede hacer un loco, y todas las teorías que digan lo contrario son pura mierda. De vez en cuando, algún loco preguntaba algo así:

-Oye, ¿dónde está el doctor Malov? No ha aparecido hoy. ¿Está de vacaciones, o le han trasladado?

-Está de vacaciones -contestaba otro loco-, y le han trasladado.

-No lo entiendo.

-Cuchillo de carnicero. Muñecas y cuello. No dejó ni una nota.

-Era un tipo tan agradable.

-Sí, mierda, sí.

Esto es algo que yo no podía entender. Quiero decir lo de que funcionase radio Macuto en lugares como aquél. Radio Macuto nunca se equivoca. Fábricas, grandes instituciones como aquélla... corre el rumor de que ha pasado esto y aquello. Y más aún, ~ con días, con semanas de antelación, oyes cosas que resultan ciertas. A1 viejo Joe, que llevaba allí veinte años, le iban a soltar. O nos iban a soltar a todos o cualquier cosa así. Siempre era cierto.

Otra cosa de los comecocos, volviendo a ellos, era que yo nunca podía entender por qué tenían que seguir la vía dura teniendo a su disposición todas aquellas píldoras.

No tienen ni una chispa de inteligencia ninguno de ellos.

Bueno, en fin, volviendo al asunto, los casos más avanzados (quiero decir avanzados respecto a una aparente cura) tenían permiso para salir a las dos de la tarde los lunes y los jueves, y tenían que volver a las cinco y media porque si no perdían sus privilegios. La teoría era que así podríamos lentamente ajustarnos a la sociedad. Ya sabes, en vez de simplemente saltar del manicomio a la calle. Un vistazo podría hacerte volver en seguida, al ver a todos aquellos locos sueltos allí fuera.

A mí se me concedían mis privilegios de lunes y jueves, durante los cuales visitaba a un médico al que tenía enganchado v me cargaba de benzedrina, dexedrina, mezendrina, arcoiris, libriums y demás, gratis. Se lo vendía a los pacientes. Bobby las comía como caramelos, y Bobby tenía muchísimo dinero. En realidad, la mayoría lo tenía. Como dije, a veces me preguntaba por qué Bobby estaba allí. Era normal en casi todas las áreas de conducta. Sólo tenía una cosita: de vez en cuando, se levan. taba y se metía las manos en los

bolsillos y alzaba mucho las perneras de los pantalones y andaba ocho o diez pasos soltando un torpe silbidillo. Una especie de melodía que tenía en la cabeza. No era muy musical. Era una especie de melodía, siempre la misma. Duraba sólo unos segundos. Eso era lo único que le pasaba a Bobby. Pero seguía haciéndolo entre veinte y treinta veces al día. Yo al verlo, al principio, creí que bromeaba y pensé, vaya, que tío más simpático y agradable. Luego, más tarde, te dabas cuenta de que tenía que hacerlo.

Vale. ¿Dónde estaba? Bien. A las chicas las dejaban salir a las dos de la tarde también, y entonces teníamos más posibilidades con ellas. Ponía muy caliente el andar jodiendo por aquellos retretes, pero teníamos que darnos prisa porque rondaban por allí los cazadores. Eran tipos con coche, que conocían el horario del hospital y llegaban con sus coches y nos birlaban a nuestras lindas y desvalidas damas.

Antes de meterme en el tráfico de drogas, no tenía casi dinero y sí muchos problemas. Tuve una vez que trincarme a una de las mejores, Mary, en el water de señoras de una gasolinera. Fue bastante difícil dar con la postura (cualquiera se tumba en el suelo de un meadero) y el asunto no iba bien de pie, era espantoso hasta que recordé un truco que aprendiera una vez. Cruzando en tren Utah. Con una linda y joven india borracha de vino. Le dije a Mary que pusiera una pierna encima del lavabo. Yo subí una pierna encima del lavabo también y entré. Funcionó bien. Recuérdalo. Puede serte útil algún día. Puedes, incluso, soltar el agua caliente y que te bañe los huevos para añadir una sensación más. Pero el caso es que salió primero Mary del water de señoras y luego salí yo. Y me vio el de la gasolinera.

-Eh, amigo, ¿qué hacía usted en el water de señoras?

-¡Vaya hombre, vaya! -hice un delicado movimiento con la muñeca-. ¿Es que quieres ligarme? -y salí meneando el culo. No pareció poner en duda mi condición. Eso estuvo preocupándome muchísimo unas dos semanas. Luego, lo olvidé...

Creo que lo olvidé. En fin, de todos modos, la droga funcionaba bien. Bobby se lo tragaba todo. Le vendí incluso un par de píldoras anticonceptivas. Se las tragó también.

-Buen material, amigo. Consígueme más, ¿vale?

Pero el más raro de todos ellos era Pulon. Siempre estaba sentado en una silla junto a la ventana, sin moverse. Nunca iba al comedor. Nadie le veía comer. Pasaban semanas. Y él seguía allí, sentado en su silla. Pero se relacionaba realmente con los locos que eran casos perdidos: la gente que nunca hablaba con nadie, ni siquiera con los comecocos. Se plantaban allí y hablaban con Pulon. Hablaban, cabeceaban, reían, fumaban. Aparte de Pulon, también a mí se me daba muy bien el relacionarme con estos casos perdidos.

-¿Cómo hacéis para vencer su resistencia? -nos preguntaban los comecocos.

Entonces, ambos les mirábamos sin contestar.

Pero Pulon podía hablar con gente que llevaba veinte años sin hablar. Conseguía que contestaran a preguntas y que le contaran cosas. Pulon era muy raro. Era uno de esos hombres inteligentes capaces de morir sin soltar prenda... y quizás por eso seguía aquel camino. Sólo un zoquete tiene bolsas llenas de consejos y respuestas a todas las preguntas.

-Escucha, Pulon -dijo-, tú nunca comes. Nunca te veo comer nada. ¿Cómo puedes mantenerte?

-Jijijijijijiji. Jijijijijiji.

Me presenté voluntario para trabajos especiales sólo por salir del pabellón, para andar por el hospital. Yo era un poco como Bobby, sólo que no me subía los pantalones y silbaba alguna desentonada versión de la Carmen de Bizet. Yo tenía aquel complejo de suicidio y los graves ataques depresivos y no podía soportar las muchedumbres y, sobre todo, no podía soportar estar en una larga cola esperando por algo. Y en eso es en lo que se está convirtiendo toda la sociedad: largas colas y esperar por algo. Intenté suicidarme con gas y no resultó. Pero tenía otro problema. Mi problema era salir de la cama. Me fastidiaba salir de la cama, siempre. Solía decir a la gente: «Los mayores inventos del hombre son la cama y la bomba atómica: la primera te aisla y la segunda te ayuda a escapar». Me tomaban por loco. Juegos

de niños, eso es todo lo que hace la gente, juegos de niños. Van del coño a la tumba sin que les roce siquiera el horror de la vida.

Sí, me fastidiaba levantarme de la cama por la mañana. Esto significaba empezar la vida de nuevo y después de estar en la cama toda la noche has creado un tipo de intimidad a la que es muy difícil renunciar. Yo siempre fui un solitario. Perdona, supongo que lo que me pasa es que estoy desquiciado, pero, quiero decir, salvo por lo de echar un polvete de vez en cuando, no me importaría que todos los habitantes del mundo se muriesen. Sí, sé que no es agradable. Pero yo me pondría tan contento como un caracol; después de todo fue la gente la que me hizo desgraciado.

Todas las mañanas igual:

-Bukowski, ¡arriba!

-¿Quéeeee?

-He dicho: ¡Bukowski arriba!

-¿Cómo?

-¡Nada de COMO! ¡Arriba! ¡Levántate de una vez!

-... arrrrr... tu puta hermana...

-Iré a avisar al doctor Blasingham.

-A la mierda el doctor Blasingham.

Y allí llegaba trotando Blasingham, furioso, algo alterado, en fin, porque estaba metiéndole el dedo a una de las estudiantes de enfermera en su despacho, una que soñaba con casarse e ir de vacaciones a la Riviera francesa... con un viejo subnormal al que ni siquiera se le levantaba. Doctor Blasingham. Chupasangre de fondos del condado. Un farsante y un mierda. Yo no entendía cómo no le habían elegido aún presidente de Estados Unidos. Quizás no lc. hubiesen visto aún... estaba tan ocupado sobando y baboseando las bragas de la enfermera...

-Vamos, Bukowski, ¡ARRIBA!

-No hay nada qué hacer. No hay absolutamente nada que hacer... ¿Es que no se da cuenta?

-Arriba. O perderá todos sus privilegios.

-Mierda. Eso es como decir que perderás el condón cuando no hay nada que joder.

-De acuerdo, cabrón... yo, el doctor Blasingham, voy a contar... veamos... Uno... Dos...

Me levanté de un salto.

-El hombre es la víctima de un medio que se niega a comprender su alma.

-Tú perdiste el alma en el parvulario, Bukowski. Venga, lávate y prepárate para el desayuno...

Me dieron el trabajo de ordeñar las vacas, por último, y tenía que levantarme antes que nadie. Pero era agradable tirarles de las tetas a las vacas aquellas. Y me puse de acuerdo con Mary para encontrarnos junto al granero aquella mañana. Toda aquella paja. Sería bárbaro, bárbaro. Yo estaba tirándole de las tetas al bicho cuando asomó Mary por un lado.

-Venga vamos, pitón.

Ella me llamaba «pitón». No tengo idea .por qué. Quizás piense que soy Pulon, pensaba yo. Pero, ¿qué demonios saca un hombre de pensar? Sólo problemas. En fin, subimos al altillo del pajar, nos desvestimos; desnudos los dos como ovejas trasquiladas, tiritando; aquella paja limpia y dura clavándose en la carne como alfileres de hielo. Demonios, era lo que se lee en las novelas antiguas, dios mío, estábamos allí...

Entré. Era magnífico. Ya empezaba a engranar cuando pareció como si todo el ejército italiano hubiese irrumpido en el pajar:

-¡EH! ¡ALTO! ¡ALTO! ;SUELTA A ESA MUJER!

-¡DESMONTA INMEDIATAMENTE!

-¡SACA TU PIJO DE AHI!

Una pandilla de auxiliares, magníficos chicos todos, homosexuales la mayoría,

demonios, yo no tenía nada contra ellos, pero... Vaya: suben la escalerilla...

-¡ESTATE QUIETO, ANIMAL!

-¡SI TE CORRES TE CORTAMOS LOS HUEVOS!

Aceleré, pero era inútil. Eran cuatro. Me arrancaron de allí y me tiraron de espaldas.

-¡DIOS SANTO, MIRA ESE CHISME!

-¡PURPURA COMO UN IRIS Y LARGO COMO MEDIO BRAZO! ¡PALPITANTE, GIGANTESCO, FEO!

-¿DEBEMOS?

-Podríamos perder el trabajo.

-Pero quizás mereciera la pena.

En ese momento entró el doctor Blasingham. Eso lo resolvió todo.

-¿Qué pasa ahí arriba? -preguntó.

-Tenemos a este hombre bajo nuestro control, doctor.

-¿Y la mujer?

-¿La mujer?

-Sí, la mujer.

-Oh... ella está más loca que el diablo.

-De acuerdo, que se pongan la ropa y que vengan a mi despacho. Por separado. ¡Primero la mujer!

Me hicieron esperar allí fuera, a la puerta del despacho particular de Blasingham. Allí estuve sentado entre dos auxiliares en aquel duro banco, pasando de un ejemplar del Atlantic Monthly a otro del Reader's Digest. Una tortura. Como estar muriéndose de sed en el desierto y que te preguntes qué prefieres: chupar una esponja seca o que te metan nueve o diez granos de arena garganta abajo...

Supongo que Mary recibió una buena reprimenda del doctor. Luego, sacaron a Mary y me metieron a mí. Blasingham parecía tomarse muy en serio el asunto. Me dijo que llevaba varios días vigilándome con unos prismáticos. Que sospechaba de mí desde hacía semanas. Dos embarazos sin aclarar. Le dije que privar a un hombre de relaciones sexuales no era el medio más saludable de ayudarle a recobrar el juicio. El proclamó que la energía sexual podía transferirse columna vertebral arriba y reciclarse para otros usos más gratificantes. Le dije que creía que podía ser así, si fuese voluntario pero que siendo a la fuerza, a la columna vertebral podía muy bien no apetecerle transferir energía para otros usos más gratificantes. En fin, en resumen, perdí mis privilegios por dos semanas. Pero antes de diñarla, espero echar un polvo en aquella paja. ¡Fastidiarme un plan como aquél! Me deben uno, por lo menos.

Ojos como el cielo

hace algún tiempo vino a verme Dorothy Healey. yo tenía resaca y barba de cinco días. se me había olvidado esto hasta que la otra noche, tomando tranquilamente una cerveza, me acordé de su nombre. se lo mencioné al joven que estaba frente a mí, que había venido a verme.

-¿por qué vino a verte? -preguntó él.

-no sé.

-¿y qué dijo?

-no recuerdo lo que dijo. lo único que recuerdo es que llevaba un lindo vestido azul y que tenía los ojos de un maravilloso azul resplandeciente.

-¿no te acuerdas de lo que dijo?

-en absoluto.

-¿te la tiraste?

-claro que no. Dorothy tiene que vigilar mucho con quién se va a la cama. piensa en la mala publicidad si involuntariamente se acostase con un agente del FBI o con el dueño de una cadena de zapaterías. supongo que Jackie Kennedy debe seleccionar también cuidadosamente sus ligues.

-claro. la Imagen. no creo que ella se acostase nunca con Paul Krassner.

-me gustaría estar allí si lo hiciera.

-¿sujetando las toallas?

-sujetando las piezas -dijo él.

y los ojos de Dorothy Healey tenían aquel maravilloso azul resplandeciente...

los tebeos hace ya mucho que se han hecho serios, y desde entonces son en realidad más cómicos que nunca. las historietas dibujadas han sustituido en cierto modo a los antiguos seriales radiofónicos. ambas cosas tienen en común el que tienden a proyectar una realidad sería, muy seria, y en eso radica su humor: su realidad es tan claramente artilugio de plástico de saldo que no puedes por menos de reírte un poco si no tienes demasiados problemas digestivos.

en el último número de Los Angeles Times (cuando escribo esto) tenemos una historia hippie-beatnik y su desenlace. ha aparecido el rebelde universitario, barbudo y con jersey de cuello alto, escapándose con la reina de la universidad, una rubia de larga melena y figura perfecta (casi me corro mirándola). lo que el rebelde de la universidad defiende es algo de lo que nunca podemos estar del todo seguros, salvo en unos cuantos discursitos que dicen muy poco. de cualquier modo, no te aburriré con el argumento de la historia. termina con el gran papi malo, corbata y traje caro y cabeza calva y nariz aguileña, haciéndole al barbudo un sermoncito de su cosecha, y ofreciéndole luego un trabajo en bandeja, para que pueda así tener como es debido a su cachonda hija. el hippie-beatnik se niega al principio y desaparece de la página y el papi y la hija están haciendo el equipaje para abandonarle, para dejarle allí en su propio fango idealista, cuando, de improviso, vuelve. « ¡Joe!... ¿qué has hecho?» dice la cachonda hija. y Joe entra SONRIENDO Y AFEITADO: «pensé que debías verle bien la cara a tu marido, querida... ¡antes de que fuese demasiado tarde! » . luego se vuelve a papá: «también pensé, señor Stevens, que una barba sería más un inconveniente que una ayuda... ¡PARA UN AGENTE INMOBILIARIO! » . «¿significa esto que ha recuperado usted por fin EL JUICIO, joven» pregunta papá. «significa que quiero pagar el precio que usted pone a su hija, caballero» (¡ay, el sexo, ay el amor, ay la JODIENDA!) «pero», continúa nuestro ex hippie, «aún pienso combatir la INJUSTICIA... ¡donde quiera que la encuentre!». bien, eso es magnífico, porque nuestro ex hippie va a encontrar mucha injusticia en el negocio inmobiliario. luego, en un aparte, papá nos dice: «vaya sorpresa que te vas a llevar, amigo...

¡cuando descubras que nosotros los viejos retrógrados queremos también un mundo mejor! ¡sólo que no somos partidarios de QUEMAR la casa para librarnos de las termitas!».

pero, viejos retrógrados, piensa uno inevitablemente. ¿qué demonios estáis haciendo? luego pasas al otro lado de la página, a APARTAMENTO 3-G, y allí hay un profesor universitario que analiza con una chica muy rica y muy bella el amor que ella siente por un joven médico pobre e idealista. este médico ha incurrido en arrebatos temperamentales muy desagradables: tiró el mantel, los platos y las tazas en el club nocturno, tiró por el aire los emparedados de huevo, y, si no recuerdo mal, zurró a un par de amigos. le enfurece que su hermosa y rica dama no haga más que ofrecerle dinero, pero pese a tanta furia ha aceptado un fantástico automóvil nuevo, un consultorio lujosamente decorado en la zona residencial y otros artículos. ay, si este médico fuese el vendedor de periódicos de la esquina, o el cartero, no recibiría nada de esto, y me gustaría verle entrar en un club nocturno y tirar cena y vino y tazas de café y cucharas y demás al suelo y luego volver y sentarse y no disculparse siquiera. desde luego, no me gustaría nada que ESE médico me operase de mis hemorroides crónicas.

así que cuando lees las historietas ríes ríes ríes, y sabes que es ahí en parte, donde estamos.

pasó ayer a verme un profesor de una universidad. no se parecía a Dorothy Healey, pero su mujer, una poetisa peruana, estaba la mar de buena. el objeto era que estaba cansado de las mismas inútiles reuniones de supuesta NUEVA POESIA. la poesía sigue siendo aún, dentro de las artes, el mayor reducto de fatuos pretenciosos, con grupillos de poetas luchando por el poder. supongo que el mayor fraude que se inventó fue el viejo grupo de Black Mountain. y a Creeley aún le temen dentro y fuera de las universidades (le temen y le reverencian) más que a ningún otro poeta. luego tenemos a los académicos que, como Creeley, escriben muy cuidadosamente. en suma, la poesía generalmente aceptada hoy, tiene una especie de cristal por fuera, suave y deslizante, y dentro sólo hay una articulación embutida palabra a palabra en una suma o agregado, en general inhumano y metálico, una especie de perspectiva semisecreta. es una poesía para millonarios y hombres gordos con tiempo libre por lo que recibe respaldo y sobrevive, porque el secreto es que los que están en el ajo lo están de veras y al diablo el resto. pero es una poesía torpe, muy torpe, tan torpe que la torpeza se toma por significado oculto... el significado está oculto, no hay duda, tan bien oculto que no hay ningún significado. pero si TU no puedes encontrarlo, careces de alma, de sensibilidad, etc., así que es MEJOR QUE LO DESCUBRAS O NO ESTAS EN EL AJO. y si no lo descubres, NO MOLESTES.

entretanto, cada dos o tres años, alguien de la academia, deseando conservar su puesto en la estructura universitaria (y si piensas que Vietnam es un infierno deberías ver lo que pasa entre esos supuestos cerebros en sus combates, intrigas y luchas por el poder dentro de sus propias cárceles) saca la misma vieja colección de poesía vidriosa e insulsa y la etiqueta LA NUEVA POESIA o LA NOVISIMA, pero sigue siendo la misma baraja marcada.

bueno, este profesor era un jugador evidentemente, dijo que estaba harto del juego y que quería sacar a la luz algo fuerte, una creatividad nueva. tenía ideas propias, pero luego me preguntó quién creía yo que estaba escribiendo la nueva poesía ACTUAL, qué muchachos eran y qué material. no pude contestarle, francamente. al principio mencioné algunos nombres: Steve Richmond, Doug Blazek, Al Purdy, Brown Miller, Harold Norse, etc., pero luego me di cuenta de que a la mayoría los conocía personalmente, y si no personalmente, por correspondencia. me dio un escalofrío. si los etiquetaba como grupo, sería otra vez una especie de BLACK MOUNTAIN... otra nueva capilla. así empieza la muerte. una especie de muerte personal gloriosa, pero de todos modos una mierda.

así que, rechacemos a ésos; rechacemos a los chicos de la vieja poesía-vidriosa, ¿qué nos queda? una obra de mucho vigor, la obra vivida y colorista de los jóvenes que empiezan ahora a escribir y a publicar en pequeñas revistas que sacan adelante otros jóvenes llenos también de fuerza y ánimo. para éstos, el sexo es algo nuevo y la vida también bastante nueva

y también la guerra, y eso está muy bien, resulta refrescante. aún no están «atrapados». pero, por otra parte, escriben un buen verso y catorce malos. a veces, te hacen añorar hasta el cuidadoso chisporroteo y el catarro de un Creeley y suenan todos igual. y añoras a un Jeffers, un hombre sentado detrás de una roca, tallando la sangre de su corazón entre paredes. dicen que no hay que confiar en el que pase de los treinta, y porcentualmente es una buena fórmula: la mayoría de los hombres se han vendido ya por entonces. así que, en realidad, ¿COMO VOY A CONFIAR YO EN UN HOMBRE DE MENOS DE TREINTA? lo más probable es que se venda.

bueno, quizás sea cuestión de épocas. tal como está la poesía (y esto incluye a un tal Charles Bukowski), sencillamente, en esta época, sencillamente no TENEMOS arietes, faltan los innovadores audaces, los hombres, los dioses, los grandes muchachos, que podrían levantarnos de la cama de un golpe o mantenernos en movimiento en el infernal pozo oscuro de fábricas y calles. los T. S. Eliot han desaparecido. Auden se ha parado; Pound está esperando la muerte; Jeffers dejó un hueco que jamás llenará ningún Love-In del Gran Cañón; hasta el viejo Frost tenía cierta grandeza de espíritu; Cummings no nos deja dormirnos; Spender, «este hombre es vida agonizando» ha dejado de escribir; a D. Thomas le mató el whisky norteamericano, la admiración norteamericana y la mujer norteamericana; hasta Sandburg, hace ya mucho tiempo escaso de talento, que entra en las aulas norteamericanas con su pelo blanco mal cortado, su mala guitarra y sus ojos vacíos, hasta Sandburg ha recibido la patada en el culo de la muerte.

admitámoslo: los gigantes han muerto y no han aparecido gigantes que los sustituyan. quizás sean los tiempos. quizás ahora les toque a Vietnam, a Africa, a los árabes. quizás la gente quiera más de lo que dicen los poetas. quizás la gente acabe siendo el último poeta... ojalá. Dios lo sabe, a mí no me gustan los poetas. no me gusta sentarme con ellos en la misma habitación. pero es difícil dar con lo que a uno le gusta. las calles parecen huecas. el hombre que me llena el depósito en la gasolinera de la esquina parece la más nefanda y odiosa de las bestias. y cuando veo fotos de mi presidente, o le oigo hablar, me parece una especie de gran payaso seboso, una criatura torpe y repugnante a la que se ha otorgado decisión sobre mi vida, mis posibilidades, y las de todos los demás. y yo no lo entiendo. y lo que pasa con nuestro presidente pasa con nuestra poesía. es casi como si le hubiésemos formado con nuestra falta de espíritu, y en consecuencia lo mereciéramos. Johnson está perfectamente a cubierto de las balas de un asesino, no por el aumento de las medidas de seguridad, sino porque produce poco placer o ninguno matar a un hombre muerto.

lo que vuelve a llevarnos al profesor y a su pregunta: ¿a quién incluir en un libro de poesía verdaderamente nueva? yo diría que a nadie. que es mejor olvidarse de tal libro. es casi imposible. si quieres leer un material decente, humano y fuerte, sin falsedades ni fingimientos, yo diría Al Purdy, el canadiense. pero, ¿qué es en realidad un canadiense? sólo alguien subido en la rama de un árbol, apenas allí, gritando hermosas canciones de fuego desde dentro de su vino casero. el tiempo, si lo tenemos, nos lo dirá, nos hablará de él.

así que, profesor, lo siento, pero no puedo ayudarle. quizás sea culpa de alguna rosa de mi ojal (¿ROSA TIERRA?) el que nos hayamos perdido, y eso incluye a los Creeley, a ti, a mí, a Johnson, a Dorothy Healey, a C. Clay, a Powell, al último disparo de Hem, a la gran tristeza de mi hija pequeña que corre por el piso hacia mí. todos sentimos cada vez más esta maldita pérdida de espíritu y de dirección. e intentamos avanzar más y más hacia algún mesías antes de la Catástrofe, pero ningún Ghandi, ningún PRIMER Castro se ha adelantado. sólo Dorothy Healey la de ojos como el cielo. y es una sucia comunista.

así que, veamos. Lowell rechazó la invitación de Johnson a una especie de fiesta al aire libre. esto estuvo bien. esto fue un principio. pero, por desgracia, Robert Lowell escribe bien. demasiado bien. está atrapado entre una especie de poesía tipo vidrio y una dura realidad, y no sabe qué hacer: por tanto, mezcla ambas y muere de ambos modos. a Lowell le gustaría muchísimo ser un ser humano. pero le castran sus propias concepciones poéticas. Ginsberg,

mientras da gigantescos y extrovertidos saltos mortales ante nuestra vista, comprende el vacío e intenta llenarlo. al menos sabe lo que está mal... pero carece sencillamente de la capacidad artística necesaria para llenar ese vacío. así que, profesor, gracias por la visita. a mi puerta llama mucha gente extraña. demasiados extraños. no sé qué será de nosotros. necesitamos muchísima suerte. y últimamente la mía ha sido muy mala. y el sol está acercándose. y, la Vida, tan fea como parece, quizá merezca vivirse tres o cuatro días más. ¿crees que lo conseguiremos?

Notas sobre la peste

Peste, s. (del latín pestis, plaga, peste; de donde pestilente, pestífero; la misma raíz que perdo, destruir [PERDICION].) Una plaga, pestilencia o enfermedad epidémica y mortífera; toda cosa nociva, maligna o destructiva; persona destructiva y maligna.

la peste es, en cierto modo, un ser muy superior a nosotros: sabe dónde encontrarnos y cómo... normalmente en el baño o en plena relación sexual, o dormidos. Hace muy bien también lo de cazarte en el cagadero a media cagada. si ella está a la puerta, puedes gritar: « ¡por Dios, espera un momento, no fastidies, ahora mismo salgo!». pero el sonido de una dolorida voz humana no hace más que alentar a la peste: su llamada, su campanilleo, se hace más animado. la peste suele llamar y campanillear. has de dejarla entrar. y cuando se va (al fin), estás enfermo una semana. la peste no sólo te mea el alma... hace también magníficamente lo de dejarte su agua amarillenta en la tapa del water. deja apenas lo suficiente para que se vea; no sabes que está allí hasta que te sientas y es demasiado tarde.

a diferencia de ti, la peste tiene tiempo de sobra para fastidiarte. y todas sus ideas son contrarias a las tuyas, pero ella nunca lo sabe porque habla constantemente y aun cuando aproveches una oportunidad para discrepar, la peste no oye. la peste jamás ove tu voz, en realidad. sólo es para ella una vaga zona de ruptura, después prosigue su diálogo. y mientras la peste prosigue, te preguntas cómo es que siempre consigue meter sus sucios morros en tu alma. la peste tiene también muy clara conciencia de tus horas de sueño y te telefoneará una y otra vez cuando duermes y su primera pregunta será: «¿te desperté?» _. o irá a tu casa y estarán todas las persianas echadas, pero ella llamará y llamará salvaje, orgiásticamente. si no contestas, gritará: «¡sé que estás ahí! ¡he visto el coche fuera!».

esos destructores, aunque no tienen la menor idea de tu forma de pensar, perciben que les detestas, pero por otra parte esto no hace más que estimularles. comprenden también que eres un determinado tipo de persona: es decir, ante la disyuntiva de herir o ser herido, aceptarás lo último, y las pestes corren detrás de los mejores filetes de humanidad. saben dónde está la buena carne.

la peste siempre desborda vulgares y secas chorradas que considera sabiduría propia. algunas de sus observaciones favoritas son:

-no es cierto eso de TODOS malos. dices que todos los policías son malos. pues bien, no lo son. he conocido algunos buenos. existe el policía bueno.

no te concede posibilidad de explicarle que cuando un hombre se pone ese uniforme, es el protector pagado de las cosas del tiempo presente. está aquí para procurar que las cosas sigan como están. si te gusta como están las cosas, entonces todos los polis son polis buenos. si no te gusta cómo están las cosas, entonces todos los polis son malos. sí existe lo de TODOS malos. pero la peste está impregnada de estas hueras filosofías caseras y no las abandonará. la peste, incapaz de pensar, se aferra a la gente... hosca y definitivamente y para siempre.

no estamos informados de lo que pasa, no tenemos las soluciones auténticas. hemos de confiar en nuestros gobernantes.

ésta es tan jodidamente estúpida que no quiero ni comentarla. en realidad, bien pensado, no enumeraré más comentarios de la peste porque empiezo ya a ponerme malo.

en fin. pues bien, esta peste no necesita ser una persona que te conozca por el nombre o la dirección. la peste está en todas partes, siempre, dispuesta a lanzar su apestoso y envenenado rayo mortífero sobre ti. recuerdo una época concreta en la que tuve suerte con los caballos. estaba en Del Mar con coche nuevo. todas las noches después de las carreras elegía un motel nuevo, y después de una ducha y de cambiar de ropa, me metía en el coche y recorría la costa y buscaba un sitio bueno para comer. por un sitio bueno quiero decir un

lugar en el que haya poca gente y den buena comida. parece una contradicción. quiero decir, si la comida es buena, habrá mucha gente. pero como muchas aparentes verdades, ésta no lo es necesariamente, a veces la gente va en manadas a sitios donde dan absoluta basura. así que todas las noches hacía el peregrinaje buscando un sitio en que diesen bien de comer y que no estuviese lleno de chiflados. me llevaba tiempo. una noche tardé hora y media en localizar un sitio. aparqué el coche y entré. pedí una tajada de carne a la neoyorquina, patatas fritas, etc., y allí me quedé sentado tomando café y esperando que llegara mi comida. el comedor estaba vacío; la noche era maravillosa. luego, justo cuando llegó mi filete a la neoyorquina, se abrió la puerta y allá entró la peste. por supuesto, te lo suponías. había treinta y dos taburetes allí, pero TUVO QUE coger el que estaba a mi lado y empezar a charlar con la camarera mientras comía su donut. era un auténtico imbécil. el diálogo rasgaba las tripas. apestosas y necias memeces, el hedor de su alma bailoteaba en el aire destrozándolo todo. me metía justo suficiente codo en la bandeja. la peste hace muy bien lo de meter justo suficiente codo en la bandeja. tragué el filete Nueva York y luego salí y me emborraché tanto que perdí las tres primeras carreras del día siguiente.

la peste está en todo lugar en que trabajes, en todos los sitios en los que estás empleado. yo soy carne de peste. una vez trabajé en un sitio en que había uno que llevaba quince años sin hablar con nadie. cuando yo llevaba dos días allí, me soltó un rollo de más de media hora. estaba completamente loco. una frase era sobre un tema y la otra sobre otro sin relación alguna. lo que me parece muy bien, si no fuera que lo que decía era material rancio muerto soso y apestoso. le conservaban en su puesto porque era un buen obrero. «un buen trabajo por un buen jornal». hay por lo menos un loco en cada lugar de trabajo, una peste, y siempre me eligen a mí. «les gustas a todos los locos», es una frase que he oído en trabajo tras trabajo. no es alentadora. quizás las cosas mejoraran si todos comprendiéramos que quizás hayamos sido pestes para alguien una u otra vez, aunque no lo supiéramos. mierda, que horrible pensamiento, pero es muy probable que sea cierto y quizás nos ayude a soportar la peste. no hay, en realidad, un tipo cien por cien. todos poseemos locuras y taras diversas de las que nosotros no somos conscientes pero sí todos los demás. ¿cómo íbamos a quedarnos si no quietos en el corral? sin embargo, debemos admirar al hombre que toma medidas contra la peste. frente a la acción directa, la peste tiembla y pronto se aferra a otro sitio. conozco a un hombre, una especie de poeta-intelectual, del tipo animoso y lleno de vida, que tiene un gran letrero colgado en la puerta de casa. no lo recuerdo exactamente pero más o menos dice así (y lo dice en una maravillosa letra de molde):

a quien pueda interesar: telefonéame, por favor, para concertar una cita cuando quieras verme. no contestaré llamadas que no espere. necesito tiempo para mi trabafo. no permitiré que asesines mi trabafo. comprende, por favor, que lo que me mantiene vivo me hará más agradable contigo y para ti cuando por fin nos veamos en condiciones de tranquilidad y calma.

admiré aquel letrero. no lo consideré algo presuntuoso o una sobrevaloración egoísta. era un buen hombre en el buen sentido y tenía el valor y carácter necesarios para afirmar sus derechos naturales. vi el cartel por primera vez por casualidad, y después de mirarlo y de oírle a él dentro, volví a mi coche y me largué. el principio de la comprensión es el principio de todo y hora es de que algunos de nosotros empecemos. por ejemplo, nada tengo contra los love-ins[2] siempre que NO SE ME OBLIGUE A ASISTIR. ni siquiera estoy contra el amor, pero hablábamos de la peste, ¿no es cierto?

[2] Reunión de gente con el propósito de amar o tomar drogas o contar y comer, o todo ello, con actitud fraternal y solidaria. (N. de los Ts.)

incluso yo, que soy carne de peste selecta, incluso yo me enfrenté una vez a una peste. andaba, por entonces, trabajando doce horas de noche, Dios me perdone y Dios perdone a Dios, pero, aun así, aquella apestosísima peste no podía evitar telefonearme todas las mañanas hacia las nueve. me acostaba sobre las siete y media y, tras un par de botellas de cerveza, solía arreglármelas para dormir un poco. lo tenía todo minuciosamente cronometrado. y él me hacía siempre la misma vieja y vulgar jugada. sólo quería saber que me había despertado y oír mi voz destemplada contestarle. él tosía, maullaba, carraspeaba, escupía. «escucha», le dije por fin, «¿por qué demonios me despiertas siempre a las nueve? sabes que trabajo toda la noche. ¡tengo un turno de doce horas! ¿por qué diablos insistes en despertarme a las nueve? »

-creí -dijo- que pensabas ir a las carreras. quería cogerte antes de que salieras para el hipódromo.

-escucha -dije-, la primera apuesta es a la una y cuarenta y cinco, además ¿cómo diablos piensas que voy a apostar en las carreras trabajando doce horas de noche? ¿cómo demonios crees que puedo trabajar tanto? tengo que dormir, cagar, bañarme, comer, joder, comprar cordones nuevos para los zapatos. toda esa mierda. ¿es que no tienes sentido de la realidad? ¿no te das cuenta de que cuando llego del trabajo me han estrujado totalmente? ¿no te das cuenta de que no queda nada? no podría llegar siquiera al hipódromo. no tengo fuerzas ni para rascarme el culo. ¿por qué diablos sigues telefoneándome a las nueve todas las mañanas?

su voz tembló de emoción como se dice...

-quería cogerte antes de que te fueras al hipódromo.

era inútil. colgué el aparato. luego, cogí una caja grande de cartón. y cogí el teléfono y lo metí en el fondo de aquella caja grande de cartón. y rellené la maldita caja sólidamente con trapos. lo hacía todas las mañanas cuando llegaba y sacaba el teléfono cuando me despertaba. así maté a la peste. vino a verme un día.

-¿cómo es que ya no contestas al teléfono? -me preguntó. -meto el teléfono en una caja de trapos cuando llego a casa. -¿pero no te das cuenta de que al meter el teléfono en una caja de trapos, simbólicamente estás metiéndome a mí en una caja de trapos?

le miré y dije, muy lenta y calmosamente:

-sí me doy cuenta.

nuestra relación nunca volvió a ser igual a partir de entonces. un amigo mío, un hombre mayor que yo, pero lleno de vida y no artista (gracias a Dios) me dijo: «McClintock me telefonea tres veces al día. ¿aún te llama a ti?

-no, ya no.

todos se ríen de los McClintocks, pero los McClintocks no se dan cuenta nunca de que son los McClintocks. es muy fácil distinguir a un McClintock: llevan todos una libretita de tapas negras llena de números de teléfono. si tienes teléfono, cuidado. la peste se apoderará de tu teléfono, asegurándote primero que no es conferencia (lo es) y luego empezará a descargar su interminable y venenosa perorata en el oído del desdichado oyente, esos tipos peste-McClintock son capaces de hablar horas, y aunque intentes no escuchar es imposible no hacerlo y sientes una especie de melancólica simpatía por el pobre individuo que está al otro agónico extremo del hilo.

quizás algún día se construya, reconstruya, el mundo, de modo que la peste, en virtud de la generosidad de sistemas claros y vida decente no sea ya la peste. existe la teoría de que crean la peste cosas que no deberían existir. mal gobierno, atmósfera viciada, relaciones sexuales jodidas, una madre con un brazo de madera, etc. nunca sabremos si llegará o no la sociedad utópica. pero de momento aún tenemos esas áreas jodidas de humanidad con las que hay que tratar: las hordas del hambre, los negros los blancos y los rojos, las bombas que duermen, los love-ins, los hippies, los no tan hippies, Johnson, las cucarachas de Albuquerque, la mala cerveza, la blenorragia, los editoriales apestosos, esto y lo otro y lo de

Librodot

más allá, y la Peste. la peste aún está aquí. yo vivo hoy, no mañana. mi utopía significa menos peste AHORA. y estoy seguro de que me gustaría oír tu historia. estoy seguro de que cada uno de nosotros soporta uno o dos McClintocks. puede que me hicieses reír con tus historias sobre el McClintockpeste. ¡ ¡ ¡ ¡Dios, lo queme recuerda! ! ! ! ¡QUE NUNCA HE OIDO REIRSE A UN MCCLINTOCK!

piénsalo.

piensa en todas las pestes que hayas conocido y pregúntate si se han reído alguna vez. ¿se han reído?

Dios mío ,y ahora que lo pienso, no es que yo me ría gran cosa. no puedo reírme más que cuando estoy solo. ¿habré estado escribiendo sobre mí mismo? una peste apestada por pestes. piénsalo. toda una colonia de pestes retorciéndose y clavando colmillo y 69-ando. ¿¿69-ando?? encendamos un chester y olvidemos el asunto. hasta mañana. mañana te veo. metido en una caja de trapos y lindas tetitas de cobra.

hola. ¿no te desperté, verdad? no creo.

Un mal viaje

¿nunca habéis pensado que el LSD y la televisión en color llegaron para nuestro consumo más o menos al mismo tiempo? nos llega toda esta pulsación explorativa de color y ¿qué hacemos? prohibimos una cosa y jodemos la otra. la televisión, desde luego, es inútil en las manos actuales; creo que no hay mucho que discutir al repecto. y leí que en un registro reciente se declaraba que un agente había recibido una rociada de ácido en la cara, arrojada por un supuesto fabricante de droga. alucinógena. esto es también un derroche. hay ciertas razones esenciales para prohibir el LSD, el DMT, el STP. puede hacer que un hombre pierda permanentemente el juicio. claro que lo mismo podría aplicarse a la recolección de remolacha, o al trabajo en cadena apretando tornillos en una fábrica de coches o a lavar platos o a enseñar primer curso de inglés en una de las universidades locales. si prohibiésemos todo lo que vuelve locos a los hombres, toda la estructura social se derrumbaría: el matrimonio, la guerra, las líneas de autobuses, los mataderos, la apicultura, la cirugía, todo lo que se te ocurra. cualquier cosa puede volver loco a un hombre, porque la sociedad se asienta en bases falsas. hasta que no lo derribemos todo y lo reconstruyamos, los manicomios seguirán descuidados. y los recortes que hace nuestro buen gobierno a los presupuestos de los manicomios los tomo como una sugerencia implícita de que a los enloquecidos por la sociedad no debe mantenerlos y curarlos esa sociedad misma, en este período de inflación y locura fiscal generalizadas. ese dinero sería mejor para hacer carreteras, o para rociarlo con mucha medida sobre los negros, y que no quemen y arrasen nuestras ciudades. y tengo una idea espléndida: ¿por qué no asesinar a los locos? piensa en el dinero que nos ahorraríamos. incluso un loco come demasiado y necesita un sitio para dormir, y los cabrones son tan repugnantes... chillan y embadurnan de mierda las paredes, y demás. bastaría con un pequeño cuadro médico que tome las decisiones y un par de enfermeras o enfermeros que tengan buena pinta y que mantengan a un nivel satisfactorio las actividades sexuales extralaborales de los psiquiatras.

en fin, volvamos, más o menos, al LSD. lo mismo que es cierto que cuanto menos recibes más arriesgas (pensemos en la recolección de remolacha) también es cierto que cuanto más recibes más arriesgas. cualquier complejidad exploratoria, pintar, escribir poesía, asaltar bancos, ser dictador, etc., te lleva a ese punto en que peligro y milagro son casi como hermanos siameses. raras veces conectas, pero mientras estás en movimiento, la vida es sumamente interesante. es bastante agradable acostarse con la mujer de otro, pero tú sabes que algún día te van a coger con el cula al aire. esto únicamente hace más placentero el acto. nuestros pecados se manufacturan en el cielo para crear nuestro propio infierno, cosa que evidentemente necesitamos. sé lo bastante bueno en cualquier cosa y te crearás tus propios enemigos. los campeones reciben abucheos. la multitud está deseando verles hundidos para arrastrarles a su propio cuenco de mierda. son pocos los idiotas que resultan asesinados; un ganador puede ser liquidado, con un rifle comprado por correo (eso dice la historia) o con su propio rifle en una ciudad pequeña como Ketchum. o como Adolfo y su puta cuando Berlín se desternilla en la última página de su historia.

el LSD puede machacarte también porque no es terreno adecuado para empleados leales. concedido, el mal ácido, como las malas putas, te puede liquidar. la ginebra casera, el licor de contrabando, también tuvo su día. la ley crea su propia enfermedad en mercados negros ponzoñosos. pero, en el fondo, la mayoría de los malos viajes se deben a que el individuo ha sido moldeado y envenenado previamente por la sociedad misma. si un hombre está preocupado por el alquiler, los plazos del coche, los horarios, una educación universitaria para su hijo, una cena de. doce dólares para su novia, la opinión del vecino, levantarse por la bandera o qué va a pasarle a Brenda Starr, una píldora de LSD probablemente le vuelva loco,

porque, en cierto modo ya lo está y sólo soporta las mareas sociales por las rejas externas y los sordos martillos que le hacen insensible a cualquier pensamiento individualista. un viaje exige un hombre que aún no esté enjaulado, un hombre aún no jodido por el gran Miedo que hace funcionar toda la sociedad. por desgracia, la mayoría de los hombres sobrestiman su mérito y su dignidad como individuos esenciales y libres, y el error de la generación hippie es no confiar en nadie de más de 30. 30 no significa nada. la mayoría de los seres humanos quedan capturados y moldeados, por completo, a la edad de siete u ocho años. muchos de los jóvenes PARECEN libres pero esto no es más que una cuestión química del organismo y la energía y no algo real del espíritu. he encontrado hombres libres en los sitios más extraños y de TODAS las edades. (conserjes, ladrones de coches, lavacoches, y también algunas mujeres libres, la mayoría enfermeras o camareras, y de TODAS las edades). el alma libre es rara, pero la identificas cuando la ves: básicamente porque te sientes a gusto, muy a gusto, cuando estás con ellas o cerca de ellas.

un viaje de LSD te muestra cosas que no abarcan las reglas. te muestra cosas que no vienen en los libros de texto, y cosas por las que no puedes reclamar a los concejales del ayuntamiento. la yerba sólo hace más soportable la sociedad presente. el LSD es otra sociedad en sí mismo. si tienes tendencia social, puede que etiquetes el LSD como «droga alucinógena», lo cual es fácil medio de eliminar y olvidar el asunto. pero lo de alucinación, la definición de ella, depende del polo desde el que operes. todo lo que te está sucediendo en el momento en que lo está, constituye la realidad misma: ya sea una película, un sueño, una relación sexual, un asesinato, que te maten a ti o el tomarse un helado. las mentiras se imponen más tarde; lo que pasa, pasa. alucinación es sólo una palabra del diccionario y un zanco social.

cuando un hombre está muriendo, para él es muy real. para los demás, no es más que mala suerte o algo que hay que esquivar. la funeraria se cuida de todo. cuando el mundo empiece a admitir que TODAS las partes ajustan en el todo, entonces empezaremos a tener una oportunidad. todo lo que ve un hombre es real. no lo puso allí una fuerza externa, estaba allí antes de que naciera él. no le acuséis de que lo vea ahora, no le reprochéis volverse loco porque la educación y las fuerzas espirituales de la sociedad no fueron lo bastante sabias para decirle que la exploración nunca termina. no le digáis que debemos ser todos mierdecitas encajonadas en nuestro abecé y nada más. no es el LSD la causa del mal viaje: fue tu madre, tu presidente, la chiquita de la puerta de al lado, el heladero de las manos sucias, un curso de, álgebra o de español obligatorios, fue el hedor de una cagada de 1926, fue un hombre de nariz demasiado larga cuando te dijeron que las narices largas eran feas; fue un laxante, fue la brigada Abraham Lincoln, fueron los caramelos y las galletas, fue la cara de F. Delano Roosevelt, fueron las gotas de limón, fue el trabajar diez años en una fábrica y que te echaran por llegar un día cinco minutos tarde, fue aquel viejo idiota que te enseñó historia en sexto curso, fue aquel perro tuyo atropellado y el que nadie supiera trazarte el mapa luego, fue una lista de treinta páginas de largo y seis kilómetros de anchura.

¿un mal viaje? todo este país, todo este mundo, es un mal viaje, amigo. pero te meterán en la cárcel por tomarte una píldora.

yo aún sigo con cerveza porque, en realidad, tengo ya cuarenta y siete años y ando muy enganchado. sería tonto del todo si me creyera libre de todas sus redes. creo que Jeffers lo expresó muy bien cuando dijo, más o menos, cuidado con las trampas, amigo, hay muchísimas, dicen que hasta Dios quedó atrapado en una cuando bajó a la tierra. por supuesto, ahora algunos no estamos tan seguros de que fuese dios, pero fuese quien fuese tenía trucos muy buenos, pero da la sensación de que habló demasiado. cualquiera puede hablar demasiado. hasta Leary. o yo.

ahora es un sábado frío. se hunde el sol. ¿qué hacer en el ocaso? si yo fuese Liza, me peinaría el pelo, pero no soy Liza. en fin, cojí este National Geograpbic viejo y las páginas brillan como si algo realmente estuviese pasando. no es así, por supuesto. a mi alrededor, en

este edificio, hay borrachos. toda una colmena de borrachos de principio a fin. pasan las mujeres caminando ante mi ventana. emito, silbo, una palabra más bien cansada y suave como «mierda» y, luego, arranco esta cuartilla de la máquina. es vuestra.

Librodot

Un hombre celebre

dos veces he tenido la gripe la gripe la gripe. y la puerta sigue sonando, y cada vez hay más gente, y cada persona o personas creen tener algo especial que ofrecerme, y ring ring ring la puerta, y siempre lo mismo, digo -¡UN MOMENTO! ¡UN MOMENTO! y me enfundo unos pantalones y les dejo pasar. pero estoy muy cansado, nunca puedo dormir lo suficiente, hace tres &as que no cago, exactamente, de veras, estoy volviéndome loco, y toda esta gente tiene una energía especial, tienen todos buen aspecto, yo soy un solitario pero no un cascarrabias, pero es siempre siempre... algo. pienso en el viejo proverbio alemán de mi madre, que dice más o menos: «emmr etvas!», que significa: siempre algo. lo cual el hombre nunca entiende del todo hasta que empieza a enloquecer. no es que la edad sea una -ventaja, pero trae a colación la misma escena una y otra vez como un manicomio de película. es un tipo duro de sucios pantalones, recién salido de la carretera, que cree profundamente en su obra, y no es mal escritor, pero me fastidia su seguridad en sí mismo y a él le fastidia el hecho de que no nos besemos y nos abracemos y nos toquemos el culo en medio de la habitación. está representando, es un actor, tiene que serlo. ha vivido más vidas que diez hombres. pero su energía, bella en cierto modo, acaba cansándome. me importa „n niio el panorama poético o que telefonease a Norman Mailer o conozca a Jimmy Baldwin, y el resto. y todo el restante resto. y veo que no me entiende del todo porque no excito del todo sus preponderancias. pero vale, de todos modos me agrada. se merece novecientos noventa y nueve de mil. pero ay mi alma alemana no descansará hasta alcanzar el mil. estoy muy tranquilo y escucho, pero por debajo hay un hervor inmenso de locura que hay que cuidar en último término o acabaré pegándome un tiro, algún día, en una habitación de ocho dólares por semana, en Avenida Vermont. sí, no hay duda, mierda, sí.

en fin, él habla y es agradable. me río.

-quince de los grandes. conseguí aquellos quince grandes. se muere mi tío. entonces ella quiere casarse. yo estoy gordo como un cerdo. ha estado alimentándome bien. ella gana trescientos semanales en la oficina del consejero general, una cosa muy buena, y de pronto se empeña en casarse, en dejar el trabajo. nos vamos a España. muy bien, yo estoy escribiendo una obra de teatro, se me ocurrió esa gran idea para un obra de teatro, la tengo perfilada, así que bien, bebo, me jodo a todas las putas, y luego, el tipo de Londres quiere ver mi obra, quiere representar mi obra, vale, así que me voy a Londres y, cojones, a la vuelta descubro que mi mujer ha estado jodiendo con el alcalde del pueblo y con mi mejor amigo. y la agarro y le digo: MALA PUTA, JODER CON MI MEJOR AMIGO Y CON EL ALCALDE. DEBIA MATARTE AHORA MISMO Y ASI SOLO ME ECHARIAN CINCO AÑOS, PORQUE ERES UNA ¡ADULTERA!

pasea por la habitación, arriba y abajo.

-y qué pasó entonces -pregunto.

-ella dijo: « ¡adelante, apuñálame, mamón».

-vaya par de huevos -le dije.

-sí -dijo él-. yo tenía aquel cuchillo grande en la mano y lo tiré al suelo. tenía demasiada clase, más que yo. demasiada clase media alta.

muy bien. en fin, hijos de Dios todos: se fue.

volví a la cama. estaba sencillamente muriéndome. no le interesaba á nadie, ni siquiera a mí. otra vez los escalofríos. daba igual que me echara encima mantas. seguía teniendo frío. Y luego este pensamiento: todas las aventuras mentales de los seres humanos parecían falsas, parecían mierda, era como si nada más nacer te hubiesen metido en el caldero de los falsarios y si no entendías la falsedad o no jugabas del lado del falsario, estabas liquidado, del todo. los falsarios lo tenían todo bien cosido, lo tenían cosido desde siglos atrás, no podías reventar las

costuras. él no quería romperlas tampoco, no quería conquistar, él sabía que Shakespeare escribía mal, que Creeley tenía miedo. daba igual. lo único que quería él era estar solo en un cuartito. solo.

le había dicho una vez a un amigo que en tiempos pensó que le entendía, le había dicho una vez a su amigo: «nunca me sentí solo».

y dijo su amigo: «eres un mentiroso de mierda». así pues, volvió a la cama, enfermo, estuvo allí una hora, volvió a sonar el timbre. decidió ignorarlo. pero los timbrazos y el aporreo cobraron tal violencia que pensó que podría ser algo importante.

era un chaval judío. muy buen poeta. pero, ¡joder! -¿Hank?

-¿sí?

cruzó la puerta, el joven, lleno de energía, convencido del fraude-poético, de toda esa mierda: si un hombre es un buen ser humano y un buen buenísimo poeta, será recompensado en algún sitio de este lado de este lado del infierno. el chaval simplemente no sabía. la gran beca ya estaba dispuesta para los ya bastante cómodos y gordos para chupar y acechar y enseñar primer curso o segundo de inglés en las míseras universidades del mundo. todo estaba dispuesto para el fracaso. el alma jamás vencerá la mentira. sólo un siglo después de la muerte, y entonces utilizarán esa alma como fraude para defraudarte fraudulentamente. todo fallaba.

entró. el joven y rabínico estudiante. -joder, que horror -dijo.

-¿el qué? -pregunté.

-el viaje al aeropuerto. -s sí?

-Ginsberg se rompió las costillas en el coche. a Ferlinghetti, el más gilipollas de todos, no le pasó nada. se va a Europa, a dar esas lecturas de cinco a siete dólares la noche, y no se hizo ni un rasguño. yo vi una noche a Ferlinghetti en escena e intentó hacer callar a un tipo tan mal, con unos trucos que daba pena. le silbaron, al final, le calaron. Hirschman suelta también mucha mierda de ésa.

-a Hirschman le tiene enganchado Artaud, no lo olvides. cree que el que no hace locuras no es un genio. hay que darle tiempo. quién sabe.

-oye -dice el chaval-, me diste treinta y cinco dólares por pasarte a máquina tu próximo libro de poemas. pero son demasiados. ¡JESUS! ¡no creí que fuesen TANTOS!

-yo creía que había dejado de escribir poesía.

y cuando un judío menciona a jesús, es seguro que está en un lío. así que me dio tres dólares y yo le di diez, y entonces los dos nos sentimos mejor. se comió también media rebanada de mi pan francés y un pepinillo en vinagre. luego se fue.

volví al saco y me dispuse a morir y, en realidad, sean buenos o malos chicos, escriban o no sus versos, flexionen o no sus musculillos poéticos, cansa ya, tantos, tantos intentando triunfar, tantos odiándose entre sí, y algunos de los que están arriba, claro, no merecen estar allí, pero muchos de los que están arriba merecen estar allí, pero la cuestión es demoler, destrozar, arriba y abajo, «conocí a Jimmy en una fiesta...» .

bueno, me trago esa mierda. estamos en que él se volvió a acostar. y vio cómo las arañas tragaban las paredes. aquello era lo suyo, desde siempre. no podía soportar a la gente, a los poetas, a los no poetas, a los héroes, a los no héroes... no podía soportar a ninguno de ellos. estaba condenado. su único problema en la condena era aceptar su condena lo más agradablemente posible. él, yo, nosotros, vosotros...

volvió a la cama, pues, temblando, frío. muerte como lomo de pez, agua blanquecina de balbuceo. todo el mundo muere. de acuerdo, pero yo y otra persona no. magnífico. hay diversas fórmulas. diversos filósofos. qué cansado estoy.

muy bien. la gripe la gripe, muerte natural de rústica frustración y descuido, aquí estamos, al fin, tumbados solos en la cama, sudando, contemplando la cruz, volviéndome loco a mi propio modo personal, al menos tenía eso, en otros tiempos, cuando nadie me molestaba, ahora hay siempre alguien llamando a la puerta, y no gano ni quinientos dólares al

año escribiendo y siguen llamando a mi puerta. quieren VERME. él; yo, se acostó de nuevo, enfermo, sudando, muriendo, muriendo realmente, que me dejen solo, por favor, me importa un carajo ser un genio o un imbécil, que me dejen dormir, que me dejen por lo menos un día, sólo ocho horas, el resto para ellos, y entonces suena el timbre otra vez. podía ser Ezra Pound con Ginsberg intentando chupársela... y él dijo: -un momento, un momento que me vista. y todas las luces estaban encendidas, fuera. como neón. o cosquilleantes pelos de prostituta. el tipo era profesor de inglés de no sé dónde. -¿Buk? -sí. es que estoy malo, de gripe. muy contagiosa. -¿querrás un árbol este año? -no sé. estoy hecho polvo. la chica está en la ciudad. y yo me encuentro muy mal, es contagioso. da un paso atrás y me ofrece un paquete de seis botellas de cerveza y luego abre su último libro de poesía, me lo dedica, se va, sé que el pobre diablo no sabe escribir, nunca sabrá, pero está enganchado en unos cuantos versos que escribió una vez en algún sitio y que jamás repetirá. y no hay competencia en ello. en el gran arte no hay competencia, nunca. el gran arte puede ser gobierno o niños o pintores o chupapollas, o cualquier cosa, cualquiera. dije adiós al tipo y a su paquete de cervezas y luego abrí su libro: «... pasó el año académico de 1966-67 con una beca Guggenheim estudiando e investigando en.. . »tiró el libro a un rincón, sabiendo que no sería bueno. todas las ayudas iban a los ya sobrados de ellas que tenían el tiempo necesario y sabían muy bien dónde conseguir un impreso para solicitar las jodidas becas. él nunca había visto una. no las ves si andas al volante de un taxi o de mozo de hotel en Albuquerque, joder. volvió a dormir. sonó el teléfono. seguían llamando a la puerta. así estaban las cosas. dejó de preocuparse. entre tantos sonidos y visiones, dejó de preocuparse. llevaba tres días o tres noches sin dormir, no tenía qué cenar, y todo ya parecía en calma. lo más próximo a la muerte que se pueda estar sin ser tonto. y siendo casi tonto. era magnífico. pronto se largarían. y en el Cristo de su pared alquilada, se hicieron fisurillas y él sonrió cuando aquel yeso de dos siglos cayó en su boca, lo aspiró y se murió de asfixia.

Caballo florido

me pasé la noche sin dormir, con John el Barbas. hablamos de Creeley, él a favor, yo en contra, y yo estaba borracho cuando llegué y llevaba cerveza conmigo. hablamos de muchas cosas, de mí, de él, simple conversación general, y pasó la noche. hacia las seis, me metí en el coche, arrancó y bajé de las colinas hasta Sunset. conseguí entrar en casa, busqué otra cerveza, la bebí, conseguí desvestirme, me acosté. desperté al mediodía, malo, salté de la cama, me enfundé la ropa, me limpié los dientes, me peiné. contemplé un rostro balanceante en el espejo, me volví de prisa, giraron las paredes, salí por la puerta y logré entrar en el coche, puse rumbo sur hacia Hollywood Park. lo de siempre.

aposté diez al favorito, 8 por 5, y me volví para salir y ver la carrera. un chaval alto de traje oscuro corrió hacia la ventanilla intentando apostar en el último minuto. el cabrón debía medir más de dos metros. intenté zafarme pero me arreó con el hombro en plena cara. casi me noquea. me volví: «cabrón hijoputa, ¡TEN CUIDADO!», grité. El estaba tan obsesionado con su apuesta que no me oyó siquiera. subí la rampa y vi entrar el 8 por 5. luego salí del club y entré en la parte de la tribuna principal y cogí una taza de café caliente, sin leche. toda la pista parecía un ondulamiento psicodélico. 5,60 veces 5. 18 pavos de beneficio, primera carrera. no quería estar en la pista. no quería estar en ningún sitio. hay veces que un hombre tiene que luchar tanto por la vida que ni tiempo tiene de vivirla. volví al club, acabé el café, me senté para no desmayarme. malo, malísimo. cuando me quedaba un minuto, volví a la cola. un tipejo japonés se volvió, y me dijo nariz con nariz: «¿a quién prefiere?», ni siquiera tenía programa. intentaba atisbar en el mío. los hay que son capaces de apostar diez o veinte pavos en una carrera y luego son tan tacaños que no compran un programa de cuarenta centavos que contiene además el historial de los caballos. «no me gusta ninguno». le dije, con un bufido. así me libré de él. se volvió a intentar leer el programa del que tenía delante en la cola. atisbaba por el costado del tipo, por encima del hombro. hice mi apuesta y salí a ver la carrera, Jerry Perkins corría como el jamelgo de catorce años que era, Charley Short parecía como dormido en la bici. quizás hubiese estado también despierto toda la noche. con el caballo. ganó Night Freight, 18 por 1, yo rompí los boletos. el día antes había ganado un 15 por 1 y luego un 60 por 1. querían empujarme al precipicio. tenía ropa y zapatos de espantapájaros. un jugador puede gastar en todo menos en ropa: el trago vale, comida, jodienda, pero ropa no. Mientras no estés desnudo y tengas tu verde, te dejan apostar.

la gente miraba a una tía de minifalda cortísima. ¡pero CORTA de veras! y era joven y con clase. comprobé. demasiado. una dormida' me costaría cien. decía que trabajaba de camarera en un sitio. yo volví al mío con mi ropa andrajosa y ella se fue a la barra y se pagó su propia bebida.

tomé otro café.

le había dicho a John el Barbas la noche anterior que el Hombre suele pagar cien veces más por un polvo de lo que vale, de todos modos. yo no. los demás sí. la de la minifalda valía unos ocho dólares. sólo me aumentaba unas trece veces su valor. buena chica.

me puse a la cola para la apuesta siguiente. con el tablero a cero. la carrera estaba a punto de terminar. el chico gordo que había delante de mí parecía dormido. no parecía que quisiese apostar. «vamos, apueste y muévase», dije. parecía atascado en la ventanilla. se volvió lentamente y le eché a un lado, metiéndole el codo, le saqué de la ventanilla. si me decía algo, le pensaba atizar. la resaca me había puesto nervioso. aposté veinte ganador a Scottish Dream, un buen caballo, aunque temía que Craine no lo montara bien. no le había visto una buena carrera. así que, en fin... se lo merecía. salieron y un 18 por 1 le pasó en la recta final. quedó el segundo. el precipicio estaba cada vez más cerca. miré a la gente. ¿qué hacían ellos allí? ¿por qué no estaban trabajando? ¿cómo hacían? había unos cuantos ricos en el bar. ellos

no estaban preocupados, pero tenían esa mirada mortecina especial del rico que llega cuando el espíritu de lucha se esfuma de ellos y no queda nada que lo sustituya... ningún interés, sólo ser ricos. pobres diablos. sí. ja, jajajá, ja. no bebía más que agua. estaba seco, seco. enfermo y seco. y descolgado. para el arrastre. acorralado otra vez. qué deporte aburrido. se acercó a mí un hispano bien vestido que olía a asesinato e incesto. olía como una tubería de cloaca atascada. -dame un dólar -dijo. -vete a la mierda -dije yo, muy tranquilo. se volvió y se acercó al siguiente. -dame un dólar -dijo. tuvo su respuesta. se había topado con un duro de Nueva York. -dame tú diez, pijotero -le dijo el duro. paseaba por allí otra gente, timados por el Dream. quebrados, furiosos, angustiados. machacados, mutilados, engañados, cazados, estafados, atrapados. jodidos. volverían a por más si consiguieran algo de dinero. ¿yo? yo iba a empezar a robar carteras o a hacerme macarra, algo así. la carrera siguiente no fue mejor. llegué otra vez segundo, Jean Daily me fastidió con Peper Tone. empecé a convencerme de que todos mis años de experiencia en las carreras (tantas horas nocturnas de estudio) eran pura ilusión. demonios, eran sólo animales y tú los soltabas y pasaba algo. habría estado mejor en mi casa oyendo algo muy cursi (Carmen en inglés) y esperando a que el casero me echara a patadas. en la quinta carrera volví a quedar segundo con Bobbijack, me ganó Stormy Scott N. la elección obvia era Stormy, sobre todo porque tenía el mejor jinete, Farrington, y había cerrado con once cuerpos en su última carrera. segundo otra vez en la sexta. con Shotgun, un 1 buen precio a 8 por 1. y se fueron con él, Peper Streak le ganó. rompí el boleto de diez dólares. quedé el tercero en la séptima y fueron 50 dólares. En la octava tenía que elegir entre Creedy Cash y Red Wave. me quedé al final con Red Wave, y naturalmente, ganó Creedy Cash a 8 por 5, con O'Brien. lo que no fue ninguna sorpresa... Creedy había ganado ya 10 de 19 aquel año. se me había ido la mano con Red Wave y ya eran 90 pavos. fui a los urinarios a echar una meada, allí estaban todos dando vueltas, dispuestos a matar, a robar carteras. una multitud remota y maltratada. pronto saldrían, terminado ya todo. vaya vida... familias rotas, trabajos perdidos, negocios perdidos. locura. pero pagaba impuestos al buen estado de California, amigo. un siete u ocho por ciento de cada dólar. parte de eso construía carreteras. pagaba policías para amenazarte. construía manicomios. alimentaba y pagaba al gobierno. un tiro más. aposté por un jaco de once años, Fitment, un caballo que la había armado en su última carrera, terminó a trece cuerpos contra seis mil quinientos apostadores, y que corría ahora contra un par de doce mil quinientos y un ocho mil. había que estar loco, y además aceptando sólo 9 por 2. aposté diez ganador a Urrall, a 6 por 1, como apuesta de compensación y aposté cuarenta ganador a Fitment. Eso me hundía ciento cuarenta pavos en el agujero. cuarenta y siete años y aún correteando por el País de las Hadas. atrapado como el palurdo más imbécil. salí a ver la carrera. Fitment iba a dos largos al doblar la primera curva, pero corría bien. no te hundas, queridito, no te hundas. al menos concédeme una carrerita, sólo una. para qué quieren los dioses cagar siempre sobre el mismo individuo: yo. que todos tengan su oportunidad. es bueno para su resistencia. estaba oscureciendo y los caballos corrían entre la nieve. Fitment se lanzó a la cabeza al enfilar la pista opuesta a la recta final. hacía una carrera tranquila. pero Meadow Hutch, el favorito 8 por 5 dio la vuelta y se colocó delante de Fitment. corrieron así por la primera curva y luego Fitment avanzó, alcanzó a Meadow Hutch, lo igualó y lo dejó atrás. bien, hemos liquidado al favorito 8 por 5, ahora sólo quedan otros ocho caballos. mierda, mierda, no le dejarán, pensé. saldrá alguno del grupo. un alivio. los dioses no me lo concederán. volvería a mi habitación y me tumbaría en la oscuridad con las luces apagadas, mirando al techo, preguntándome qué significaba todo aquello. Fitment estaba a dos cuerpos en la recta final y yo esperaba. parecía una recta muy larga. Dios mío, ¡qué larga ERA! ¡qué LARGA!

no podrá ser. no puedo soportarlo. qué oscuro está.

ciento cuarenta pavos menos. enfermo. viejo. imbécil. desgraciado. verrugas en el alma.

las jóvenes duermen con gigantes de inteligencia y cuerpo. las chicas se ríen de mí cuando voy por la calle.

Fitment. Fitment.

mantenía los dos cuerpos. seguía. quedaron a dos cuerpos y medio. nadie se acercó más. maravilloso. una sinfonía. sonreía hasta la niebla. le vi llegar a la meta y luego me acerqué y bebí un poco más de agua. cuando volví habían puesto el precio: 11,80 dólares por 2. había ganado 40. saqué la pluma y calculé. ingreso: 236 dólares, menos mis 140. un beneficio de 96. Fitment. amor. niño. amor. caballo florido.

la cola de los diez dólares era larga. fui a los lavabos, me chapucé la cara. había recuperado el ritmo otra vez. salí y busqué los boletos.

¡sólo encontraba TRES boletos de Fitment! ¡había. perdido uno en algún sitio!

¡aficionado! ¡imbécil! ¡majadero! me sentía enfermo. un boleto de diez pavos valía cincuenta y nueve dólares. volví sobre mis pasos. recogiendo boletos. ninguno del número 4. alguien había cogido mi boleto.

me puse a la cola, buscando en la cartera. ¡pedazo de burro! luego, encontré el otro boleto. se había deslizado por detrás de una abertura de la cartera. era la primera vez que me pasaba. .cartera de mierda!

cobré mis 236 dólares. vi a Minifalda buscándome. ¡oh, no no no no NO! me largué en el ascensor, compré un periódico, esquivé a los conductores del aparcamiento, llegué al coche.

encendí un puro. bueno, pensé, no hay por qué negarlo: simplemente un genio no puede perder. con esta idea encendí mi Plymouth del 57. conduje con gran cuidado y cortesía. Tarareé el concierto en D mayor para violín y orquesta de Pedro Ilych Tchaikovsky. había inventado un pasaje verbal que abarcaba el tema principal, la melodía principal: cuna vez más, volveremos a ser libres. oh, una vez más, volveremos a ser libres, libres otra vez, libres otra vez...».

salí entre los furiosos perdedores. los fracasados. lo único que les quedaba eran aquellos coches de seguro caro y aún sin pagar. se desafiaban y se arriesgaban a la mutilación y al asesinato, zumbando, acuchillando, sin ceder ni un centímetro, me desvié en Century. se me paró él coche justo en la salida, y bloqueé detrás a otros catorce. pisé en seguida el pedal, hice un guiño al policía de tráfico, luego le di a la puesta en marcha. engranó y salí, continué a través de la niebla. Los Angeles no era, en realidad, mal sitio: allí un buen sinvergüenza siempre podía salir adelante.

El gran juego de la yerba

la otra noche estaba en una reunión, cosa que suele resultarme desagradable. soy ante todo un solitario, un viejo curda que prefiere beber solo, con algo de Mahler o Stravinsky en la radio quizás. pero allí estaba yo con las masas chifladas. no daré la razón, porque ésa es otra historia, puede que más larga, quizás más confusa, pero allí de pie, solo, tomando mi vino, oyendo a los Doors o los Beatles o los Airplane mezclados con todo el rumor de las voces, comprendí que necesitaba un cigarrillo. estaba desconectado. suelo estarlo. así que vi a dos de esos jóvenes cerca, braceando y moviéndose. cuerpos sueltos, cuellos doblados, dedos de las manos sueltos... en resumen, como goma, girones de goma que se estiraban y se encogían y se fragmentaban.

me acerqué.

-eh, ¿tenéis alguno de vosotros un cigarro?

esto realmente puso a saltar la goma. me quedé allí mirando y ellos volvieron a bracear y a agitarse.

-¡nosotros no fumamos, hombre! pero HOMBRE, nosotros no... fumamos. cigarrillos.

-que no hombre, nosotros no fumamos, eso es, no, hombre. flop flop flip flap. goma.

-¡nosotros vamos a M-a-li-buuuú, hombre! ¡sí, nosotros vamos a Malll-i-buuú! ¡que sí, a M-a-li-buuuuú!

-¡que sí, hombre!

-¡que sí, hombre! -¡que sí!

flip flap. o flop flop. no podían decirme sencillamente que no tenían un cigarrillo. tenían que soltarme su publicidad, su religión: los cigarrillos eran para novatos. ellos se iban a Malibú, a una cabaña y quemaban un poco de yerba. me recordaban, en cierto modo, a las viejas que venden en una esquina «La Atalaya» de los testigos de Jehová. toda, la tropa del LSD, el LST, la marihuana, la heroína, el ,hashish, el jarabe para la tos, sufre del prurito «Atalaya»: tienes que estar con nosotros, hombre, si no te quedas fuera, estás muerto. esta propaganda es una constante y similar OBLIGACION de todos los que le dan al asunto. no es raro que los detengan: no pueden usarlo tranquilamente para su placer; tienen que DEMOSTRAR que están en el rollo. además, tienden a ligarlo con Arte, Sexo, el escenario Marginal. su Dios del Acido, Leary, les dice: «dejadlo todo. seguidme». luego, alquilan un local aquí en la ciudad y les cobran cinco dólares por cabeza por oírle hablar. luego llega Ginsberg al lado de Leary. luego Ginsberg proclama a Bob Dylan gran poeta. autopropaganda de los devoratitulares del orinal de la mierda. Norteamérica.

pero dejémoslo correr, porque eso también es otra historia. este asunto tiene muchos brazos y poca cabeza, tal como lo cuento, y tal como es. pero volvamos a los chicos «conectados», los fumetas. su idioma. qué pasada, tío. el rollo, etc., etc. he oído esas mismas frases (o como quiera que las llames) cuando tenía doce años, en 1932, oír las mismas cosas veinticinco años después no te inclina gran cosa a congeniar con el usuario, sobre todo cuando se considera hip. mucha de la palabrería proviene originariamente de los que usaban droga fuerte, de los de la cuchara y la aguja, y también de los chavales negros de las antiguas bandas de jazz. la terminología de los realmente «conectados» ha cambiado ya, pero los supuestos chicos hip, como los dos a quienes pedí el cigarrillo... ésos aún siguen hablando 1932.

y que la yerba cree arte, resulta dudoso, muy dudoso. De Quincy escribió algún material bueno, y «El comedor de opio» estaba lindamente escrito, aunque a ratos resultase bastante pesado. y es propio de la mayoría de los artistas probarlo casi todo. son aventureros, desesperados, suicidas. pero la yerba viene DESPUES, el Arte ya está allí, viene después de que el artista ya está allí. la yerba no produce el Arte: pero a menudo se convierte en el

terreno de juego del artista consagrado, una especie de celebración del ser, esas fiestas de yerba, y también algún material cojonudo para el artista: gente cazada con los pantalones espirituales bajados, o, si no bajados, mal abrochados.

allá por la década de 1830, las fiestas de yerba y las orgías sexuales de Gautier eran la comidilla de París. ese Gautier escribía poesía además, y se sabía también. ahora sus fiestas se recuerdan mejor.

pasemos a otro aspecto de este asunto: me fastidiaría que me enchironaran por uso y/o posesión de yerba. sería como acusarte de violación por husmear unas bragas en tendedero ajeno. la yerba, sencillamente, no vale tanto. gran parte del efecto lo causa un estado premental de fe en que uno va a subir. si pudiese introducirse un material con el mismo olor pero sin droga, la mayoría de los usuarios sentirían los mismos efectos: « ¡esto sí que pega, tío! ».

yo, por mi parte, puedo sacar más de un par de buenas latas de cerveza. no le doy a la yerba, no por la ley, sino porque me aburre y me hace muy poco efecto. pero aceptaré que los efectos del alcohol y de la mary son distintos. es posible pirarse con yerba y apenas darte cuenta; con el trago, sabes muy bien, en general, dónde estás. yo, soy de la vieja escuela: me gusta saber dónde estoy. pero si otro hombre quiere yerba o ácido o aguja, no tengo nada que objetar. es su camino y cualquier camino que sea mejor para él, es mejor para mí.

ya hay suficientes comentaristas sociales de baja potencia cerebral. ¿por qué habría de añadir yo mi bufido de alta potencia? todos hemos oído a esas viejas que dicen: « ¡oh, me parece sencillamente ESPANTOSO lo que hacen esos jóvenes consigo mismos, toda esa droga y esas cosas! ¡es terrible!». y luego miras a la vieja: sin ojos, sin dientes, sin cerebro, sin alma, sin culo, sin boca, sin color, sin flujo, sin humor, nada, sólo un palo, y te preguntas qué le habrán dado a ELLA su té y pastas y su iglesia y su casa en la esquina. y los viejos a veces se ponen muy violentos con lo que hacen algunos jóvenes: « ¡he trabajado como un ANIMAL toda mi vida, demonios!» (piensan que es una virtud, y sólo demuestra que el hombre es un imbécil rematado). «¡ésos lo quieren todo sin ESFUERZO! ¡se tumban a destrozarse el organismo con las drogas, dispuestos a darse la gran vida!» y entonces tú le miras:

amén.

únicamente tiene envidia. a él le han engañado. le han jodido sus mejores años. también a él le gustaría echar una cana al aire. si pudiese. pero ya no puede. así que ahora quiere que los demás sufran como él.

y en líneas generales, ése es el asunto. los fumetas arman demasiado alboroto con su jodida yerba y el público lo arma por el hecho de que ellos utilizan su jodida yerba. y la policía está ocupada y a los fumetas les detienen y gritan crucifixión, y el alcohol es legal hasta que te emborrachas demasiado y te cazan en la calle y entonces a la trena. dale algo al género humano y lo rasparán y lo arañarán y lo machacarán. si legalizas la yerba, los Estados Unidos serán un poco más cómodos, pero no mucho más. mientras estén ahí los tribunales y las cárceles y los abogados y las leyes, habrá acusados.

pedirles que legalicen la yerba es como pedirles que pongan un poco de mantequilla en las esposas antes de ponérnoslas, otra cosa es lo que te hace daño... por eso necesitas yerba, o whisky, o látigos y trajes de goma, o música aullante tan jodidamente alta que no puedas pensar. o manicomios, o coños mecánicos o ciento sesenta y dos partidos de béisbol por temporada. o Vietnam o Israel o el miedo a las arañas. tu amante se lava la amarillenta dentadura postiza en el lavabo antes de que te la jodas. hay soluciones básicas y hay triquiñuelas. aún seguimos jugando con triquiñuelas porque aún no somos lo bastante hombres ni lo bastante reales para decir lo que necesitamos. durante unos siglos creímos que podría ser el cristianismo. después de arrojar a los cristianos a los leones, les dejamos que nos arrojaran ellos a los perros. descubrimos que el comunismo podría ser un poco mejor para el estómago del hombre medio, pero que hacía poco por su alma. ahora jugamos con drogas,

pensando que abrirán puertas. el Oriente conoce ese asunto desde mucho antes que la pólvora. descubren que sufren menos, que mueren más. yerba o no yerba. « ¡nosotros nos vamos a Malibú, hombre! ¡qué sí, que nos vamos a Malll-i-buuuuú! »

perdonad un momento, que líe un poco de Bull Durham. ¿una calada?

Librodot

La manta

He estado durmiendo mal últimamente, pero no se trata concretamente de eso. Es cuando parece que voy a dormir cuando pasa. Digo «parece que voy a dormir» porque es justo eso. Ultimamente, cada vez más, parezco estar dormido, tengo la sensación de que estoy durmiendo, y sueño, sin embargo, en mi sueño con mi habitación, sueño que estoy dormido y que todo está exactamente donde lo dejé al acostarme. El periódico en el suelo, una botella de cerveza vacía en una silla, mi carpa dorada dando lentas vueltas en el fondo de su pecera, todas las cosas íntimas que son tan parte de mí como mi pelo, Y, muchas veces, cuando NO estoy dormido, pero estoy en la cama, mirando las paredes, adormilado, esperando dormir, suelo preguntarme: ¿aún estoy despierto o estoy dormido ya y sueño con mi habitación?

Las cosas han ido mal últimamente. Muertes; caballos que corren mal; dolor de muelas; hemorragias, otras cosas inmencionables. Tengo a veces la sensación de que, bueno, de que las cosas no pueden pdnerse ya peor. Y entonces pienso, en fin, aún tienes una habitación, no estás en la calle. Hubo tiempos en que no me importaban las calles. Ahora, no puedo soportarlas. Puedo soportar ya muy poco. Me han pinchado, acuchillado y sí, bombardeado incluso... tan a menudo, que sencillamente estoy harto; no puedo soportar todo esto.

Y ahí está el asunto. Cuando me acuesto y sueño que estoy en mi habitación o si está pasándome realmente y estoy despierto, no sé, en fin, empiezan a pasar cosas. Me doy cuenta de que la puerta del armario está un poquito abierta y estoy seguro de que no lo estaba hace un momento. Luego veo que la abertura de la puerta del tocador y el ventilador (ha hecho calor y tengo el ventilador en el suelo) se alinean apuntando en línea recta a mi cabeza. Con un súbito giro, me aparto bufando de la almohada, y digo «bufando» porque suelo maldecir bastante a «esos» o «eso» que intentan echarme. Ya te oigo decir, «este tío está loco», y en realidad quizás lo esté. Pero de todos modos no tengo la sensación de estarlo. Aunque sea un punto muy débil a mi favor, si lo es en realidad. Cuando estoy fuera, entre gente, me siento incómodo. Ellos hablan y tienen emociones en las que yo no participo. Y es, sin embargo, cuando estoy con ellos cuando más fuerte me siento. Y pienso esto: si ellos pueden existir apoyándose concretamente en esos fragmentos de cosas, yo también puedo existir, sin duda. Pero es cuando estoy solo y todas las comparaciones deben enfrentarse a una comparación de mí mismo frente a las paredes, a la respiración, a la historia, a mi fin, cuando empiezan a pasar cosas extrañas. Evidentemente soy un hombre débil. He probado a recurrir a la Biblia, a los filósofos, a los poetas, pero para mí, no sé por qué, ninguno ha dado en el blanco. Hablan de algo completamente distinto. Por eso dejé de leer hace ya mucho. Hallé una cierta ayuda en la bebida, en el juego y el sexo, en este sentido me he portado como cualquier hombre de la comunidad, la ciudad, la nación. Con la diferencia única de que a mí no me interesaba «triunfar». No quería familia, hogar, trabajo respetable, etc. Y así me veía yo: ni intelectual ni artista, sin las auxiliadoras raíces del hombre normal, colgando como algo etiquetado en medio y supongo, sí, que es el principio de la locura.

¡Y qué vulgar soy! Estiro la mano y me rasco el culo. Tengo hemorroides, almorranas. Es mejor que la relación sexual. Rasco hasta sangrar, hasta que el dolor me obliga a parar. Así hacen los monos. ¿No les has visto nunca en los zoos con los culos rojos y ensangrentados?

Pero déjame seguir. Aunque si te interesa lo raro te hablaré del asesinato. Esos Sueños de la Habitación, permíteme llamarles así, empezaron hace algunos años. Uno de los primeros fue en Filadelfia. Entonces tampoco trabajaba y quizás estuviese preocupado por el alquiler. Ya no bebía más que un poco de vino y algo de cerveza, y el sexo y el juego aún no habían caído sobre mí con plena fuerza. Aunque vivía con una dama de la calle por entonces me parecía muy extraño que ella quisiera más sexo o «amor», como decía cuando se trataba de mí, después de estar con dos o tres o más hombres aquel día y noche, y aunque yo tenía tanta

cárcel y experiencia encima como cualquier Caballero de la Vida, daba una sensación rara meterla allí dentro después de todo AQUELLO... y eso se volvía contra mí y lo pasaba muy mal:

-Querido -decía ella-, tienes que entender que yo te AMO. Con ellos no es nada. No CONOCES a las mujeres. Una mujer puede dejarte entrar y tú creer que estás allí dentro y no estarlo siquiera. Contigo es distinto.

Pero las palabras no ayudaban gran cosa. Sólo acercaban más las paredes. Y una noche, no sé si soñaba o no, me desperté y ella estaba en la cama conmigo (o soñé que despertaba) y miré alrededor y vi allí a todos aquellos hombrecillos, treinta o cuarenta, atándonos con alambres a la cama, una especie de alambre de plata, y daban vueltas y vueltas enrollándonos, por debajo de la cama, por encima, con el alambre. Mi chica debió sentir mi nerviosismo. Vi que tenía los ojos abiertos y que me miraba.

-¡Quieta! -dije-. ¡No te muevas! ¡Están intentando electrocutarnos!

-¿QUIEN ESTA INTENTANDO ELECTROCUTARNOS?

-¡Maldita sea! ¡QUIETA he dicho! ¡No te muevas!

Les dejé trabajar un rato más, fingiendo estar dormido. Luego, me alcé con todas mis fuerzas, rompiendo el alambre, sorprendiéndolos. Le largué un viaje a uno, pero no le di. No sé dónde se metieron, pero me libré de ellos.

-Acabo de salvarnos de la muerte -dije a mi chica.

-Bésame, querido -dijo ella.

En fin, volvamos al presente. Despierto por la mañana con estos cintazos en el cuerpo. Marcas azules. Hay una manta concreta a la que he estado vigilando. Creo que esta manta se aprieta a mí mientras duermo. A veces despierto y la tengo enrollada al cuello y apenas puedo respirar. Siempre es la misma manta. Pero he procurado ignorarla. Abro una cerveza, extiendo el programa de las carreras, miro por la ventana la lluvia e intento olvidar todo. Quiero sencillamente vivir tranquilo y sin problemas. Estoy cansado. No quiero imaginar ni inventar cosas.

Sin embargo esta noche volvió a molestarme la manta. Se mueve como una serpiente. Adopta diversas formas. No se está lisa y quieta encima de la cama. Y la noche anterior la tiré al suelo de una patada. Luego la vi moverse. Vi moverse esa manta muy rápido cuando fingí volver la cabeza. Me levanté y encendí todas las luces y cogí el periódico y me puse a leer. Lo leí todo, la bolsa, los últimos estilos de la moda, cómo cocinar una calabaza, cómo librarse de la yerba piojera; las cartas al director, las columnas políticas, ofertas de trabajo, esquelas, etc. Durante ese tiempo la manta no se mueve y bebo tres o cuatro botellas de cerveza, quizás más, y luego a veces es de día y entonces resulta fácil dormir.

La otra noche pasó. Bueno, empezó por la tarde. Como había dormido muy poco, me acosté por la tarde, a las cuatro, y cuando desperté, o soñé con mi habitación otra vez, estaba oscuro y tenía la manta enrollada al cuello, la manta había decidido que ¡Era EL momento! ¡Basta de disimulos! ¡Iba a por mí, y era más fuerte! O más bien yo parecía muy débil, como en un sueño, y me costó un trabajo inmenso impedirle que me cortara del todo el aire, pero seguía colgando a mi alrededor, aquella manta, dando rápidos y fuertes tirones, intentando cogerme descuidado. Empezó a llenárseme la frente de sudor. ¿Quién iba a creer una cosa así? ¿Quién podía creer aquello? Una manta que cobra vida e intenta matar a un hombre... Nada se cree hasta que pasa por PRIMERA vez... como la bomba atómica o que los rusos mandasen un hombre al espacio o que Dios descendiese a la tierra y luego le clavasen en una cruz aquellos a los que El creara. ¿Quién puede creer todas las cosas que pasan? ¿El último husmeo de fuego? ¿Los ocho o diez hombres y mujeres en una nave espacial, la Nueva Arca, camino de otro planeta a plantar la insípida semilla del hombre una vez más? ¿Habría hombre o mujer capaz de creer que aquella manta intentaba estrangularme? ¡Nadie, absolutamente nadie! Y, en cierto modo, esto empeoraba las cosas. Aunque, por supuesto, no me afectase gran cosa lo que las masas pensasen de mí, deseaba, en cierto modo, comprender a la manta.

¿Extraño? ¿Por qué pasaba aquello? Y, también extraño, había pensado a menudo en el suicidio, pero ahora que la manta quería ayudarme, luchaba contra ella.

Por fin, logré librarme de aquel chisme y tirarlo al suelo y encendí las luces. ¡Eso lo resolvería todo! ¡LUZ, LUZ, LUZ!

Pero no, vi que aún se agitaba o se movía un centímetro o dos allí, bajo la luz. Me senté y la observé atentamente. Volvió a moverse. Treinta centímetros por io menos. Me levanté y empecé a vestirme. Apartándome de la manta y bordeándola para coger los zapatos, los calcetines, etc. Una vez vestido, no sabía qué hacer. La manta aún seguía allí. Quizás un paseo, el aire de la noche. Sí, charlaría con el chico de los periódicos de la esquina. Aunque esto ya no era posible tampoco. Todos los chicos de los periódicos del barrio eran intelectuales. Leían a G. B. Shaw y a O. Spengler y a Hegel. Y no eran chicos de los periódicos ya: tenían sesenta, ochenta o mil años. Mierda. Salí dando un portazo.

Luego, cuando llegué a las escaleras, algo me hizo volverme y mirar al descansillo. Acertaste: la manta me seguía, avanzaba serpentinamente, los pliegues y sombras de delante aparentaban cabeza, boca y ojos. Permite que te diga que en cuanto empiezas a admitir que un horror es un horror, al fin se hace MENOS horror. Por un momento pensé en mi manta como si fuese un buen perro que no quisiese estar solo sin mí y tenía que seguirme. Pero luego caí en la cuenta de que aquel perro, aquella manta, había salido a matarme, y entonces, a toda prisa, bajé las escaleras.

¡Sí, sí, vino tras de mí! Se movía con la rapidez que quería bajando las escaleras. Sin ruido. Decidida.

Yo vivía en el tercer piso. Me siguió escaleras abajo. Hasta el segundo. Hasta el primero. Mi primer pensamiento fue salir corriendo fuera, pero fuera estaba muy oscuro. Es un barrio tranquilo y solitario, lejos de las grandes avenidas. Lo mejor era acercarse a la gente para cerciorarse de la realidad de los hechos. Son necesario como MINIMO 2 votos para hacer real la realidad. Los artistas que han trabajado años por delante de su época, han descubierto eso, y los casos de demencia y de supuesta alucinación lo han puesto también al descubierto. Si eres el único que ves una visión, te llaman santo o loco.

Llamé a la puerta del apartamento 102. Salió a abrir la mujer de Mick.

-Hola, Hank -dijo-. Pasa.

Mick estaba en la cama, todo hinchado, los tobillos de tamaño doble, con más vientre que una mujer embarazada. Había sido un gran bebedor y había fallado el hígado. Estaba lleno de agua. Esperaba que quedase una cama libre en el hospital de veteranos.

-Hola, Hank -dijo-. ¿Trajiste un poco de cerveza?

-Vamos, Mick -dijo su vieja-, ya sabes lo que dijo el doctor: se acabó, ni siquiera cerveza.

-¿Para qué es esa manta, Hank? -preguntó él.

Miré. La manta había saltado hasta mi brazo .para poder entrar inadvertida.

-Bueno -dije-, es que tengo muchas. Pensé que podría serviros.

La eché sobre el sofá.

-¿No trajiste cerveza?

-No, Mick.

-Una cerveza seguro que podría aguantarla.

-Mick -dijo su vieja.

-Bueno, es que resulta muy duro cortar en seco después de tantos años.

-Bueno, quizás una -dijo su vieja-. Bajaré a la tienda.

-No te molestes -dije-, traigo yo unas cuantas de la nevera.

Me levanté y fui hacia la puerta, vigilando la manta. No se movió. Estaba allí posada, mirándome desde el sofá.

-En seguida vuelvo -dije, y cerré la puerta.

Creo, pensé, que es cosa mental. Llevé la manta conmigo e imaginé que me seguía.

Tengo que relacionarme más con la gente. Mi mundo es demasiado limitado.

Subí a casa y metí tres o cuatro botellas de cerveza en una bolsa de papel y luego empecé a bajar. Cuando iba por el segundo piso oí un grito, un taco y luego un tiro. Bajé corriendo las otras escaleras y me lancé hacia el 102. Mick estaba allí de pie todo hinchado con una magnum del 32 de cuyo cañón salía un hilillo de humo. La manta seguía en el sofá, donde yo la había dejado.

-¡Mick, estás loco! -le decía su vieja.

-Es cierto --dijo él-. En cuanto entraste en la cocina, esa manta, que muerto me caiga ahora mismo si no es cierto, esa manta saltó hacia la puerta. Intentaba girar el manubrio, para salir, pero no podía. En cuanto me recuperé de la primera sorpresa, salí de la cama y fui hacia ella, y cuando me acercaba, saltó del pomo, saltó a mi cuello e intentó estrangularme.

-Mick ha estado enfermo -dijo su vieja-. Ha estado poniéndose inyecciones. Ve cosas. Solía ver cosas cuando bebía. En cuanto le ingresen en el hospital se pondrá perfectamente.

-¡Maldita sea! -gritó él plantado allí todo hinchado con su pijama-. Te aseguro que ese chisme intentó matarme, y suerte que la vieja magnum estuviese cargada y que pudiese correr al aparador y sacarla y atizarle cuando intentó atacarme otra vez. Se escurrió. Volvió otra vez 'al sofá y allí está. Puedes ver el agujero donde le metí la bala. ¡No son imaginaciones mías!

Llamaron a la puerta. Era el encargado.

-Hacen ustedes demasiado ruido -dijo-. Nada de televisión ni radio ni ruidos fuertes después de las diez -dijo.

Luego se fue.

Me acerqué a la manta. Tenía un agujero, desde luego. Pamcía muy quieta. ¿Cuáles son los, puntos vitales de una manta viva?

-Jesús, vamos a tomar una cerveza -dijo Mick-. Me da igual morirme que no.

Su vieja abrió tres botellas y Mick y yo encendimos un par de Pall Malls.

-Oye, amigo -dijo-, cuando te vayas llévate la manta.

-Yo no la necesito, Mick -dije-. Quédatela tú.

Bebió un gran trago de cerveza.

-¡Sácame ese maldito chisme de aquí!

-Bueno, ya está MUERTA, ¿no? -le dije.

-¿Cómo diablos voy a saberlo?

-¿Quieres decirme que te crees ese absurdo de la manta, Hank?

-Sí, señora, lo creo.

Ella echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

-Vaya un par de chiflados, nunca vi cosa igual -luego añadió-: Tú también bebes, ¿verdad Hank?

-Sí señora. _

-¿Mucho?

-A veces.

-¡Yo lo único que digo es que te lleves esa condenada manta de aquí!

Bebí un buen trago de cerveza y deseé que fuese vodka.

-De acuerdo, camarada -dije-, si no quieres la manta, me la llevaré.

La doblé y me la eché al brazo.

-Buenas noches.

-Buenas noches, Hank, y gracias por la cerveza.

Subí la escalera y la manta seguía muy quieta. Quizás la bala la hubiese liquidado. Entré en casa y la eché en una silla. Luego estuve sentado un rato, mirándola.

Luego se me ocurrió una idea: cogí la panera y puse encima un periódico. Luego cogí un cuchillo. Puse la panera en el suelo. Luego me senté en la silla. Me puse la manta sobre las piernas: Y agarré el cuchillo. Pero costaba trabajo apuñalar aquella manta. Seguí allí, sentado en la silla, el viento de la noche de la podrida ciudad de Los Angeles entraba soplándome en

la nuca, y qué trabajo me costaba clavar aquel cuchillo. ¿Qué sabía yo? Quizás aquella manta fuese alguna mujer que me había amado, y buscaba un medio de volver a mí a través de la manta. Pensé en dos mujeres. Luego, pensé en una. Luego me levanté y entré en la cocina y abrí la botella de vodka. El médico me había dicho que una gota más de licor y estaba listo. Pero llevaba tiempo practicando. Un dedalito una noche. Dos la siguiente, etc. Esta vez me serví un vaso lleno. No era el morir lo que importaba, era la tristeza, el asombro, las pocas personas buenas que hay llorando en la noche. Las pocas personas buenas. Quizás la manta hubiese sido aquella mujer e intentase matarme para llevarme a la muerte con ella, o intentase amar como una manta y no supiese cómo... o intentase matar a Mick porque la había molestado cuando intentaba seguirme por la puerta... ¿Locura? Seguro. ¿Qué no es locura? ¿No es una locura la vida? Todos estamos atados como muñecos... unos cuantos vientos de primavera, y se acabó, y ya está... y damos vueltas por ahí y suponemos cosas, hacemos planes, elegimos gobernadores. Segamos el césped... Locura, sin duda, ¿qué NO ES locura?

Bebí el vaso de vodka de un trago y encendí un cigarrillo. Luego alcé la manta por última vez y ¡CORTE! Corté y corté y corté, corté aquel chisme en trozos- pequeñísimos... y metí los trozos en el balde y luego lo puse junto a la ventana y puse en marcha el ventilador para soplar el humo, y mientras la llama se alzaba, entré en la cocina y me serví otro vodka.

Cuando salí estaba poniéndose rojo y bien, como cualquier bruja del viejo Boston, como cualquier Hiroshima, como cualquier amor, como cualquier amor, cualquiera, y yo no me sentí bien, no me sentí nada bien. Bebí el segundo vaso de vodka y apenas lo noté. Entré en la cocina a por otro, el cuchillo en la mano. Tiré el cuchillo en la fregadera y desenrosqué el tapón de la botella. Volví a mirar el cuchillo que había echado en la fregadera. En su filo había una mancha clara de sangre. Me miré las manos. Las revisé buscando cortes. Las manos de Cristo eran hermosas manos. Miré mis manos. No había ningún corte. No había ni un arañazo. Ni un rasguño.

Sentí rodar las lágrimas, arrastrarse como cosas pesadas. e insensibles, sin piernas. Estaba loco. Tenía que estar loco sin duda.

Animales hasta en la sopa

Había estado mucho tiempo por ahí bebiendo, y durante ese tiempo había perdido mi lindo trabajo, la habitación y (quizás) el juicio. Después de dormir la noche en una calleja, vomité en la claridad, esperé cinco minutos, acabé lo que quedaba de la botella de vino que encontré en el bolsillo de la chaqueta. Empecé a caminar por la ciudad, sin ningún objetivo. Mientras andaba, tenía la sensación de poseer una parte del significado de las cosas. Por supuesto, era falso. Pero quedarse en una calleja tampoco servía de gran cosa.

Anduve durante un rato, sin darme casi cuenta. Consideraba vagamente la fascinación de, morir de hambre. Sólo quería un sitio donde tumbarme y esperar. No sentía rencor alguno contra la sociedad, porque no pertenecía a ella. Hacía mucho que me había habituado a este hecho. Pronto llegué a los arrabales de la ciudad. Las casas estaban mucho más espaciadas. Había campo y fincas pequeñas. Yo estaba más enfermo que hambriento. Hacía calor y me quité la chaqueta y la colgué del brazo. Empezaba a notar sed. No había rastro de agua por ninguna parte. Tenía la cara ensangrentada de una caída de la noche anterior, y el pelo revuelto. Morir de sed no lo consideraba una muerte cómoda. Decidí pedir un vaso de agua. Pasé la primera casa, no sé por qué me pareció que me sería hostil, y seguí calle abajo hasta una casa verde de tres plantas, muy grande, adornada de yedra y con matorrales y varios árboles alrededor. A medida que me acercaba al porche delantero, oía dentro extraños ruidos, y me llegaba un olor como de carne cruda y orina y excrementos. Sin embargo, la casa daba una sensación amistosa; llamé al timbre.

Salió a la puerta una mujer de unos treinta años. Tenía el pelo largo, de un rojo castaño, muy largo, y aquellos ojos pardos me miraron. Era una mujer guapa, vestía vaqueros azules ceñidos, botas y una camisa rosa pálido. No había en su cara ni en sus ojos ni miedo ni recelo.

-¿Sí? -dijo, casi sonriendo.

-Tengo sed -dije yo-. ¿Puedo tomar un vaso de agua?

-Pasa -dijo ella, y la seguí a la habitación principal-. Siéntate.

Me senté, tímidamente, en un viejo sillón. Ella entró en la cocina a por el agua. Estando allí sentado, oí correr algo vestíbulo abajo, hacia la habitación principal. Dio una vuelta a la habitación, frente a mí, luego, se detuvo y me miró. Era un orangután. El bicho empezó a dar saltos de alegría al verme. Luego corrió hacia mí y saltó a mi regazo. Pegó su cara a la mía, sus ojos se fijaron un instante en los míos y luego apartó la cabeza. Cogió mi chaqueta, saltó al suelo y corrió vestíbulo adelante con ella, haciendo extraños ruidos.

Ella volvió con mi vaso de agua, me lo entregó.

-Soy Carol -dijo.

-Yo Gordon -dije-, pero en fin, qué más da.

-¿Por qué?

-Bueno, estoy liquidado. No hay nada que hacer. Se acabó. -¿Y qué fue? ¿El alcohol? -preguntó.

-El alcohol -dije, luego indiqué lo que quedaba más allá de las paredes-: y ellos.

-También yo tengo problemas con ellos. Estoy completamente sola.

-¿Quieres decir que vives sola en esta casa tan grande?

-Bueno, no exactamente -se echó a reír.

-Ah claro, tienes ese mono grande que me robó la chaqueta. -Oh, ése es Bilbo. Es muy lindo. Está loco.

-Necesitaré la chaqueta esta noche. Hace frío.

-Tú te quedas aquí esta noche. Necesitas descanso, se te nota.

-Si descansase, podría querer seguir con el juego.

-Creo que deberías hacerlo. Es un buen juego si lo enfocas como es debido.

-Yo no lo creo. Y, además, ¿por qué quieres ayudarme?

-Yo soy como Bilbo -dijo ella-. Estoy loca. Al menos, eso creen ellos. Estuve tres meses en un manicomio.

-¿De veras? -dije.

-De veras --dijo ella-. Lo primero que voy a hacer es prepararte un poco de sopa.

-Las autoridades del condado -me dijo más tarde- están intentando echarme. Hay un pleito pendiente. Por suerte, papá me dejó bastante dinero. Puedo combatirlos. Me llaman Carol la Loca del Zoo Liberado.

-No leo los periódicos. ¿Zoo Liberado?

-Sí, amo a los animales. Tengo problemas con la gente. Pero, Dios mío, conecto realmente con los animales. Puede que ' esté loca. No sé.

-Creo que eres encantadora.

-¿De veras?

-De veras.

-La gente parece tenerme miedo. Me alegro de que tú no me tengas miedo.

Sus ojos pardos se abrían más y más. Eran de un color oscuro y melancólico y, mientras hablábamos, parte de la tensión pareció esfumarse.

-Oye -dije-, lo siento, pero tengo que ir al baño.

-Después del vestíbulo, la primera puerta a la izquerda.

-Vale.

Crucé el vestíbulo y giré a la izquierda. La puerta estaba abierta. Me detuve. Sentado en la barra de la ducha, sobre la bañera había un loro. Y en la alfombra un tigre adulto tumbado. El loro me ignoró y el tigre me otorgó una mirada indiferente y aburrida. Volví rápidamente a la habitación principal.

-¡Carol! ¡Dios mío, hay un tigre en el baño!

-Oh, es Dopey Joe. Dopey Joe no te hará nada.

-Sí, pero no puedo cagar con un tigre mirándome.

-Oh, que tonto. ¡Vamos, ven conmigo!

Seguí a Carol por el vestíbulo. Entró en el baño y dijo al tigre:

-Vamos, Dopey, muévete. El caballero no puede cagar si tú le miras. Cree que quieres comerle.

El tigre se limitó a mirar a Carol con indiferencia.

-¡Dopey, bastardo, que no tenga que repetírtelo! ¡Contaré hasta tres! ¡Venga! Vamos: uno... dos... tres...

El tigre no se movió.

-¡De acuerdo, tú te lo has buscado!

Cogió a aquel tigre por la oreja y tirando de ella lo obligó a levantarse. El bicho bufaba, escupía; pude ver los colmillos y la lengua, pero Carol parecía ignorarle. Sacó a aquel tigre de allí por una oreja y se lo llevó al vestíbulo. Luego le soltó la oreja y dijo:

-Muy bien, Dopey, ¡a tu habitación! ¡A tu habitación inmediatamente!

El tigre cruzó el vestíbulo, hizo un semicírculo y se tumbó en el suelo.

-¡Dopey! -dijo ella-. ¡A tu habitación!

El bicho la miró, sin moverse.

-Este hijoputa está poniéndose imposible. Voy a tener que emprender una acción disciplinaria -dijo ella-, pero me fastidia. Le amo.

-¿Le amas?

-Amo a todos mis animales, por supuesto. Dime, ¿y el loro? ¿Te molestará el loro?

-Supongo que podré descargar delante del loro -dije.

-Entonces adelante, que tengas una buena cagada.

Cerró la puerta. El loro no dejaba de mirarme. Luego dijo: «Entonces adelante, que

tengas una buena cagada». Luego cagó él, directamente en la bañera.

Hablamos algo más aquella tarde y por la noche, y yo consumí un par de magníficas comidas. No estaba seguro del todo de que aquello no fuese un montaje gigante del delirium tremems.

O de que no me hubiese muerto, o me hubiese vuelto loco, o estuviese viendo visiones.

No sé cuantos tipos de animales distintos tenía Carol allí. Y la mayoría de ellos campaban a sus anchas por la casa, pero tenían buenos hábitos de limpieza. Era un Zoo Liberado.

Luego, había el «período de mierda y ejercicio», según palabras de Carol. Y allá salían todos desfilando en grupos de cinco o seis, dirigidos por ella, hacia el prado. La zorra, el lobo, el mono, el tigre, la pantera, la serpiente... en fin, ya sabes lo que es un zoo. Lo tenía casi todo. Pero lo curioso era que los animales no se molestaban unos a otros. Ayudaba el que estuviesen bien alimentados (la factura de alimentación era tremenda; papá debía haber dejado mucha pasta), pero yo estaba convencido de que el amor de Carol hacia ellos les colocaba en un estado de pasividad muy suave y casi alegre: un estado de amor transfigurado. Los animales, simplemente se sentían bien.

-Mírales, Gordon. Fíjate en ellos. ¿Cómo no amarlos? Mira cómo se mueven. Tan diferente cada uno, tan real cada uno de ellos, tan él mismo cada uno. No como los humanos. Están tranquilos, están liberados, nunca son feos. Tienen la gracia, la misma gracia con la que nacieron...

-Sí, creo que entiendo lo que quieres decir...

Aquella noche no podía conciliar el sueño. Me puse la ropa, salvo los zapatos y los calcetines, y recorrí el pasillo hasta la habitación delantera. Podía mirar sin ser visto. Allí me quedé.

Carol estaba desnuda y tumbada sobre la mesa de café, la espalda en la mesa, con sólo las partes inferiores de muslos y piernas colgando. Todo su cuerpo era de un excitante blanco, como si jamás hubiese visto el sol, y sus pechos, más vigorosos que grandes, parecían independientes, partes diferenciadas alzándose en el aire, y los pezones no eran de ese tono oscuro que son los de la mayoría de las mujeres, sino más bien de un rojo-rosa brillante, como fuego, sólo que más rosa, casi neón. ¡Cielos, la dama de los pechos de neón! Y los labios, del mismo color, estaban abiertos en un rictus de ensoñación. La cabeza colgaba un poco fuera, por el otro extremo de la mesa, y aquel pelo rojomarrón se balanceaba, largo, largo, hasta doblarse sobre la alfombra. Y todo su cuerpo daba la sensación de estar ungido... no parecía tener codos ni rodillas, ni puntas, ni bordes. Suave y aceitada. Las únicas cosas que destacaban eran los pechos afilados,. Y enroscada en su cuerpo, estaba aquella larga serpiente... no sé de qué tipo era. La lengua silbaba y su cabeza avanzaba y retrocedía lenta, flúidamente, a un lado de la cabeza de Carol. Luego, alzándose, con el cuello doblado, la serpiente miró la nariz de Carol, sus labios, sus ojos, bebiendo en su rostro.

De cuando en cuando, el cuerpo de la serpiente se deslizaba ligerísimamente sobre el cuerpo de Carol; aquel. movimiento parecía, una caricia, y tras la caricia, la serpiente hacía una leve contracción, apretándola, allí enroscada alrededor de su cuerpo. Carol jadeaba, palpitaba, se estremecía; la serpiente bajaba, deslizándose junto a su oreja, luego se alzaba, miraba su nariz, sus labios, sus ojos, y luego repetía los movimientos. La lengua de la serpiente silbaba rápida, y el coño de Carol estaba abierto, los pelos suplicantes, rojo y hermoso, a la luz de la lámpara.

Volví a mi habitación. Una serpiente muy afortunada, pensé; nunca había visto cuerpo de mujer como aquél. Me costó trabajo dormir, pero al final lo conseguí.

A la mañana siguiente, mientras desayunábamos juntos, le dije a Carol:

-Estás realmente enamorada de tu zoo, ¿verdad?

-Sí, de todos ellos, del primero al último -dijo.

Terminamos el desayuno, sin hablar casi. Carol estaba más guapa que nunca. Estaba cada

vez más radiante. Su pelo parecía vivo; parecía saltar alrededor de ella cuando se movía, y la luz de la ventana brillaba a su través, enrojeciéndolo.

Sus ojos, muy abiertos, temblaban, pero sin miedo, sin vacilación. Aquellos ojos: lo dejaban entrar y salir todo. Ella era animal, y humana.

-Escucha -dije-, si me recuperas la chaqueta que se llevó el mono, seguiré mi camino.

-No quiero que te vayas -dijo ella.

-¿Quieres que forme parte de tu zoo?

-Sí.

-Pero yo soy humano, sabes.

-Pero estás intacto. No eres como ellos. Aún flotas por dentro. Ellos están perdidos, endurecidos. Tú estas perdido pero no te has endurecido. Lo único que necesitas es ser cariñoso.

-Pero yo quizás sea demasiado viejo para que... me ames como al resto de tu zoo.

-Yo... no sé... me gustas muchísimo. ¿No puedes quedarte? Podríamos encontrarte un...

A la noche siguiente tampoco podía dormir. Crucé el vestíbulo hasta la cortina de cuentas y miré. Esta vez Carol tenía una mesa en el centro de la habitación. Era una mesa de roble, casi negra, de anchas patas. Carol estaba tumbada en la mesa, las nalgas justo en el borde, las piernas separadas, los dedos de los pies justo rozando el suelo. Se cubría el coño con una mano, luego la apartó. Al apartarla, todo su cuerpo pareció ponerse de un rosa claro; la sangre lo bañó todo, luego desapareció. El último rosa colgó un instante justo debajo de la barbilla y alrededor del cuello y luego se desvaneció y su coño se abrió levemente.

El tigre daba vueltas a la mesa en lentos círculos. Luego empezó a hacer círculos más rápidos, la cola balanceante. Carol lanzó aquel gemido sordo. Cuando hizo esto, el tigre estaba directamente enfrente de sus piernas. Se detuvo. Se alzó. Colocó una zarpa a cada lado de la cabeza de Carol. El pene extendido; era gigantesco. El pene llamó a su coño, buscando entrada, Carol puso la mano sobre el pene del tigre, para guiarlo. Ambos se columpiaron en el borde de un calvario insoportable y ardiente. Luego, una parte del pene entró. El tigre sacudió bruscamente los lomos. Entró el resto... Carol chilló. Luego subió las manos y rodeó con ellas el cuerpo del tigre mientras él empezaba a moverse. Volví a mi habitación.

Al día siguiente comimos en el prado con los animales. Una comida campestre. Yo comí un bocado de ensalada de patatas mientras veía pasar un lince con una zorra plateada. Había penetrado en una totalidad de experiencia completamente nueva. El condado había obligado a Carol a alzar aquellas vallas altas de alambre, pero los animales aún tenían una amplia zona de tierra despejada por la que vagar. Terminamos de comer y Carol se tumbó en la yerba, mirando al cielo. Dios mío, quién fuera otra vez joven.

Carol me miró:

-¡Vamos, ven aquí, viejo tigre!

-¿Tigre?

-«Tigre tigre, luz ardiente... »[3] Cuando mueras, se darán cuenta, verán las manchas.

Me tumbé junto a ella. Ella se puso de lado, apoyando la cabeza en mi brazo. La miré.

Todo el cielo y toda la tierra corrían por aquellas ojos.

-Eres como una mezcla de Randolph Scott y Humphrey Bogart -me dijo.

Me eché a reír.

Eres muy graciosa-dije.

Nos miramos. Tuve la sensación de que podía caer dentro de aquellos ojos.

Luego, posé una mano en sus labios, nos besamos y atraje su cuerpo hacia el mío. Con la otra mano acariciaba su pelo. Fue un beso de amor, un largo beso de amor. Aun así, me empalmé. Su cuerpo se movió rozando el mío, serpentinamente. Pasó a nuestro lado un avestruz. «Jesús», dije, «Jesús, Jesús...». Nos besamos de nuevo. Luego, ella empezó a decir:

[3] Alude a un célebre poema de W. Blake. (N. de los Ts.)

-¡Ay hijoputa! ¡Hijoputa, qué estás haciéndome!

Y me cogió la mano y la metió dentro de sus vaqueros. Sentí los pelos de su coño. Estaban ligeramente húmedos. Froté y acaricié. Luego entró mi dedo. Ella me besaba arrebatadamente.

-¡Ay, qué me haces, hijoputa! ¡Hijoputa qué me haces! -luego, se apartó bruscamente.

-¡Demasiado aprisa! Tenemos que ir lentamente, muy lentamente...

Nos incorporamos y ella tomó mi mano y me leyó la palma:

-Tu línea de la vida... -dijo-. No llevas mucho tiempo en la Tierra. Mira, mira tu palma, ¿ves esta línea?

-Sí, sí.

-Esa es la línea de la vida. Ahora mira la mía: ya he esiado en la Tierra varias veces.

Hablaba en serio y la creí. A Carol había que creerla. Era en Carol en lo único que había que creer. El tigre nos observaba a unos veinte metros de distancia. Una brisa agitó parte del pelo marrón rojizo de Carol trasladándolo de la espalda al hombro. No pude soportarlo. La agarré y nos besamos de nuevo. Caímos hacia atrás. Luego ella cortó.

-Tigre, hijoputa, ya te lo dije: despacio.

Hablamos un poco más. Luego, dijo:

-Sabes... no sé cómo explicarlo. Tengo sueños sobre eso. El mundo está cansado. Está acercándose el final. La gente se han hundido en la inconsecuencia... la gente rock. Están cansados de sí mismos. Están pidiendo la muerte y sus oraciones tendrán respuesta. Yo estoy... estoy... bueno... estoy como preparando una criatura nueva que habite lo que quede de la Tierra. Tengo la sensación de que hay alguien más aquí preparando la nueva criatura. Quizás en varios otros sitios. Esas criaturas se encontrarán y procrearán y sobrevivirán. ¿Comprendes? Pero deben tener lo mejor de todas las criaturas, incluido el hombre, para sobrevivir dentro de la pequeña partícula de vida que quedará... Mis sueños, ay, mis sueños... ¿crees que estoy loca?

Me miró y se echó a reír.

-¿Crees que soy Carol la Loca?

-No sé -dije-. No hay modo de saberlo.

De nuevo aquella noche no podía dormir y recorrí el pasillo hacia la habitación delantera. Miré entre las cuentas. Carol estaba sola, tumbada en el sofá, ardía cerca una lamparilla. Estaba desnuda y parecía dormida. Aparté las cuentas y entré en la habitación, me senté en una silla frente a ella. La luz de la lámpara caía sobre la mitad superior de su cuerpo; el resto estaba en sombras.

Me desnudé y me acerqué a ella. Me senté al borde del sofá y la miré. Abrió los ojos. Cuando me vio, no pareció mostrar sorpresa. Pero el marrón de sus ojos, aunque claro y profundo, parecía desentonado, sin acento, como si yo no fuese algo que ella conociese por el nombre o la forma, sino algo distinto: una fuerza separada de mí. Sin embargo, había aceptación.

A la luz de la lámpara era como si su pelo estuviese bajo la luz del sol: brotaba el rojo por entre el marrón. Era como fuego interior; ella era como fuego interior. Me incliné y la besé detrás de la oreja. Ella inspiró y expiró perceptiblemente. Me deslicé hacia abajo, mis piernas cayeron del sofá, me agaché y lamí sus pechos, lamí su estómago, su ombligo, volví a los pechos, luego volví a bajar, más abajo, donde empezaba el vello y empecé a besar allí, mordí levemente una vez, luego bajé más, salté, besé en el borde interno de un muslo, luego en el otro. Se agitó, gruñó un poco: «ah, aaah...» y luego me vi frente a la abertura, los labios, y muy lentamente pasé la lengua por todo el borde de los labios, y luego invertí el círculo. Mordí, metí la lengua dos veces, profundamente, la saqué, hice otro círculo. Empezó a humedecerse, a oler levemente a sal. Hice otro círculo. El gruñido: «Ah, ah. . . » y la flor se abrió, vi el pequeño capullo y con la punta de la lengua, lo más suave y dulce que pude, tictaqueé y lamí. Pataleó y, mientras intentaba bloquearme la cabeza con las piernas, fui

subiendo, lamiendo, parando, subiendo hacia el cuello, mordiendo, y mi pene empezó a llamar y llamar y llamar hasta que ella bajó la mano y me colocó en la abertura. Al entrar, mi boca encontró la suya, y quedamos unidos por dos puntos: la boca húmeda y fresca, la flor húmeda y cálida, un horno de ardor allá abajo, y mantuve el pene pleno e inmóvil en su interior, mientras ella culebreaba sobre él, pidiendo...

-¡Ay hijoputa, hijoputa... muévete! ¡Muévelo!

Seguí quieto mientras ella se agitaba. Apreté los dedos de los pies en el extremo del sofá e hinqué más, sin moverme aún. Luego, obligué al pene a saltar tres veces por sí sólo sin mover el cuerpo. Ella respondió con contracciones. Lo hicimos de nuevo, y cuando no pude soportarlo más, lo saqué casi todo, y volví a meterlo (cálido y suave) de nuevo. Luego lo mantuve inmóvil mientras ella culebreaba colgada de mí como si yo fuese el anzuelo y ella el pez. Repetí esto varias veces, y luego totalmente perdido, salí y entré, sintiéndolo crecer, y escalamos juntos hechos uno (el lenguaje perfecto) escalamos dejándolo atrás todo, la historia, nosotros mismos, ego, piedad y análisis, todo salvo el oculto gozo de saborear Ser.

Nos corrimos juntos y seguí dentro sin que mi pene se ablandara. Al besarla, sus labios estaban totalmente blandos y cedían a los míos. Su boca estaba suelta, rendida hacia todo. Mantuvimos un leve y suave abrazo una media hora, luego Carol se levantó. Fue primero al baño. Luego la seguí. No había tigres allí aquella noche. Sólo el viejo Tigre que había ardido en luz.

Nuestra relación siguió, sexual y espiritual, pero, al mismo tiempo, he de confesarlo, Carol seguía también con los animales. Los meses pasaron en una tranquilidad feliz. Luego, advertí que Carol estaba preñada. Y yo había llegado allí a por un vaso de agua.

Un día, fuimos a comprar suministros al pueblo. Cerramos la casa como hacíamos siempre. No teníamos que preocuparnos de ladrones porque andaban por allí la pantera y el tigre y los demás animales supuestamente peligrosos. Los suministros para los animales nos los entregaban todos los días, pero teníamos que ir al pueblo a por los nuestros. Carol era muy conocida. Carol la Loca, y siempre se quedaba la gente mirándola en las tiendas, y a mí también, su nuevo animalito, su nuevo y lindo animalito.

Primero fuimos a ver una película, que no nos gustó. Cuando salimos, llovía un poco. Carol compró unos cuantos vestidos de embarazada y luego fuimos al mercado a hacer el resto de las compras. Volvíamos despacio, hablando, gozando uno de otro. Eramos gente satisfecha. Sólo queríamos lo que queríamos; no les necesitábamos a ellos y había dejado de preocuparnos hacía mucho lo que pensasen. Pero sentíamos su odio. Eramos marginados. Vivíamos como animales y los animales eran una amenaza para la sociedad... creían ellos. Y nosotros éramos una amenaza a su manera de vivir. Vestíamos ropa vieja. Y yo no me recortaba la barba; llevaba el pelo largo y revuelto y, aunque tenía cincuenta años, mi pelo era de un rojo claro. A Carol el pelo le llegaba hasta el culo. Y siempre encontrábamos cosas de las que reírnos. Risa de la buena. No podían entenderlo. En el mercado, por ejemplo, Carol había dicho:

-¡Eh papi! ¡Ahí va la sal! ¡Coge la sal, papi, cabrón!

Estaba en medio del pasillo y había tres personas entre nosotros y lanzó la sal por encima de sus cabezas. La cogí; ambos reímos. Luego yo miré la sal.

-¡No, hija, no, no me seas puta! ¿Es que quieres que se me endurezcan las arterias? Tiene que ser yodixada! ¡Toma, mis dulces, y cuidado con el niño! ¡Bastante recibirá luego ese cabroncete!

Carol cogió mis dulces y me tiró la sal yodizada. Qué caras ponían... éramos tan indecorosos.

Lo habíamos pasado bien aquel día. Aunque la película había sido mala, lo habíamos pasado bien. Nosotros hacíamos nuestras propias películas. Hasta la lluvia era buena. Bajamos las ventanillas y la dejamos entrar. Cuando enfilé la entrada, Carol lanzó un grito. Un grito de profundo dolor. Se desplomó y se puso completamente blanca.

-¡Carol! ¿Qué pasa? ¿Te encuentras bien? -la atraje hacia mí-. ¿Qué pasa? Dime...

-No me pasa nada a mí. Mira lo que han hecho., Lo percibo, lo sé. Oh Dios mío, Dios mío, oh Dios mío, esos sucios cabrones, lo han hecho, lo han hecho, la terrible cerdada.

-¿Qué han hecho?

-Asesinar... la casa... asesinar por todas partes...

-Espera aquí -dije.

Lo primero que vi en la habitación delantera fue a Bilbo el orangután. Con un agujero de bala en la sien izquierda. Bajo su cabeza había un charco de sangre. Estaba muerto. Asesinado. Tenía en la cara aquella sonrisa. En la sonrisa se leía dolor, y a través del dolor; y a través del dolor era como si se hubiese reído, como si hubiese visto la Muerte y la Muerte fuese algo distinto... sorprendente, superior a su razón, y le hubiese hecho sonreír en medio del dolor. En fin, él sabía más de aquello, ahora, que yo.

A Dopey, el tigre, le habían cogido en su guarida favorita: el baño. Le habían disparado muchas veces, como si los asesinos tuviesen miedo. Había mucha sangre, en parte seca. Tenía los ojos cerrados pero la boca había quedado muerta y congelada en un bufido, y destacaban los inmensos y maravillosos colmillos. Incluso en la muerte era más majestuoso que un hombre vivo. En la bañera estaba el loro. Una bala. El loro estaba al fondo, junto al desagüe, cuello y cabeza doblados bajo el cuerpo, un ala debajo y las plumas de la otra desplegadas, como si aquel ala hubiese querido gritar y no hubiese podido.

Registré las habitaciones. No quedaba nada vivo. Todos asesinados. El oso negro. El coyote. La mofeta. Todo. Toda la casa estaba tranquila. Nada se movía. Nada podíamos hacer. Tenía ante mí un enorme proyecto funerario. Los animales habían pagado por su individualidad... y la nuestra.

Despejé la habitación delantera y el dormitorio.

Limpié cuanta sangre pude y metí allí a Carol. Al parecer, lo habían hecho mientras nosotros estábamos en el cine. Puse a Carol en el sofá. No lloraba pero temblaba toda. La froté, la acaricié, le dije cosas... De vez en cuando, un escalofrío agi. taba su cuerpo, gemía: «Oooh, oooh... Dios mío... ». Tras dos largas horas empezó a llorar. Me quedé allí con ella, la abracé. Se durmió en seguida. La llevé a la cama, la desvestí, la tapé. Luego, salí y contemplé el prado de atrás. Gracias a Dios, era grande. Pasaríamos de un zoo liberado a un cementerio de animales en un solo día.

Tardé dos en enterrarlos a todos. Carol puso marchas fúnebres en el tocadiscos y yo cavé y enterré los cuerpos y los cubrí. Era insoportablemente triste. Carol marcó las tumbas y los dos bebimos vino sin hablar. La gente vino a vernos, atisbaban por la alambrada. Adultos, niños, periodistas, fotógrafos. Hacia el final del segundo día, sellé la última tumba y entonces Carol cogió mi pala y se acercó lentamente a la multitud de la alambrada. Retrocedieron, murmurando asustados. Carol arrojó la pala contra la alambrada. La gente se agachó y se tapó con los brazos como si la pala fuese a traspasar los alambres.

-Está bien, asesinos -gritó Carol-. ¡Disfrutad!

Entramos en la casa. Había cincuenta y cinco tumbas allí fuera...

Después de varias semanas, le sugerí a Carol la posibilidad de formar otro zoo, esta vez dejando siempre alguien guardándolo.

-No -dijo ella-. Mis sueños... mis sueños me han dicho que ha llegado la hora. Se acerca el fin. Hemos llegado a tiempo justo. Lo conseguimos.

No le pregunté más. Consideré que había pasado por bastante. Cuando se acercó el nacimiento, Carol me pidió que me casara con ella. Dijo que ella no necesitaba casarse, pero que puesto que no tenía ningún pariente próximo, quería que yo heredase su hacienda. Por si moría en el parto y sus sueños no eran ciertos... sobre el fin de todo.

-Los sueños pueden no ser ciertos -dijo ella- sin embargo, hasta ahora, los míos lo han sido.

Así que hicimos una boda tranquila... en el cementerio. Llevé a uno de mis viejos

compadres de calleja de testigo y padrino, y de nuevo la gente se puso a mirar. La cosa terminó en seguida. Le di al compadre algo de dinero y un poco de vino y le llevé otra vez a la calleja.

Por el camino, bebiendo de la botella, me preguntó:

-La preñaste, ¿eh?

-Bueno, eso creo.

-¿Quieres decir que hubo otro?

-Bueno... sí.

-Eso es lo que pasa con estas tías. Nunca sabes. La mitad de los de la calleja están allí por las mujeres.

-Creí que era por el trinque.

-Primero vienen las mujeres, luego viene el trinque.

-Ya.

-Nunca sabes con estas tías.

-Sí, claro.

Me miró de aquella manera y le dejé salir.

En el hospital esperé abajo. Qué extraño había sido todo. Había pasado de la calleja a aquella casa y a todas las cosas que me habían sucedido. El amor y el dolor. Aunque en conjunto, el amor había derrotado al dolor. Pero nada había terminado. Intenté leer los resultados del béisbol, los de las carreras. Qué más me daba. Además, estaban los sueños de Carol; yo creía en ella, pero no estaba tan seguro de sus sueños. ¿Qué eran los sueños? Yo no lo sabía. Luego vi al médico de Carol en la mesa de recepción, hablando con una enfermera. Me dirigí a él.

-Oh, señor Jennings -dijo-. Su mujer está perfectamente. Y el recién nacido es... es... varón, tres kilos y medio.

-Gracias, doctor.

Subí en ascensor hasta la partición de cristal. Debía haber allí un centenar de niños llorando. Les oía a través del cristal. No paraba. Lo de los nacimientos. Y lo de la muerte. Cada uno tenía su turno. Entrábamos solos y solos salíamos. Y la mayoría vivíamos vidas solitarias, aterradas, incompletas. Cayó sobre mí una tristeza incomparable. Al ver toda aquella vida que debía morir. Al ver toda aquella vida que tendría el primer turno para el odio, la demencia, la neurosis, la estupidez, el miedo, el asesinato, la nada... nada en la vida y nada en la muerte.

Dije mi nombre a la enfermera. Entró en la parte encristalada y buscó a nuestro hijo. A1 pasármelo, la enfermera sonrió. Era una sonrisa de lo más compasiva. Tenía que serlo. Miré aquel niño... imposible, médicamente imposible: era un tigre, un oso, una serpiente y un ser humano. Era un alce, un coyote, un lince y un ser humano. No lloraba. Sus ojos me miraron y me conocieron, lo supe. Era insoportable, Hombre y Superhombre, Superhombre y Superbestia. Era totalmente imposible y me miraba, a mí, al Padre, uno de los padres, uno de los muchos, muchísimos padres... Y el borde del sol agarró al hospital y todo el hospital empezó a temblar, los niños lloraban, las luces se apagaban y se encendían, un fogonazo púrpura cruzó el cristal de separación frente a mí. Chillaron las enfermeras. Tres barras de fluorescentes cayeron de sus soportes sobre los niños. Y la enfermera seguía allí sosteniendo a mi hijo y sonriendo mientras caía la primera bomba de hidrógeno sobre la ciudad de San Francisco.

La maquina de follar

hacía mucho calor aquella noche en el Bar de Tony. ni siquiera pensaba en follar. sólo en beber cerveza fresca. Tony nos puso un par para mí y para Mike el Indio, y Mike sacó el dinero. le dejé pagar la primera ronda. Tony lo echó en la caja registradora, aburrido, y miró alrededor... había otros cinco o seis mirando sus cervezas. imbéciles. así que Tony se sentó con nosotros.

-¿qué hay de nuevo, Tony? -pregunté.

-es una mierda -dijo Tony.

-no hay nada nuevo.

-mierda -dijo Tony.

-ay, mierda -dijo Mike el Indio.

bebimos las cervezas.

-¿qué piensas tú de la Luna? -pregunté a Tony.

-mierda -dijo Tony.

-sí -dijo Mike el Indio-, el que es un carapijo en la Tierra es un carapijo en la Luna, qué mas dá.

-dicen que probablemente no haya vida en Marte -comenté.

-¿y qué coño importa? -preguntó Tony.

-ay, mierda -dije-. dos cervezas más.

Tony las trajo, luego volvió a la caja con su dinero. lo guardó. volvió.

-mierda, vaya calor. me gustaría estar más muerto que los antiguos.

-¿adónde crees tú que van los hombres cuando mueren, Tony? -¿y qué coño importa? -¿tú no crees en el Espíritu Humano? -¡eso son cuentos! -¿y qué piensas del Che, de Juana de Arco, de Billy el Niño, y de todos ésos? -cuentos, cuentos. bebimos las cervezas pensando en esto. -bueno -dije-, voy a echar una meada. fui al retrete y allí, como siempre, estaba Petey el Búho. la saqué y empecé a mear. -vaya polla más pequeña que tienes -me dijo. --cuando meo y cuando medito sí. pero soy lo que tú llamas un tipo elástico. cuando llega el momento, cada milímetro de ahora se convierte en seis. -hombre, eso está muy bien, si es que no me engañas. porque ahí veo por lo menos cinco centímetros. -es sólo el capullo. -te doy un dólar si me dejas chupártela. -no es mucho. -eso e's más del capullo. seguro que no tienes más que eso. -vete a la mierda, Petey. -ya volverás cuando no te quede dinero para cerveza. volví a mi asiento. -dos cervezas más -pedí. Tony hizo la operación habitual. luego volvió. -vaya calor, voy a volverme loco -dijo. -el calor te hace comprender precisamente cuál es tu verdadero yo -le expliqué a Tony. -¡corta ya! ¿me estás llamando loco? -la mayoría lo estamos. pero permanece en secreto. -sí, claro, suponiendo que tengas razón en esa chorrada, dime, ¿cuántos hombres cuerdos hay en la tierra? ¿hay alguno? -unos cuantos. -¿cuántos? -¿de todos los millones que existen?

-sí. sí.

-bueno, yo diría que cinco o seis.

-¿cinco o seis? -dijo Mike el Indio-. ¡hombre, no jodas! -¿cómo sabes que estoy loco? di -dijo Tony-. ¿cómo podemos funcionar si estamos locos?

-bueno, dado que estamos todos locos, hay sólo'unos cuantos para controlarnos, demasiado pocos, así que nos dejan andar por ahí con nuestras locuras. de momento, es todo lo que pueden hacer. yo en tiempos creía que los cuerdos podrían encontrar algún sitio donde vivir en el espacio exterior mientras nos destruían. pero ahora sé que también los locos controlan el espacio.

-¿cómo lo sabes?

-porque ya plantaron la bandera norteamericana en la luna. -¿y si los rusos hubieran

plantado una bandera rusa en la luna?

-sería lo mismo -dije.

-¿entonces tú eres imparcial? -preguntó Tony.

-soy imparcial con todos los tipos de locura.

silencio. seguimos bebiendo. Tony también; empezó a servirse whisky con agua. podía; era el dueño.

moño, qué calor hace -dijo Tony.

-mierda, sí -dijo Mike el Indio.

entonces Tony empezó a hablar.

-locura -dijo- ¿y si os dijera que ahora mismo está pasando algo de auténtica locura?

-claro -dije.

-no, no, no... ¡quiero decir AQUI, en mi bar!

-¿sí?

-sí. algo tan loco que a veces me da miedo.

--explícame eso, Tony -dije, siempre dispuesto a escuchar los cuentos de los otros.

Tony se acercó más.

-conozco a un tío que ha hecho una máquina de follar. no esas chorradas de las revistas de tías. esas cosas que se ven en los anuncios. botellas de agua caliente con coños de carne de buey cambiables, todas esas chorradas. este tipo lo ha conseguido de veras. es un científico alemán, lo cogimos nosotros, quiero decir nuestro gobierno. antes de que pudieran agarrarlo los rusos. no lo contéis por ahí.

-claro hombre, no te preocupes...

-von Brashlitz. el gobierno intentó hacerle trabajar en el ESPACIO. no hubo nada que hacer. es un tipo muy listo, pero no tiene en la cabeza más que esa MAQUINA DE FOLLAR. al mismo tiempo, se considera una especie de artista, a veces dice que es Miguel Angel... le dieron una pensión de quinientos dólares al mes para que pudiera seguir lo bastante vivo para no acabar en un manicomio. anduvieron vigilándole un tiempo, luego se aburrieron o se olvidaron de él, pero seguían mandándole los cheques, y de vez en cuando, una vez al mes o así, iba un agente y hablaba con él diez o veinte minutos, mandaba un informe diciendo que aún seguía loco y listo. así que él andaba por ahí de un sitio a otro, con su gran baúl rojo hasta que, por fin, una noche, llega aquí y empieza a beber. me cuenta que es sólo un viejo cansado, que necesita un lugar realmente tranquilo para hacer sus experimentos. y le escondí aquí. aquí vienen muchos locos, ya sabéis.

-sí -dije yo.

-luego, amigos, empezó a beber cada vez más, y acabó contándomelo. había hecho una mujer mecánica que podía darle a un hombre más gusto que ninguna mujer real de toda la historia... además sin tampax, ni mierdas, ni discusiones.

-llevo toda la vida buscando una mujer así -dije yo.

Tony se echó a reír.

-y quién no. yo creía que estaba chiflado, claro, hasta que una noche después de cerrar subí con él y sacó la MAQUINA DE FOLLAR del baúl rojo.

-¿Y?

-fue como ir al cielo antes de morir.

-déjame que imagine el resto -le pedí.

-imagina.

-von Brashlitz y su MAQUINA DE FOLLAR están en este momento arriba, en esta misma casa.

-eso es -dijo Tony.

-¿cuánto?

-veinte billetes por sesión.

-¿veinte billetes por follarse una máquina?

-ese tipo ha superado a lo que nos creó, fuese lo que fuese. ya lo verás.

-Petey el Búho me la chupa y me da un dólar.

-Petey el Búho no está mal, pero no es un invento que supere a los dioses.

le di mis veinte.

-te advierto, Tony, que si se trata de una chifladura del calor, perderás a tu mejor cliente.

-como dijiste antes, todos estamos locos de todas formas. puedes subir.

-de acuerdo -dije.

-vale -dijo Mike el Indio-. aquí están mis veinte.

-os advierto que yo sólo me llevo el cincuenta por ciento. el resto es para von Brashlitz. quinientos de pensión no es mucho con la inflación y los impuestos, y von B. bebe cerveza como un loco.

-de acuerdo -dije-. ya tienes los cuarenta. ¿dónde está esa inmortal MAQUINA DE FOLLAR?

Tony levantó una parte del mostrador y dijo:

-pasad por aquí. tenéis que subir por la escalera del fondo. cuando lleguéis llamáis y decís «nos manda Tony».

-¿en cualquier puerta?

-la puerta 69.

-vale -dije-, ¿qué más?

-listo -dijo Tony-, preparad las pelotas.

encontramos la escalera. subimos.

-Tony es capaz de todo por gastar una broma -dije.

llegamos. allí estaba: puerta 69.

llamé:

-nos manda Tony.

-¡oh, pasen, pasen, caballeros!

allí estaba aquel viejo chiflado con aire de palurdo, vaso de cerveza en la mano, gafas de cristal doble. como en las viejas películas. tenía visita al parecer, una tía joven, casi demasiado, parecía frágil y fuerte al mismo tiempo.

cruzó las piernas, toda resplandeciente: rodillas de nylon, muslos de nylon, y esa zona pequeña donde terminan las largas medias y empieza justo esa chispa de carne. era todo culo y tetas, piernas de nylon, risueños ojos de límpido azul...

-caballeros... mi hija Tanya...

-¿qué?

=sí, ya lo sé, soy tan... viejo... pero igual que existe el mito del negro que está siempre empalmado, existe el de los sucios viejos alemanes que no paran de follar. pueden creer lo que quieran. de todos modos, ésta es mi hija Tanya...

-hola, muchachos -dijo ella sonriendo.

luego todos miramos hacia la puerta en que había este letrero: SALA DE ALMACENAJE DE LA MAQUINA DE FOLLAR..

terminó su cerveza.

-bueno... supongo, muchachos, que venís a por el mejor POLVO de todos los tiempos...

-¡papaíto! -dijo Tanya-. ¿por qué tienes que ser siempre tan grosero?

Tanya recruzó las piernas, más arriba esta vez, y casi me corro.

luego, el profesor terminó otra cerveza, se levantó y se acercó a la puerta del letrero SALA DE ALMACENAJE DE LA MAQUINA DE FOLLAR. se volvió y nos sonrió. luego, muy despacio, abrió la puerta. entró y salió rodando aquel chisme que parecía una cama de hospital con ruedas.

el chisme estaba DESNUDO, una mesa de metal.

el profesor nos plantó aquel maldito trasto delante y empezó a tararear una cancioncilla, probablemente algo alemán.

una masa de metal con aquel agujero en el centro. el profesor tenía una lata de aceite en la mano, la metió en el agujero y empezó a echar sin parar de aquel aceite. sin dejar de tararear aquella insensata canción alemana.

y siguió un rato echando aceite hasta que por fin nos miró por encima del hombro y dijo: «bonita, ¿eh?». luego, volvió a su tarea, a seguir bombeando aceite allí dentro.

Mike el Indio me miró, intentó reírse, dijo:

-maldita sea... ¡han vuelto a tomarnos el pelo!

-sí -dije yo-, estoy como si llevara cinco años sin echar un polvo, pero tendría que estar loco para meter el pijo en ese montón de chatarra.

von Brashlitz soltó una carcajada. se acercó al armario de bebidas. sacó otro quinto de cerveza, se sirvió un buen trago y se sentó frente a nosotros.

-cuando empezamos a saber en Alemanía que estaba perdida la guerra, y empezó a estrecharse el cerco, hasta la batalla final de Berlín, comprendimos que la guerra había tomado un giro nuevo: la auténtica guerra pasó a ser entonces quién agarraba más científicos alemanes. si Rusia conseguía la mayoría de los científicos o si los conseguía Norteamérica... los que más consiguieran serían los primeros en llegar a la Luna, los primeros en llegara Marte... los primeros en todo. en fin, el resultado exacto no lo sé... numéricamente o en términos de energía cerebral científica. sólo sé que los norteamericanos me cogieron primero, me agarraron, me metieron en un coche, me dieron un trago, me pusieron una pistola en la sien, hicieron promesas, hablaron y hablaron. yo lo firmé todo...

-todas esas consideraciones históricas me parecen muy bien -dije yo-. pero no voy a meter la polla, mi pobrecita polla, en ese cacharro de acero o de lo que sea. Hitler debía ser realmente un loco para confiar en usted. ¡ojalá le hubieran echado el guante los rusos! ¡yo lo que quiero es que me devuelvan mis veinte dólares!

von Brashlitz se echó a reír.

-jiii jiii jiii ji... es sólo mi bromita de siempre. jiü jiii jiu ji!

metió otra vez el cacharro en el cuartito. cerró la puerta.

-¡ay, ji jiii ji! -bebió otro trago de schnaps.

luego se sirvió más. lo liquidó.

-caballeros, ¡yo soy un artista y un inventor! mi MAQUINA DE FOLLAR es en realidad mi hija, Tanya...

-¿más chistecitos, von? -pregunté.

-¡no es ningún chiste! ¡Tanya! ¡ponte en el regazo de este caballero!

Tanya soltó una carcajada, se levantó, se acercó y se sentó en mi regazo. ¿Una MAQUINA DE FOLLAR? ¡no podía serlo! su piel era piel, o lo parecía, y su lengua cuando entró en mi boca al besarnos, no era mecánica... cada movimiento era distinto, y respondía a los míos.

me lancé inmediatamente, le arranqué la blusa, le metí mano en las bragas, hacía años que no estaba tan caliente; luego nos enredamos; de algún modo acabamos de pie... y la entré de pie, tirándole de aquel pelo largo y rubio, echándole la cabeza hacia atrás, luego bajando, separándole las nalgas y acariciándole el ojo del culo mientras le atizaba, y se corrió... la sentí estremecerse, palpitar, y me corrí también.

¡nunca había echado polvo mejor!

Tanya se fue al baño, se limpió y se duchó, y volvió a vestirse para Mike el Indio. supuse.

-el mayor invento de la especie humana -dijo muy serio von Brashlitz.

tenía toda la razón.

por fin Tanya salió y se sentó en mi regazo.

-¡NO! ¡NO! ¡TANYA! ¡AHORA LE TOCA AL OTRO! ¡CON ESE ACABAS DE FOLLAR!

ella parecía no oír, y era extraño, incluso en una MAQUINA DE FOLLAR, porque yo

nunca había sido muy buen amante, la verdad.

-¿me amas? -preguntó.

-sí.

-te amo, y soy muy feliz. y... teóricamente no estoy viva. ya lo sabes, ¿verdad?

-te amo, Tanya, eso es lo único que sé.

-¡cago en tal! -chilló el viejo-. ¡esta JODIDA MAQUINA!

se acercó a la caja barnizada en que estaba escrita la palabra TANYA a un lado. salían unos pequeños cables; había marcadores y agujas que temblequeaban, y varios indicadores, luces que se apagaban y se encendían, chismes que tictaqueaban... von B. era el macarra más loco que había visto en mi vida. empezó a hurgar en los marcadores, luego miró a Tanya:

-¡25 AÑOS! ¡toda una vida casi para construirte! ¡tuve que esconderte incluso de HITLER! y ahora... ¡pretendes convertirte en una simple y vulgar puta!

-no tengo veinticinco -dijo Tanya-. tengo veinticuatro.

-¿lo ves? ¿lo ves? ¡como una zorra normal y corriente!

volvió a sus marcadores.

-te has puesto un carmín distinto --dije a Tanya.

-¿te gusta?

-¡oh, sí!

se inclinó y me besó.

von B. seguía con sus marcadores. tenía el presentimiento de que ganaría él.

von Brashlitz se volvió a Mike el Indio:

-no se preocupe, confíe en mí, no es más que una pequeña avería. lo arreglaré en un momento.

-eso espero -dijo Mike el Indio-. se me ha puesto en treinta y cinco centímetros esperando y he pagado veinte dólares.

-te amo -me dijo Tanya-. no volveré a follar con ningún otro hombre. si puedo tenerte a ti, no quiero a nadie más.

-te perdonaré Tanya, hagas lo que hagas.

el profe estaba corridísimo. seguía con los cables pero nada lograba.

-¡TANYA! ¡AHORA TE TOCA FOLLAR CON EL OTRO! estoy... cansándome ya... tengo que echar otro traguito de aguardiente... dormir un poco... Tanya...

-oh -dijo Tanya- ¡este jodido viejo! ¡tú y tus traguitos, y luego te pasas la noche mordisqueándome las tetas y no puedo dormir! ¡ni siquiera eres capaz de conseguir un empalme decente! ¡eres asqueroso!

-¿COMO?

-¡DIJE «QUE NI SIQUIERA ERES CAPAZ DE CONSEGUIR UN EMPALME DECENTE»

-¡esto lo pagarás Tanya! ¡eres creación mía, ;no yo creación tuya!

seguía hurgando en sus mágicos marcadores. quiero decir, en la máquina. estaba fuera de sí, pero se veía claramente que la rabia le daba una clarividencia que le hacía superarse.

-es sólo un momento, caballero -dijo dirigiéndose a Mike. ¡sólo tengo que ajustar los cuadros electrónicos! ¡un momento! ¡vale! ¡ya está!

entonces se levantó de un salto. aquel tipo al que habían salvado de los rusos.

miró a Mike el Indio.

-¡ya está arreglado! ¡la máquina está en orden! ¡a divertirse caballero!

luego, se acercó a su botella de aguardiente, se sirvió otro pelotazo y se sentó a observar.

Tanya se levantó de mi regazo y se acercó a Mike el Indio. vi que Tanya y Mike el Indio se abrazaban.

Tanya le bajó la cremallera. le sacó la polla, ¡menuda ,polla tenía el tío! había dicho treinta y cinco centímetros, pero parecían por lo menos cincuenta.

luego Tanya rodeó con las manos la polla de Mike.

él gemía de gozo.

luego la arrancó de cuajo. la tiró a un lado.

vi el chisme rodar por la alfombra como una disparatada salchicha, dejando tristes regueruelos de sangre. fue a dar contra la pared. allí se quedó como algo con cabeza pero sin piernas y sin lugar alguno a donde ir... lo cual era bastante cierto.

luego, allá fueron las BOLAS volando por el aire. una visión saltarina y pesada. simplemente aterrizaron en el centro de la alfombra y no supieron qué hacer más que sangrar.

así que sangraron.

von Brashlitz, el héroe de la invasión rusonorteámericana, miró ásperamente lo que quedaba de Mike el Indio, mi viejo camarada de sople, rojo rojo allá en el suelo, manando por su centro... von B. se dio el piro, escaleras abajo...

la habitación 69 había hecho de todo salvo aquello.

luego le pregunté a ella:

-Tanya, habrá problemas aquí muy pronto. ¿por qué no dedicamos el número de la habitación a nuestro amor?

-¡como quieras, amor mío!

lo hicimos, justo a tiempo; y luego entraron aquellos idiotas. uno de aquellos enterados declaró entonces muerto a Mike el Indio. y como von B. era una especie de producto del gobierno norteamericano, en seguida se llenó aquello de gente, varios funcionarios de mierda de diversos tipos, bomberos, periodistas, la pasma, el inventor, la CIA, el FBI y otras diversas formas de basura humana. Tanya vino y se sentó en mi regazo. -ahora me matarán. procura no entristecerte, por favor. no contesté. luego von Brashlitz se puso a chillar, apuntando a Tanya: -¡SE LO ASEGURO, CABALLEROS, ELLA NO TIENE NINGUN SENTIMIENTO! ¡CONSEGUI QUE HITLER NO LA AGARRASE! ¡se lo aseguro, no es más que una MAQUINA! todos se limitaron a quedarse allí mirándole. nadie le creía. era ni más ni menos la máquina más bella, la mujer por así decirlo, que habían visto en su vida. -¡maldita sea! ¡majaderos! toda mujer es una máquina de follar, ¿es que no se dan cuenta? ¡apuestan al mejor caballo! ¡EL AMOR NO EXISTE! ¡ES UN ESPEJISMO DE CUENTO DE HADAS COMO LOS REYES MAGOS! aun así no le creían. -¡ESTO es sólo una máquina! ¡no tengan ningún MIEDO! ¡MIREN! von Brashlitz agarró uno de los brazos de Tanya. lo arrancó de cuajo del cuerpo. y dentro, dentro del agujero del hombro, se veía claramente, no había más que cables y tubos, cosas enroscadas y entrelazadas, además de cierta sustancia secundaria que recordaba vagamente la sangre. y yo vi a Tanya allí de pie con aquellos alambres enroscados colgándole del hombro donde antes tenía el brazo. me miró: -¡por favor, hazlo por mí! recuerda que te pedí que no te pusieras triste. vi como se echaban sobre ella, como la destrozaban y la violaban y la mutilaban.

no pude evitarlo. apoyé la cabeza en las rodillas y me eché a llorar...

Mike el Indio nunca llegó a cobrarse sus veinte dólares.

pasaron unos meses. no volví al bar. hubo juicio, pero el gobierno eximió de toda culpa a von B. y a su máquina. me trasladé a otra ciudad. lejos. y un día estaba sentado en la peluquería y cogí una revista pornográfica. había un anuncio: < ¡Hinche su propia muñequita! veintinueve dólares noventa y cinco. goma resistente, muy duradera. cadenas y látigos incluidos en el lote. un bikini, sostén, bragas, dos pelucas, barra de labios y un tarrito de poción de amor incluidos. von Brashlitz Co.».

envié un pedido. a un apartado de correos de Massachusetts. también él se había trasladado.

el paquete llegó al cabo de unas tres semanas. fue bastante embarazoso porque yo no tenía bomba de bicicleta, y me puse muy caliente cuando saqué todo aquello del paquete. tuve que bajar a la gasolinera de la esquina y utilizar la bomba de aire.

hinchada tenía mejor pinta. grandes tetas, un culo. inmenso.

-¿qué es eso que tiene ahí, amigo? -me preguntó el de la gasolinera.

-oiga, oiga, yo le he pedido prestado un poco de aire. soy un buen cliente, ¿no?

-bueno, bueno, puede coger el aire. pero es que no puedo evitar la curiosidad... ¿qué tiene ahí?

-¡vamos, déjeme en paz! -dije.

-¡DIOS MIO! ¡que TETAS! ¡mire, mire!

-¡ya las veo, imbécil!

le dejé con la lengua fuera, me eché el chisme al hombro y volví a casa. me metí en el dormitorio.

aún estaba por plantearse la gran cuestión...

abrí las piernas buscando algún tipo de abertura.

von B. no lo había hecho mal del todo.

me eché encima y empecé a besar aquella boca de goma. de cuando en cuando echaba mano a una de las gigantescas tetas de goma y la chupaba. le había puesto una peluca amarilla y me había frotado con la poción de amor toda la polla. no hizo falta mucha poción de amor, con la del tarro habría para un año.

la besé apasionadamente detrás de las orejas, le metí el dedo en el culo y le di sin parar. luego la dejé, di un salto, le encadené los brazos a la espalda, con el candadito y la llave, y le azoté el culo de lo lindo con los látigos.

¡dios mío, voy a volverme loco! pensé.

después de azotarla bien, volví a metérsela. follé y follé. era más bien aburrido, la verdad. imaginé perros follando con gatas; imaginé dos personas follando en el aire mientras caían de un rascacielos. imaginé un coño grande como un pulpo, reptando hacia mí, apestoso, anhelante de orgasmo. recordé todas las bragas, rodillas, piernas, tetas y coños que había visto. la goma sudaba; yo sudaba.

-¡te amo, querida! -susurré jadeante en sus oídos de goma.

me fastidia admitirlo, pero me obligué a eyacular en aquella sarnosa masa de goma. no se parecía en nada a Tanya.

cogí una navaja de afeitar y destrocé el artefacto. lo tiré donde las latas vacías de cerveza.

¿cuántos hombres compran esos chismes absurdos en Norteamérica?

¿no pasas ante medio centenar de máquinas de joder si das una vuelta por cualquier calle céntrica de una gran ciudad de Norteamérica? con la única diferencia de que éstas pretenden ser mujeres.

pobre Mike el Indio, con su polla muerta de cincuenta centímetros.

todos los pobres mikes. todos los que escalan el Espacio. todas las putas de Vietnam y Washington.

pobre Tanya, con su vientre que había sido el vientre de un cerdo. sus venas que habían sido las venas de un perro. apenas cagaba o meaba, follar, sólo follaba (corazón, voz y lengua prestados por otros). por entonces sólo debían haber hecho unos diecisiete transplantes de órganos. von B. iba muy por delante de todos.

pobre Tanya, qué poco había comido la pobre... básicamente queso barato y uvas pasas. nunca había deseado dinero ni propiedades ni grandes coches nuevos, ni casas supercaras. jamás había leído el diario de la tarde. no deseaba en absoluto una televisión en color, ni sombreros nuevos, ni botas de lluvia, ni charlas de patio con mujeres idiotas; jamás había querido un marido médico, o corredor de bolsa, o miembro del Congreso o policía.

y el tipo de la gasolinera sigue preguntándome:

-oiga, ¿qué fue de aquello que trajo a hinchar aquel día? pero ya no me lo preguntará más. voy a echar gasolina en otro sitio. y no volveré tampoco a la barbería donde vi la revista del anuncio de la muñeca de goma de von B. voy a intentar olvidarlo todo.

¿no harías tú lo mismo?